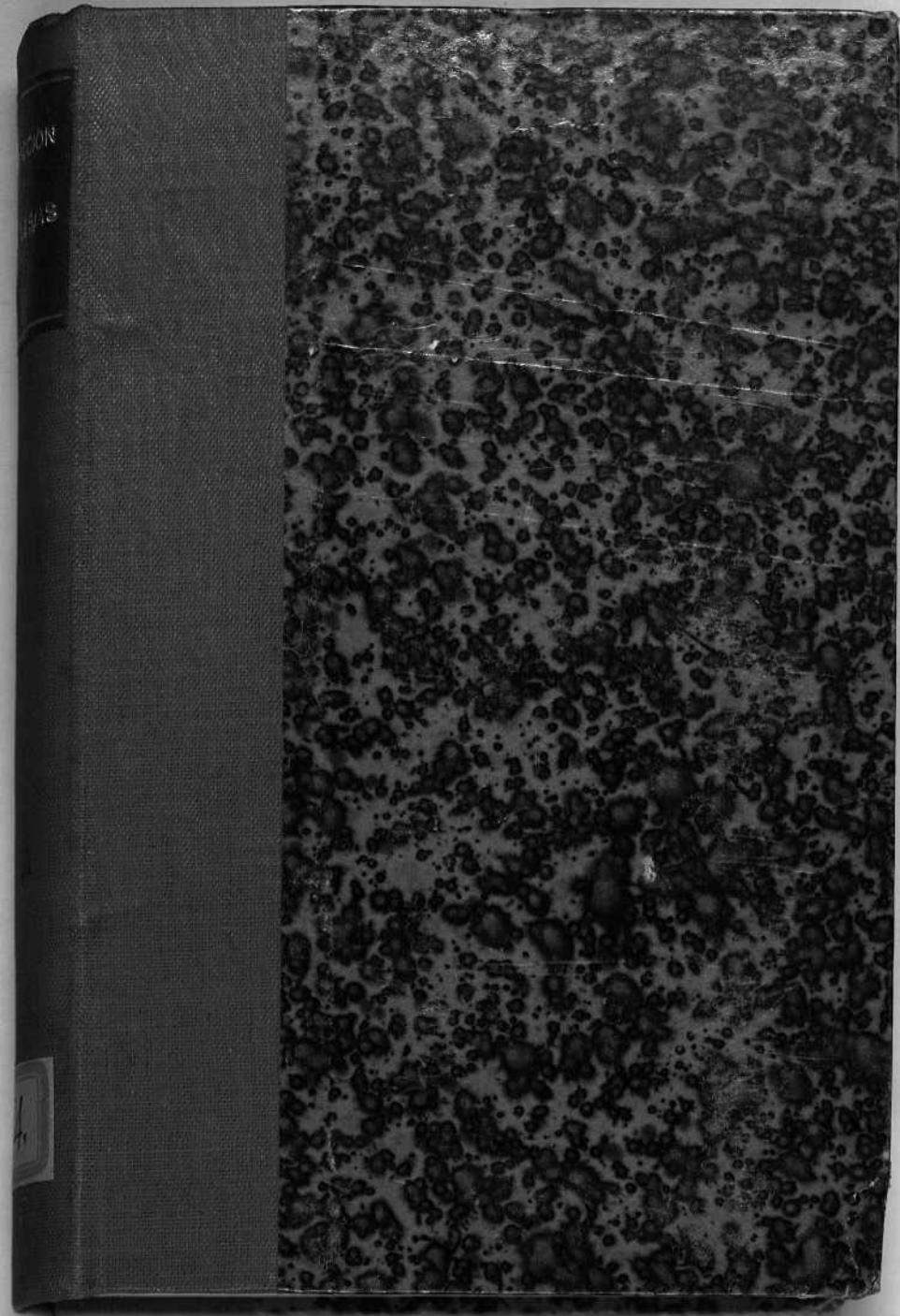
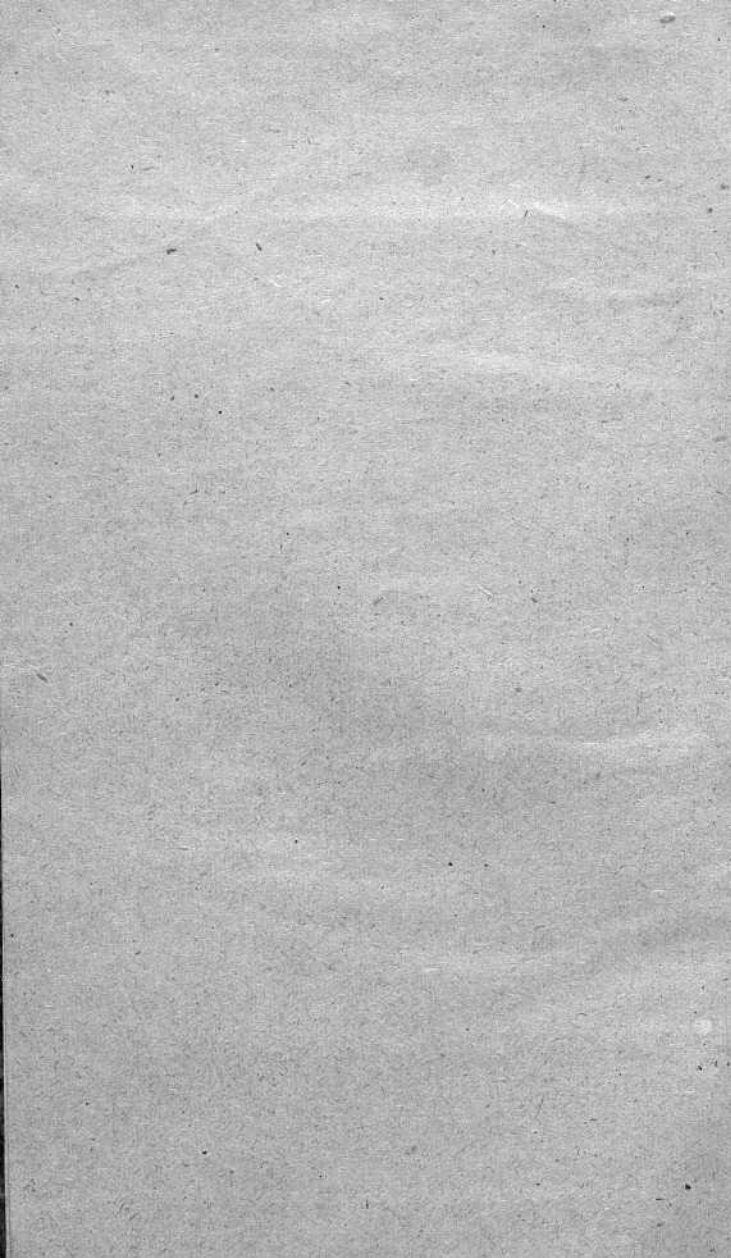










PENSANDO, SINTIENDO, LLORANDO, RIENDO

COLECCIÓN DE POESÍAS
DE
DON FERNANDO ARAUJO

1.^a PARTE



TOLEDO
Imp. de Rafael Gómez-Menor.

1915

FERNANDO ARAUJO,

Poesías: PENSANDO



1. - El ideal.

(Fragmento del primer canto de un poema épico). (1).

Musas... ¡á mis clamores acudid! ¡Yo os llamo!
¡Yo os invoco! ¡os conjuro! ¡sed piadosas!
Voy la patria á cantar, la patria que amo.
¡Musas, venid! Las cuerdas misteriosas
de mi lira pulsad...; pero ¿á qué clamo?
¡Seguid en vuestras tumbas silenciosas!
¡Vuestro imperio acabó! Polvo se hicieron
los cetros que los vates os fundieron.

(1) Cuando yo estudiaba Retórica, me subleva saber que Grecia tenía sus epopeyas en *La Iliada* y *La Odisea*, Roma en *La Eneida*, La Italia cristiana en *La Divina comedia*, Inglaterra en *El Paraíso perdido* y hasta Portugal en *Los Lusíadas*. ¿Y España? Si *La Araucana* no era digna de competir con esos grandes poemas ¿iba á quedarse sin epopeya la nación de Sagunto y de Numancia, de Viriato y de Pelayo, de la Reconquista y de la Guerra de la Independencia, de Isabel la Católica y de Carlos V., la amparadora de Colón, la conquistadora de América? Eso no podía ser; yo al menos no lo admitía. Y, puesto que no lo hacían otros, lo haría yo; y allá se fué el Quijotillo de diez años que en mí había entonces, con su sarampión de humanitarismo, por el que entonces pasaba, á trazar el gigantesco plan de una epopeya que achicara á todas las clásicas, revueltas con el *Fausto* y *El Diablo Mundo* en salsa humanitaria. Fruto de aquellos sueños fueron las octavas reales que aquí figuran, fragmentos que muestran los humos que había en mi cabeza de niño.

¡Patria! tu nombre solo me enloquece,
la sangre hierve en mis ardientes venas;
al llamarte, mi genio se enardece
y, rompiendo las débiles cadenas
que sujetan su voz, gigante crece,
se hace titán, sacude sus melenas
y audaz se atreve hasta escalar el cielo
por ponerlo á tus pies con patrio celo.

—

¡Patria!... ¡mi patria! Si tu augusto nombre
á insultar se atreviera osado el mundo,
por el cielo te juro—y no te asombre—
que humillado rodara en el profundo...
¡Patria! Al amarte ya no soy un hombre;
soy un héroe, un gigante sin segundo,
casi un Dios; pues, si Dios tiene su cielo,
mi cielo tengo yo en tu santo suelo.

—

Pero ¿qué dije yo? ¿Aun acaso Roma
en sus brazos nervudos nos estruja?
¿De Carlos quinto el estandarte asoma
por la frontera que su mano empuja?
¡No! ¡Por Dios! Que el nostrismo se desploma
haciendo que un imperio y otro cruja...
Más grande que la patria hay otra idea
que de toda razón se señorea.

—

¡Escucha, patria! Nuevos ideales
la vida informan del moderno mundo:
acabaron los sátrapas feudales

con su ominoso privilegio inmundo;
se hundieron los sangrientos pedestales
del tirano por siempre en el profundo;
y al «¡Adelante!» que la tierra clama
hasta las patrias fundirá en su llama.

¡Escucha, patria! El siglo diez y nueve
ha hundido las fronteras á su paso;
las costas han caído que el mar mueve;
los continentes beben en un vaso;
de mundo á mundo paso solo hay leve,
y aun ese paso solo es un retraso.
¡Paso al progreso! ¡Y su hálito fecundo
con la patria concluya! ¡El mundo es mundo!

La idea grande que á la tierra agita,
que arrastra al orbe en sus potentes brazos,
y naciones y pueblos precipita
á confundirse en fraternales lazos,
no escucha del rival la voz maldita,
borra de toda tradición los trazos,
del mundo antiguo deja sólo escombros,
y al hombre eleva en sus robustos hombros.

(Salamanca, 1870).



2.-Impresiones.

I

¡MARCHA!

Ese, mundo, es el proceso
que te humilla y te ha de alzar;
que el pecado de progreso
se premia con progresar.

—

Esa es, mundo, tu condena
que te humilla y te ha de alzar,
porque el progreso es la pena
del crimen de progresar

(Salamanca, 1875).

II

¿Y YO?

Voz que de la Humanidad
el carácter retrató
en su impura realidad
en todo lugar y edad
es esta pregunta «¿Y yo?».

III

¡PUM... PUM! (1)

(Impromptu).

¿Escuchas ese rum... rum?
Es del siglo la razón.
Es que pronuncia el cañón
este discurso: «¡Pum... pum!»
Ganando la votación.

(Salamanca, 1875).

IV

¿YA?... ¿TODAVÍA?

Tiene el humano lenguaje
palabras tan elocuentes
que, por sí, sin más ropaje,
son poemas transcendentales.

Oid esa algarabía
de los que bajan, gritando
«¿Todavía?»
Y del que subiendo va,
cuando llega, protestando
«¿Ya?»

(Salamanca, 1875).

(1) Pie forzado de *pum... pum* con *rum... rum*, impuesto por Teodoro Rodríguez de la Torre en nuestra tertulia literaria y que motivó la improvisación de esta quintilla, que recojo en este volumen, no por su valor literario, sino como grato recuerdo de aquella época de mi vida. Válganle su origen y lo tristemente exacto de su fondo la indulgencia del lector.

V

¡BEBE!

—Todo el mundo beber debe.

—¡Uff! ¡Qué licor tan amargo!

—Es la vida.

—Sin embargo,

¡No quiero!

—¡Es preciso! ¡bebe!

(Salamanca, 1875).



3.- La envidia.

¡Cuántos crímenes, cuánto desafuero,
qué de injusticias, odios, falsedades,
atropellos, bajezas y ruindades
siembra la envidia por el mundo entero.

Ella dió al hombre el fratricida acero,
é ingenio para todas las maldades,
y con el lujo hinchó sus vanidades
haciendo el alma de odios semillero.

¡Envidia... que las almas ennegreces,
y el sentimiento y el honor falseas,
y todo cuanto tocas envileces,

Y sólo en ver desdichas te recreas,
y hasta la luz del sol entenebreces...
Pasión inmunda y vil..., ¡maldita seas!

(Salamanca, 1875).



4.- La fe.

Cándida virgen, del color vestida
que es de pureza símbolo y adorno,
con nivea franja, de la frente en torno,
á los ojos, velándolos, ceñida.

Fíngela el alma en el espacio erguida,
los fieles prosternados en contorno,
pidiéndola los libre del trastorno
en que se encuentra su razón sumida.

Tiéndeles ella cariñosos brazos
derramando en sus pechos el consuelo
que emana de sus místicos abrazos,

Hasta que el alma, remontando el vuelo,
después de rotos los mundanos lazos,
guiada por la fe, entra en el cielo.

(Salamanca, 1875.—Lourdes, 1906).



5. - La esperanza.

Aun despreciado el hombre, ansfa gloria;
la mujer le desdeña, y aún la ama;
nadie le escucha, y, sin embargo, clama;
aun derrotado, piensa en la victoria.

Su ciencia es poco menos que ilusoria
y el afán de saber su pecho inflama;
desde oscuro rincón busca la fama,
y oro quiere volverse, siendo escoria.

Sabe que de vivir el duro oficio
no es cosa, á la verdad, muy lisonjera,
siendo la vida pena y sacrificio,

Y aun así le es la vida placentera
y de ella jamás deja un desperdicio.
¿Por qué hace todo esto? Porque espera.

(Salamanca, 1875).



6. - ¡Tic, Tac!

Cierto día
que mi mente
trabajada
se sentía
por ardiente
aspiración,

anhelando
¡Loco tema!
al problema
de la vida
dar cumplida
solución;
reflexionando
sobre lo instable
de nuestro mundo,
y dominando
sueño profundo
todo mi ser,
entreveía
mi fantasía
luchas de monstruos,
negras visiones,
allá en el cielo,
cual nubarrones,
aparecer.

* * *

Luégo, esplendorosos
ví mágicos arcos
de irisados marcos
el cielo cubrir,
anuncios dichosos
de dulce esperanza
que grata bonanza
quieren predecir.

—

Y flores hechiceras
con mantos de esmeraldas
en ramos de guirnaldas

su aroma á Dios llevar,
y entre ellas mil abrojos
ocultos deslizarse,
creyendo los enojos
de Dios poder burlar.

—

Aquellas eran muy pocas;
estos muchos, que la vida
por cada acción bendecida
cuenta maldecidas mil;
los unos eran blasfemias,
las otras eran plegarias,
brotando todas, contrarias,
de un tronco entre noble y vil.

—

Y una tórtola ví, candorosa,
por horrible serpiente atraída,
cual inquieta y gentil mariposa
atraída se ve por la luz.
Luégo ví la serpiente trocada
en esfinge de rostro hechicero,
y á un lado, con aire severo,
un fantasma mostrando una cruz.

—

No acertando á explicar tales enigmas,
buscaba soluciones en la historia,
pareciéndome ver que es toda gloria
inútil cebo de fatal vivir.
¿Es que somos grotescos maniqués?

¿Es que no hay en la vida un goce puro?
Si todo aquí ha de ser malo y oscuro.
¿No es preferible, á tal vivir, morir?

¡La muerte!... ¡Qué angustia!... ¡Qué horrible
agonía!...]

Siento que mi cuerpo roen los gusanos...
¡No, no! ¡Atrás la muerte... ¡Venga la alegría
del vivir sufriendo, si es vida el dolor!
¡A vivir!... ¡Gocemos!... No perdamos tiempo
en buscar la clave de nuestra existencia
¡Ya es hora, ya es hora de que la conciencia
duerma sosegada!... ¿Qué es esto, Señor?

En el reloj las horas, de cuerpos vaporosos,
apóstrofes se lanzan en trágico ademán;
se acercan y se alejan, vertiginosas giran
y corren por la esfera con misterioso afán.

* * *

De pronto en la campana un golpe suena lento
y todas se apresuran sus puestos á ocupar.
silencio reina. Sale LA UNA majestuosa
y al centro se adelanta, en actitud de hablar.

LA UNA

Es un error creer que aquí se viene
á gozar y á reir. Triste es la vida
y en sus entrañas escondidas tiene
más lágrimas que risas. Si convida

á veces al placer, jamás conviene
aceptarlo y gozarlo sin medida,
que si siempre al calor sucede el frío
siempre al placer también sigue el hastío.



¿Me véis á mí, que brillo la primera
y sobre todas mi beldad resalta?
¿No debo ser feliz, si de la esfera
soy el primor que su primor esmalta?
Reína soy envidiada y hechicera
y para ser feliz nada me falta.
Pero lejos de serlo, harta de todo,
sólo en la muerte encuentro mi acomodo.



Por eso trato de pasar fugaces
los minutos que forman mi existencia,
no habiendo ya alegría ni solaces
que calmen de mi alma la impaciencia,
siendo efímeros todos y falaces,
inventos todos de fatal demencia.
Aprovechad mi ejemplo, hermanas mías,
y que acabe el tic... tac, de nuestros días.



Sentóse la hora primera
con cruel ansia de llorar,
y al fin lágrimas corrieron
por su entristecida faz.

Lágrimas que, al descender,
ofanse rebotar
melancólicas sonando
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS DOS

¡Nuestra reina no sabe qué es la vida,
y en verdad que ni sabe lo que quiere!
¿Hay algo acaso que gozarla impida?
¿Por qué, pues, á gozar sufrir prefiere?
El amor, por ventura ¿no convida
á goces inefables? Quien quisiere
ser cual nadie envidiado y venturoso
rinda al amor tributo, y es dichoso.

* * *

A mí el amor me embriaga y me enloquece;
con él la tierra se convierte en cielo,
el alma en nubes diáfanas se mece
y el mundo entero por rosado velo
encubierto á mis ojos aparece,
todo negror borrado de este suelo,
del que valle de llanto hacer Dios quiso
trocándolo el Amor en paraíso.

* * *

Por eso trato de pasar bien lentos
los minutos y hacer mi vida larga;
pero vanos resultan mis intentos
y esto tan sólo mi existencia amarga.

Siglos quisiera hacer de mis momentos,
pero el tiempo la vida no me alarga,
y á prolongar no alcanzo en mi locura
ni un instante el tic... tac... de mi ventura.

* * *

Dijo; y, sueltos los cabellos
gozosa fuése á sentar
tratando de sonreír
como si fuera á llorar.
Al fin vino una sonrisa
su dulce rostro á alegrar,
sonrisa que iba diciendo
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS TRES

Compañera, ¿estás loca? ¿Qué dislates
has ensartado ahí? ¿Cómo pretendes
que hace el amor feliz? Tus disparates
me asombran. No lo entiendo ó no lo entiendes.
¿Hay nada que produzca más combates
que el amor en el alma? Si es que enciendes
de una pasión el fuego ¿no te expones
á morir abrasada en tus pasiones?

* * *

Tú no has sentido nunca por tu pecho
voraz correr de amor la ardiente llama
y en volcán convertirse. Lo que has hecho
es jugar al amor. Todo el que ama

sufre, y su corazón siente deshecho
del amor por la fiebre que le inflama.
Y, aunque su amor correspondido vea,
sufriendo sigue, porque más desea.



Y ¿qué decir cuando con saña loca
el corazón te muerde el desengaño?..
cualquiera maldición se te hará poca
para expresar la magnitud del daño;
y del amor renegará tu boca
diciendo que es falsía, dolo, engaño.
El amor verdadero es sólo un mito;
quien crea en su tic... tac está maldito.



Así dijo, el ceño adusto,
con desdeñoso ademán
volviendo con paso firme
su puesto á recuperar,
y reflejando en su rostro
la resignada ansiedad
con que decía angustiada

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

LAS CUATRO

¡Qué de herejías dices, compañera!
Un desengaño sufres y te asombra.
¡Maldecir del amor! Tanto valiera
renegar de la luz porque hace sombra.

Si llamas al amor mito y quimera,
el amor de Jesús ¿cómo se nombra?
¿Existe algo más real ni verdadero
que ese amor que ha salvado al mundo entero?

* * *

Yo ante amor tan sublime me confundo
y al quererlo pagar me empequeñezco.
¿Qué valen los amores de este mundo
al lado de ese amor? Me desvanezco
pensando en él, y de fervor me inundo
viendo cuán poco tal amor merezco.
fuera de Dios no hay nada; y, si Él me guía,
todo en mi alma es paz, todo alegría.

* * *

Por eso de mi vida los instantes
con paciencia pasar veo tranquilos;
cortos ó largos, dulces ó punzantes,
no me detengo en recontar sus hilos.
Mi fe me salva; si oigo delirantes
los toques de la muerte, á los asilos
á que Dios me destine iré dichosa
al tic... tac... de mi vida venturosa.

* * *

Así dijo reposada
con evangélico hablar;
y con marcha mesurada
su asiento volvió á ocupar.

Sus labios una oración
parecen balbucear
mezclada con un tranquilo
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS CINCO

Y dime, hora bendita, ¿qué adelantas
con ese amor tan soso en esta vida?
Toda esa eterna dicha que nos cantas
música es celestial bien conocida.
Si en apuros te ves, y te atragantas
por no encontrar para ellos la salida,
¿responde Dios á tu rogar sincero?
No hay más Dios que te salve que el dinero.

* * *

Ese es el sólo talismán, ¡el oro!
Todo poder ante él se humilla y cede;
todos entonan su loor á coro;
y, contando con él, todo se puede.
Él es el solo Dios á quien adoro,
la sola fuerza á que ninguna excede;
que, en este mundo, la mejor palanca
es la moneda: roja, gualda ó blanca.

* * *

El querer sin poder es el fracaso
y el querer con poder es la victoria;
y para todo logro, en todo caso,
(testigo irrecusable me es la Historia)
sin oro no se puede dar un paso.

Yo no quiero más dicha ni más gloria.
Y cifradas están mis ilusiones
en oír el tic... tac... de mis doblones.

* * *

Así dijo con cinismo;
y, su asiento al ocupar,
sacó un puñado de oro
que contempló con afán,
oyéndose cadencioso
del codiciado metal
el ruido que iba diciendo
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS SEIS

¡Adoradora del becerro de oro!
del mundo idea tienes hartó baja,
¿de qué te serviría tu tesoro
en el desierto? Sólo el que trabaja
vive feliz y goza sin desdoro,
que el goce que da el oro nos rebaja,
el oro nada crea: es el obrero
quien todo lo produce, hasta el dinero.

* * *

El trabajo levanta catedrales,
el trabajo perfora las montañas,
erige monumentos inmortales,
penetra de la tierra en las entrañas,

suprime ó dulcifica nuestros males,
y construye palacios ó cabañas.
Sólo por el trabajo—Dios lo quiso—
volverá á ser la tierra un paraíso.

No busco glorias ni riqueza; oscura
vivo con el producto de mis manos,
que bienestar tranquilo me asegura,
y estimo lo demás delirios vanos.
Honrada vivo y viviré. La dura
ley con que Dios castiga á los humanos
gustosa cumpliré; que es mi consuelo,
mediante este tic... tac..., ganar el cielo.

Así se expresó resuelta,
sin cesar de trabajar
con tranquilo continente
y mesurado ademán,
siguiendo de sus telares
el continuo traginar
que en su lenguaje decían
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS SIETE

Dices bien; el trabajo es el destino
del hombre en este mundo; él es mi norte
como el tuyo, aunque sigo otro camino:
Yo formo de la Ciencia en la cohorte;

por la tierra aprendiendo peregrino
tocando del saber todo resorte
y procurando con leal piloto
abrirme paso por el mundo ignoto.

*
* *

¡Qué placeres tan puros é inefables
los que la ciencia sin cesar prodiga!
¡Escrutar los misterios insondables
del ser y del no ser. Sentirse amiga
de Dios, y sus doctrinas venerables
profundizar con mística fatiga!
No hay goce igual á tan sublime goce;
quien no lo afirme así no lo conoce.

*
* *

No me guía el orgullo; con empeño
busco de la verdad el noble fruto;
pero siempre proclamo á Dios mi dueño
y, acatando sus vetos, le tributo
el debido homenaje. Dulce sueño
disfrutar así logro, y lo disfruto.
Entre Dios y la ciencia no vacilo
y mi tic... tac... sonando va tranquilo.

*
* *

Dijo y ocupó su asiento
pareciendo meditar,
la cabeza reclinada
y bajado su mirar;
escuchándose su acento

por el espacio cruzar,
que misterioso decía

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

LAS OCHO

¡Bien asomas tu oreja de católica
en tu peroración pseudocientífica!
Pareces ser feliz, hora simbólica,
con tu mística charla beatífica;
yo, en cambio, mis minutos melancólica
veo pasar con rapidez terrífica
y á la ciencia también culto idolátrico
rindo sin aceptar nada enigmático.

* * *

Nada quiero de Dios; su voz enfática
jamás oí, ni su figura angélica
ni en sueños veo que me deje extática.
¿Para qué me hace falta? ¿Tan famélica
de hipótesis estoy que ande fanática
tras una sombra de ente pseudocélica?
¡Quédate con tu Dios archisantísimo
y con tu dulce sueño beatísimo!

* * *

Como el aire soy libre; y hoy frenética
aclamo una teoría que estrambótica
se me antoja mañana. Soy ascética
y escéptica después; nunca narcótica
la bebida apurar quiero hipotética

que tan bien te adormece. De caótica
tácharás mi doctrina; pero impávida
mi tic... tac... lanzaré, de ciencia ávida.

* * *

Dijo; y, con paso geométrico,
arriba alzando el mirar
de sus anteojos elípticos,
volvió su asiento á ocupar,
pareciendo algún apóstrofe
escéptico murmurar
que barbotaba en herético

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

LAS NUEVE

¡No sigas blasfemando! ¡Calla impía!
¿Qué espíritu infernal es el que exhalas?
Dices que Dios no existe. ¿Y qué teoría
del cosmos explicar podrá las galas?
Sin juez y sin sanción ¿qué ocurriría?
Piensa en que vuelas porque tienes alas,
y no te ensoberbezcas con tu ciencia,
migaja de divina omnipotencia.

* * *

Yo vivo gorgiendo; en todo creo
y en mi pecho ferviente la fe alienta;
por los ojos del alma sólo veo;
todo lo bello, en mí, con cantor cuenta.

Dios, el amor, el tímido deseo,
el cielo, el sol, las flores, la tormenta,
los pájaros, los héroes, la armonía
de los astros y toda poesía.

* * *

La primavera ofrécame sus flores;
el estío, sus roncadas tempestades;
otoño, de sus frutos los dulzores;
invierno, sus nevadas, soledades;
la vida, sus placeres y dolores;
la muerte, sus misterios; no te enfades
si entre un canto al amor y un himno al cielo
resuena mi tic... tac... en este suelo.

* * *

Dijo; y, con dulce semblante
y suavísimo mirar,
el puesto, que le ha marcado
el destino, fué á ocupar,
pareciendo entre sus labios
una sonrisa vagar
que brotaba al armonioso

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

LAS DIEZ

Inútil ¡voto á tal! es tu existencia
y empalagoso encuentro tu lenguaje.
¡Mil bombas! ¿De qué sirve ese arte ó ciencia
que á unas coplas reduce su equipaje?

¿Hay quien tome, teniendo inteligencia,
por oro el oropel de tu ropaje?
¡Basta ya de retóricas, por Cristo!
Que lo que dan de sí ya lo hemos visto.

* * *

¿Qué vale tu laúd, pincel ó lira
al lado de mi acero formidable?
El tronar del cañón respeto inspira,
el cantar mujeril es despreciable.
Tu necia vanidad á mucho aspira,
si crees que la lira vence al sable;
que te lo digan Grecia y Macedonia
y ve con esos cuentos á Polonia

* * *

Dejémonos de hipócritas canciones!
donde el cañón retumba todo calla
y no existen derechos ni razones
que venzan el poder de la metralla.
La voluntad que tiene más cañones
es la que triunfa siempre en la batalla.
¡Gloria á la fuerza!, con viril acento
dirá siempre el tic... tac... con que yo aliento.

* * *

Dijo con voz estentórea
que retumbó al resonar
semejando ronco estruendo
de próxima tempestad;

y se sentó, prorrumpiendo
en juramento infernal,
que los ecos repercuten:
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS ONCE

Haces cínico alarde de tirana
fiada en el poder de tus legiones,
sin ver que, sin razón, es siempre vana
la potencia infernal de tus cañones.
Hoy triunfarás tal vez; pero mañana
tus banderas serán hechas girones.
Fuerza vence á razón: ese es el hecho;
pero el hecho sucumbe ante el derecho.



No te fíes de vanas apariencias
la razón triunfa siempre, pronto ó tarde;
gana primero todas las conciencias,
en valiente convierte al más cobarde,
en el martirio afirma sus creencias
y, Jesús ó Colón, Hugo ó Velarde,
ó triunfa en vida y lo que siembra coge
ó el mundo el fruto que sembró recoge.



¡Paso al derecho! No nos amilane
verlo á veces hollado, escarnecido;
que día llegará en que el pleito gane
y en que el sofista quede confundido.

Hay que creer que, cuando el hombre sane
de su torpe egoísmo maldecido,
el imperio bendito del derecho
llegará en su tic... tac... á hermoso hecho.

* * *

Dijo con voz magestuosa
y reposado ademán
y, volviéndose á su puesto
mirando en torno al andar,
sentóse tranquilamente,
pareciendo meditar
al compás de su solemne
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...

LAS DOCE

Al oíros, oía, compañeras,
el eco de mis propios pensamientos;
Pues, si gozo y disfruto horas enteras,
otras tantas me ahogo en sufrimientos;
si gozo del amor con las quimeras,
sus punzadas también crueles siento,
y, si la duda me atenaza el alma,
la fe también mis sufrimientos calma.

* * *

¿Es nuestra vida un premio ó un castigo?
¿Hay ó no un más allá? ¿Brotó este mundo
de un *fiat* soberano y sin testigo
ó su germen en sí lleva fecundo?

¿Es un amigo ó es un enemigo
de la vida el amor? Yo me confundo
ante tales problemas, cuya clave
todos rebuscan, pero nadie sabe.



Por eso, algunas veces, desalada,
á prolongar la vida me apresuro
y mis días minutos juzgo, osada,
del no ser aterrándome lo oscuro;
Y, por eso, otras veces, desesperada,
abreviar mi existir tenaz procuro,
sin conseguir jamás el vano empeño
de mi tic... tac... trocar por el que sueño.



Así la última hora dijo,
ya sonriendo al hablar
ó ya gemidos lanzando
con variado ademán.
No sé si lloró ó rió
cuando se volvió á sentar.
Sólo escuché que decía
¡Tic... Tac!...
¡Tic... Tac!...



Silencio misterioso reinó en la blanca esfera
y un soplo helado y triste sus ámbitos cruzó.
Las horas, semejando imágenes de cera,
inertes aparecen; la muerte les hirió.

Densísimas tinieblas nos cercan por doquiera
y fúlgido relámpago la inmensidad rasgó;
tras él del trueno oyóse tambórica carrera
y en lúgubre silencio todo á quedar volvió

—

De pronto, transportado del céfiro en el ala
encuántrome en el cielo, de Dios almo escabel
las horas, revestidas con su funérea gala,
preséntanse girando, cual sílfides, ante Él.

Atónito contemplo la venturosa sala,
y, traspasando osado el célico dintel,
penetro en un ambiente que dulce aroma exhala
y en el que todo lanza espléndido riel.

—

Allí se respira la eterna ventura,
allí no se sabe lo que es sufrimiento,
allí todo es goce y es paz y contento
y sólo alegría se puede sentir.
Las nubes vagaban, la luz reflejando,
lanzando destellos de záfiro y gualda,
de nacar y perlas, rubí y esmeralda,
á Dios pareciendo sin fin bendecir.

—

Arcángeles bellos de nivea blancura,
en nubes flotando de perlas y rosas,
querubes divinos de celia hermosura,
envueltos en nubes de gasa y de tul
sus liras pulsando de piedras preciosas

y mágicos sonos con cándida mano
cantares entonan al Dios soberano,
alegres cruzando del cielo el azul.

—
Allí se hallan las horas prosternadas
cada cual reflejando en su semblante
la impresión del solemne y breve instante
en que Dios á juzgar su vida va.
Y habla Dios y pregunta: ¿qué habeis hecho
de la vida que os dí? Y cada hora,
levantándose entonces sin demora,
á Dios, por orden, su repuesta da:

* * *

—Yo, por gozar, sufrir.

—¿Y tú?

—Yo, amar.

—Yo, sufrir desengaños.

—Yo, adorarte.

—Yo, dinero juntar.

—Yo, trabajar.

—Yo, la ciencia estudiar.

—Yo, despreciarte.

—Yo, cantar y creer.

—Yo, maldecir.

—Yo, razonar.

—Yo todo lo he sentido.

«¡Bien está, dijo Dios;—Yo lo he querido
y así tiene que ser. Ley del vivir!

Hoy del goce apurar la amplia copa
y mañana sentir el hastío;
suspirar por el frío en estío
y en invierno calor desear;
los que sufren me llaman tirano;
los que gozan, fervientes me adoran;
y unos y otros, que todo lo ignoran,
mis acciones pretenden juzgar.

—

¡Está bien! Cada cual habeis hecho
uso pleno del libre albedrío;
os lo dí y no os lo quito; que fío
en que al fin triunfará la razón.
Una vida se enlaza á otra vida;
cada vida nos da una enseñanza...
¡A vivir, con la grata esperanza
de alcanzar esta excelsa mansión!»

—

Ví retirarse á las Horas
confusas y conmovidas,
recomenzando sus vidas
el cielo al abandonar.
Y con trajes peregrinos
lanzarse por los espacios
y en estrellados palacios
albergue nuevo buscar.

—

Anhelando hallar de nuevo
los maternos cariños,

cuerpos de rosados niños
las ví á todas revestir;
unas, cubiertas de harapos;
otras, de ricos cendales;
y los bienes y los males
entre todas repartir.

Las nobles decisiones
que Dios les sugiriera
vefanse cual cera
fundirse en el crisol
de aquella nueva vida;
y así todo el pasado
quedar pronto olvidado
del alma en el pañol.

De nuevo la discordia
se agita y se revuelve
y en sus odios envuelve
las Horas otra vez;
y aquellas intenciones
traídas desde el cielo
vuelven con raudo vuelo
hacia el supremo Juez.

Aquellos impulsos
de santa mejora
en alguna Hora
saben persistir;

y, aun siendo inconscientes,
producen su fruto
que á Dios en tributo
suben á rendir.

—

En otras parecen
cambiar las pasiones,
crearse ilusiones,
la fe reavivar;
haciendo en conjunto
el mundo y la vida,
por senda escondida
lentos avanzar.

—

Viéndose á lo lejos
faro luminoso
girando glorioso
hacia el ideal,
cuyas puertas de oro
siempre están cerradas
á humanas miradas
hasta el gran final.

—

Sendas infinitas
cruzan el espacio
hacia aquel palacio
en confusa red;

sus encrucijadas
se hallan siempre llenas
de almas extraviadas,
de Dios á merced.

De pronto siento
ronco gemido,
rudo latido
mi pecho hinchar;
y llanto ardiente
turbar mis ojos
en los enojos
del despertar

Ni sé si vivo
ni si estoy muerto,
si estoy despierto,
si duermo aún.
Siento mi mente
toda turbada
como abrasada
por el simún

¿Será sueño
lo que he visto?
Ese ensueño
¿es realidad?
¿Qué es la muerte?
¿Qué es la vida?
¿Dónde anida
la verdad?

¿Qué es el alma?
¿Qué es Dios mismo?
¿Qué el abismo
del error?
¿En qué ambiente
nace el goce?
¿Y la fuente
del dolor?

—
Confuso
me siento.
¿Qué intento
saber?
Tengamos
paciencia;
que es ciencia
tener.

—
Mi alma
parece
que en calma
ya está,
oyendo
las horas
diciendo
¡Tic... Tic!...

—
El bien
y el mal
Dios nos
los da.

Los dos
del ser
son el
Tic... Tic...

Dios
nos
da
luz
pa
ra
juz-
gar.

Dios
me
la
dé
pa-
ra a-
cer-
tar
en
mi

Tic...

Tac...

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

¡Tic... Tac!...

Salamanca, 1875.—San Juan de Luz, 1906).



7.-El Buitre.

¡Mirad allá á lo lejos!... Nubes de humo,
entre el estruendo sumo,
se revuelven en altas espirales;
mientras roncoss ahullidos
parecen pavoridos
del cielo hacer crujir los pedestales.

—

Montes de polvo en el espacio se alzan,
retroceden y avanzan,
envolviendo en tinieblas á la tierra;
se esparcen y se agitan
y al fin se precipitan
como cansados de tan ruda guerra.

—

Y se oyen retumbar roncoss acentos
traídos por los vientos
de las vegas y selvas más sombrías...
Parecen sordoss gritos
que lanzan los precitoss
preludiando infernales sinfonías.

—

Apresurad, apresurad el paso;
que se acerca el ocaso...

¡Mirad..., mirad!... Entre imponentes cum-
[bres
se agitan los pendones
y rujen los cañones
arrollando alocadas muchedumbres.

Ved... Ved, entre humo y plover, cuál se en-
[lazan,
se hieren y se abrazan,
ruedan, vienen y van, se descuartizan,
gimen, gritan y lloran
y maldicen é imploran,
perdonan y blasfeman y agonizan.

Aquí, una pierna; allí, cráneos hendidos,
y troncos desprendidos;
y doquier, en la escena tremebunda,
cabezas desolladas
y manos aún crispadas;
todo nadando en sangre nauseabunda.

Allá el clarín sonoro ya vocea
llamando á la pelea;
acá contesta del cañón el ruido;
y la tierra se abate
al grito de combate
que el hombre lanza al aire ennegrecido.

¿Quién ha movido tan horrible estruendo?
¿Qué genio tan horrendo
ha infundido en el hombre fanatismo
tan impío y ardiente
que le trueca en demente,
de la guerra lanzándolo al abismo?

—

¿Porqué tal odio á muerte, si en su vida
causa reconocida
no hubo jamás que su furor excuse?
Unos y otros ¿qué han hecho?
¿Porqué hierve en su pecho
furor que hará que del valor se abuse?...

—

¿Qué delirios, Señor, les atormentan?
¿Porqué todos atentan
contra todos y quieren destrozarse?
¿Porqué, locos, esgrimen,
sabiendo que es un crimen,
el arma con que van á asesinarsen?

—

¿Porqué, pregunto? Porque á un Rey le
[plugo,
aún más que Rey, verdugo,
vengar insulto á sus blasones hecho;
ó porque quiere sólo
del uno al otro polo
extender el volcán que arde en su pecho.

—

O porque intenta, en alas de cañones,
llevar á otras naciones
la ciencia y la virtud... ¡rudo sarcasmo!
O por afán de gloria
queriendo que la Historia
inmortal le proclame en su entusiasmo.

¡Te has engañado, Rey! Siempre maldito
tu nombre estará escrito
de fiel historia en los anales rojos.
No digas que eres padre,
si así á la patria madre
le quitas hijos y le das despojos.

No invoques de la patria el sacro nombre
para engañar al hombre...
¡Calla! ¡Calla! La madre es siempre madre;
y, si su auxilio implora
tu afán, verás cuál llora
negándote su amor, mal que te cuadre.

¡Mira..., mira tu gloria!... ¡Pobre gloria!
Contiene tanta escoria
que cuesta depurarla harto trabajo;
en sangre cimentada,
poco á poco es minada
hasta que venga con estruendo abajo.

¡Mira tu gloria, oh Rey! Rojo cimiento
y ruinas son su asiento...
¿No comprendes que el aire bambolea
fundamento tan débil
y un sólo grito flebil
le hará rodar, de la moderna idea?

—

¿No comprendes ¡oh Rey! que el gran gi-
[gante
dice siempre «¡adelante!»
y que, el mundo al marchar, llegará un día
en que ha de verse el cieno
de tu alma, y el veneno
que infiltrar quieres en la patria mía?

—

Cada rival marchando hacia su tienda
da fin á la contienda;
un punto en el espacio se remueve
girando con concierto,
y, al fin, al campo yerto
su raudo vuelo con prudencia mueve.

—

Ya está cerca... ¡mirad! El ala fea
extiende, y se recrea
al ver el campo de su pasto lleno.
Plega siniestra el ala
y en el aire resbala
y á engullir se prepara carne y cieno.

—

¡Arrojadlo, por Dios! ¡El verlo espanta,
y anuda la garganta!...
Pero no... no, dejadlo, ¡es su destino!
dejadle que se engulla
con algazara y bulla
los cadáveres que halle en su camino.

¿No perseguís vosotros á las aves
hasta siendo hombres graves?
Ellas á veces toman la revancha
y, con feroz instinto,
el pico sacan tinto
en la sangre que empapa la vega ancha.

Engulle, buitre, sí; la carne es mucha...
¡Hártate!... ¡Buitre, escucha!
La carne es demasiada... Grazna, llama;
y, con tus compañeros,
podréis cuerpos enteros
Devorar y engullir. Sí, ¡clama, clama!

A tu clamor el aire se ennegrece,
y el cielo se oscurece
ante la turba que premiosa vuela
y que hambrienta despoja
los cuerpos en que arroja
ávido el ojo que su presa cела.

¡Llegó, voraces buitres, vuestra hora!
Ejecutad ahora
vuestras más encomiásticas hazañas:
Desgarrad los tendones...
Y de esos corazones
sean sepulcro vil vuestras entrañas.

—

Ellos lo quieren,... Sí... ¡Cuartel negad-
[les!
roedles, desangradles,
chupadles del vivir la última gota.
¡magnífica es la presa!...
y ¡vayan á la huesa
unidos todos en final derrota!

—

Los cráneos destrozad; no busqueis sesos.
Descarnad esos huesos.
Bebed su sangre, si es que sangre aun tienen;
y, cual ciclópeas barras,
hincadles vuestra garras;
y los graznidos el espacio atruenen

—

Entre un montón de muertos, una boca
vocea, como loca,
y una mano crispada pide auxilio;
herido un hombre se halla
y, con pavor, batalla
por huir de aquel tétrico concilio.

—

¡Ave negra, no le oigas!... ¡no perdones!
devora sus tendones...
Es su suerte y la tiene merecida.

¡Que pida auxilio al cielo!
El le dará consuelo,
si acaso lo merece, en otra vida.

Envuelto entre la sangre y la metralla,
otro infeliz se halla
conteniendo la sangre que su pecho
arroja á borbotones...
¡Tampoco le perdonés!
Que halle en tu vientre su postrero lecho.

Otro, acosado de temblor nervioso,
con mirar cavernoso,
yace en aquella horrible algarabía.
Y, los ojos en blanco,
exangüe, cojo y manco,
lanza ya el estertor de la agonía.

Ayúdale á morir. Tu garra clava
en su pecho, y acaba
por convertirle en hórrido esqueleto;
si gime, grita ó llora,
grazna, con voz sonora,
canción triunfal de estómago repleto.

.....
.....
.....

¡Basta, buitres!... ¡mirad!... Tan sólo hue-
[sos

se ven revueltos, tiesos
por el último esfuerzo de la vida.
Marchad á otro banquete;
no faltará quien rete
á ponerlos la mesa bien servida.

—

Se alzan los negros buitres con graznidos
y alegres alaridos
que roncós vibran, si en el aire trimen;
mientras los campos yertos
envuelven á los muertos
entre las negras sombras de su crimen.

—

Y allá, flotando entre la niebla oscura,
se ve horrible figura
que, al mirar esta escena desolada
de horror y cataclismo,
se hunde en el abismo,
lanzando una siniestra carcajada.

(Salamanca, 19-Julio-1875).



8.-Epístola.

(A mi amigo-hermano Gonzalo de Castro y Valdivia).

¡Vanos estudios, Castro! ¡Tantos años
pasados cosechando desatinos!
¡Tanto tiempo aprendiendo desengaños!
¡Ay! ¡Cuánto mejor fuera, entre los trinos,
dormir tranquilo, de inocentes aves,
que estudiar de los hombres los destinos!

¡O correr los peligros de las naves
que arrostran de la mar el golpe rudo,
mas no de la impiedad los libros graves!

¡Cuánto fuera mejor que, todo mudo,
sepultados por siempre, al redor nuestro,
estuviera sirviéndonos de escudo

para nada escuchar aquí siniestro!

Sacrificar la vida es necesario;

y en locuras será grande maestro

aquel que piense y haga lo contrario;

el cuerpo á tierra torne, suba el alma

al cielo, y tenga fin este calvario

que nos vale de mártires la palma.

¡Cuánto mayor sosiego allá en la aldea
los labriegos disfrutan, cuánta calma!

Nada se sabe allí, ni se desea
y son quizás más sabios que los sabios
porque tienen de Dios más clara idea.

En cuanto suena el alba, abren los labios

y ruegan al Señor por los que aman,
entonando un cantar de desagravios;
atienden á las plantas que los llaman,
y trabajan, recogen su cosecha
y «¡gloria á Dios!»! enternecidos claman.

Uno, cantando, la ventana acecha
donde á poco se asoma la que adora,
y se hablan con ternura; la sospecha
jamás allí introduce hiel traidora
y en paz alegre gozan de la vida
y el desengaño nunca les azora.

Allí no ven la hoja fementida
del libro que corroe las creencias
robándonos la calma tan querida.

Allí ignoran escépticas sentencias
que minan poco á poco el sentimiento
y del creer nos quitan las potencias;
ven las hojas que mueve el raudo viento.

y, al mirarlas, exclaman «¡Dios existe!»
Miran también el almo firmamento,
y gritan «¡Eres grande! ¡Tú lo hiciste!»
Sufren, y exclaman, al hallar consuelo,
«¡Dios es bueno y es justo! ¡Él nos asiste!»

Y así el labriego, alzándose hasta el cielo,
creyendo, ama y espera y es dichoso
y la ciencia para él descorre el velo
que nosotros miramos tenebroso;
y, donde oscuro vemos, él ve claro
porque le da la fe brillo asombroso.

Dirás, Gonzalo, si es que no reparo
en que el saber nos da grandes placeres,
de la verdad mostrándonos el faro.

Dirás que del estudio los deberes

no menos gozar hacen que el cultivo
del campo. Ciego estás, si tal creyeres;
y casi que lo digas no concibo.
¡Placeres del saber! Y ¿qué sabemos?
¡Goce del estudiar! ¿Lo hay más nocivo?
¡Sí, de tanto mirar, al fin no vemos!
No de otro modo que la mosca inquieta,
siempre moviendo los alados remos,
á la tela, por fin, queda sujeta
do la chupa el vivir hambrienta araña,
nuestra intranquila mente va á la treta
con que la ciencia vana nos engaña,
y nos chupa la fe que nos sostiene,
á cambio de una estúpida patraña.

Cual hambriento ratón al cebo viene,
por su olor seductor bien atraído,
y, al ir á saciar su hambre, le detiene
la trampa que se traga el atrevido,
y sin queso y sin vida al fin le deja;
así el hombre, por su ansia conducido
de ciencia, al ratoncillo se asemeja,
quedándose sin fe, sin saber nada
y sin el hilo hallar de la madeja.

Así cual mariposa nacarada
en los rayos del sol sus alas hunde,
retozando contenta en la enramada,
y, puesto el sol, cuando la sombra cunde,
busca otra luz, y, al ver una bujía,
sus alas, ignorante, en ella funde,
creyendo que es su luz cual la del día,
sin saber ¡infeliz! que el sol brillante,
obra de Dios, luciendo da alegría,
y la otra luz, que la abrasó al instante,

de las manos del hombre es artificio
y muerte envuelve en su fulgor radiante;
así el hombre también, con poco juicio,
con lo que Dios le dice no contento,
paso á paso camina á su suplicio,
sin ver el infeliz que aquel acento
es de la fe la voz incuestionable
y lo que dice el hombre... ¡sólo un cuento
que inventa su soberbia despreciable!
No nota que esa luz es luz ficticia
y que es su muerte en ella irreparable.
Si quema allí su fe ¿no se malicia
que no podrá volar do dicha halle
y que, si aquel momento desperdicia,
ha de quedar vencido en la batalla?
La fe la presta Dios. ¿No es esto cierto?
Pues, si en su corazón la duda estalla
de lo que Dios le dijo ¿no habrá muerto
para él el mundo todo y hasta él mismo?
Sí; todo se le cierra; no hay abierto
ni un sendero siquiera en el abismo.
¡Basta ya! ¡Basta, Castro! Más valiera
del estudio dejar tanto embolismo
y empuñando un arado, placentera
copla cantando, fecundar el suelo;
y, al descansar, orar con fe sincera
pidiendo á Dios que nos otorgue el cielo.

(Salamanca, 15 Septiembre 1875).



9-La Verdad.

- Sólo hay verdad en el hecho.
- No hay más verdad que la idea.
- Siempre errará quien no crea.
- ¡La fe!... ¡Criterio harto estrecho!
- La verdad es el Derecho
- La Ciencia.
- El Arte.
- El Amor
- Dios.
- Yo mismo.
- ¡Vano ardor
- De la loca humanidad!
- La verdad... es la verdad.
- Y en todo hay verdad y error.

(Salamanca, 1876).

o m o

10-Al Ferrocarril.

O D A

Si la empresa es geant, Deu nos ajuda.
(V. Balaguer).

Vedla. Tranquila está. Monstruo inaudito
semeja en su quietud, jamás soñado
por quijoteskas mentes
ni en novelas fantásticas descrito.

Asiéntanse sus pies, de forma extraña,
sobre anillos de hierro relucientes
clavados de la tierra en las entrañas;
su cuerpo formidable,
en forma nunca vista,
horizontal prolóngase espantable.
Conócese al mirar su ensanchamiento,
cuán poderosas vísceras aloja;
y tiémblase al pensar por un momento
dó el monstruo irá, si por azar se enoja.

En su testuz se alza
negro cilindro rígido
que su aspecto fantástico realza;
de elefante semeja hinchada trompa,
ó bien arma terrible
con que el monstruo insensible
cuanto á su paso encuentre airado rompa.

Ya comienza á rujir. Tenues vapores
se escapan de su seno;
de tempestad semejan precursores
que anuncian su irritado desenfreno.
El ruido aumenta: blanco torbellino
escápase del pecho del gigante;
y, formando confuso remolino,
en el espacio piérdese radiante.

Un silbido monstruoso nos espanta
y la sangre se hiela en nuestras venas;
tras él, cien otros colosal garganta
al aire lanza en ruda algarabía;
y de recelo nuestras almas llenas
quedan con la salvaje melodía.
Diríanse esos gritos
clamores de energúmenos malditos.

Mirad: silbos lanzando,
á moverse comienza ya el coloso;
y, de vapor torrentes vomitando,
marcha veloz, erguido, majestuoso.
De súbito, parece que medita
á donde va, y se para; luego avanza,
alentando con hálito anheloso;
retrocede después, rabioso grita,
y, al fin, resuelto con ardor se lanza
tras lo invisible que á correr le incita.

¿Dónde irá? ¿dónde irá? Quizá á estrellarse
contra pelada y empinada roca;
ó acaso á despeñarse
por abismo profundo se desboca,
siempre corriendo ciego
tras la ilusión fantástica que evoca.

¿No es la fatalidad la que le impulsa?
El hado ó el destino
¿no es quien le empuja en su veloz carrera?
¡Abandonada está á su negro sino!
¡Suerte fatal la que fatal le espera!
De nada servirále su armadura
de feudal caballero;
de nada su furor, ni su figura
monstruosa, ni su grito lastimero.
¡El dedo del destino
implacable marcó su negro sino!

Pero ¡no! ¡No es así! El azar no rige
del monstruo el movimiento calculado,
ni inexorable exige
su muerte; que otro nombre
tiene quien le marcó su derrotero
y no el azar se llama sino el hombre.

El hombre, sí, á quien debe la existencia
y cuya hechura es, es quien le dice
«¡marcharás por aquí!» y el monstruo marcha
y jamás su mandato contradice.

Y cruza la risueña Andalucía,
Castilla la feraz, las industriales
comarcas catalanas, la bravía
región del Pirineo, Francia entera,
la reina que admitir no quiere iguales,
Bélgica la industriosa,
la flemática Holanda placentera,

Alemania fecunda en soñadores
y Rusia inmensa, desgraciado suelo
mayorazgo de autócratas señores
de despotismo sin igual modelo.
Y así recorre audaz, precipitado,
del Betis caluroso al Neva helado.

Nada su paso á detener se atreve;
aquí encuentra un abismo,
allá enhiesta montaña;
todo al monstruo parece cosa leve,
todo fácil hazaña

y aun el empeño del Océano mismo
sabe burlar; y siempre conducido
por los hilos del hierro en que se apoya,
cadenas con que al hombre dió el progreso,
en premio á su trabajo merecido,
el globo desarmado, á sus pies preso,
confiado, atrevido,

en su audacia y su fuerza prodigiosa,
saltando abismos, perforando montes,
corre con rapidez vertiginosa
á ganar los lejanos horizontes,

sin que más alimento
¡oh misterioso arcano!
que agua y carbón el monstruo necesite
para estar en perpetuo movimiento.
¡Ese es el triunfo del trabajo humano!

(Salamanca, 1876).



11.-La filosofía de los números.

EL UNO

En religión, panteísmo;
en ciencia, revelación;
en la vida, la inacción;
en la moral, fatalismo;
en Derecho, despotismo;
en el Arte, inmensidad;
y es símbolo de unidad
ese Oriente misterioso,
siempre hundido en el reposo,
siervo de su nulidad.

EL DOS

Hielo y fuego, fe y razón
luz y sombra, vida y muerte,
materia en su lado inerte,

y en otro el alma en acción;
negación á negación,
Dios y el diablo, cielo y tierra.
que toda idea se encierra
con su idea antagonista
en el principio dualista
cuya expresión es la guerra.

EL TRES

Ley santa en la Humanidad
es justicia en el Derecho;
es amor, si está en el pecho;
si en la cabeza, verdad;
es la sola realidad
y de ella el mundo va en pos;
armonía, el uno en dos,
de cuya fórmula, el nombre,
es, en lo finito, el hombre,
siendo, en lo infinito, Dios.

OTRO NÚMERO

Otro número cualquiera,
cuatro, veinte ó un millón,
es tan sólo una adición
sin propio valor ni esfera.
Si la ocasión se los diera
por un caso extraordinario,
serían su corolario

los mitos del paganismo,
la anarquía, el feudalismo
y cuanto haya de arbitrario.

(Salamanca, 1876).



12-¿Quién es Dios?

—¿Quién es Dios?—Y el indio exclama
desde su inmensa pagoda:
—«¡Dios es Brahma!»

—

¿Quién es Dios?—Y un grito allá
desde el Sinaí responde
—«¡Jehová!»

—

¿Quién es Dios?—Y quien lo ha visto
contesta en el Evangelio
—«¡Dios es Cristo!»

—

Y así, aferrado á su tema,
todo mortal, torpe ó listo,
resuelve el magno problema:
—¿Dios?—Brahma, Jehová, Cristo.

—

De la solución en pos
años y años he pasado,
y, al fin creo haberla hallado:
¡Dios es Dios!

(Salamanca, 20-Abril-1877).



13.-En marcha hacia el ideal.

I

¡La aurora!... Tíñense los horizontes
de colores y luz. Trinan las aves.
Vuelve al cielo el rocío. Nuestras frentes
acarician las auras matinales.
Las estrellas se ocultan, y la tierra,
en su órbita girando, á los raudales
de luz del sol presentan sus tesoros
que el sol besa... ¡Adelante!



¡Momento del trabajo!... Ya ilumina
el sol nuestro hemisferio fulgurante:
hiende á su luz el labrador la tierra;
forma el artista la perfecta imagen;
canta un himno el poeta; el sacerdote
murmura una oración en los altares;

dicta el juez la sentencia; los obreros
trabajan... ¡Adelante!

¡La hora del crepúsculo!... A las nubes
presta la luz tornasolados trajes;
trémulas en los árboles las hojas
se agitan; el lucero de la tarde
fulgura en el Poniente nacarado,
y el sol, de despedida un beso dándole,
su último rayo lanza al horizonte
y se oculta... ¡Adelante!

¡Momento del misterio!... El ancho espacio
cuajado de fulgores rutilantes;
las flores entonando sus corolas;
los pájaros durmiendo entre el follaje;
lucecitas allá en el cementerio
como ánimas en pena andando errantes;
las esferas girando eternamente;
todo en sueño... ¡Adelante!

¡La calma!... Los arroyos que serpean
entre lechos de césped; con su madre
jugando el niño; por la paz bendita
hechos los pueblos florecientes, grandes
y respetados; con rosados cielos
las vírgenes soñando; por los aires
los ecos del placer; astros que giran
en concierto... ¡Adelante!

¡La tempestad!... El trueno que retumba:
el buque zozobrando sin velamen;
el desengaño destrozando el alma;
el simún sepultando las ciudades;
la guerra desgarrando las naciones;
el choque de un cometa formidable
que un mundo hace pedazos á su paso...
¡Adelante! ¡adelante!

—

II

¡Una pobre cabaña!... Anciano trémulo
reposa sobre un lecho medio exánime,
tranquila la conciencia, el pecho firme,
la sonrisa en los labios inefable
y el asombro en los ojos, su familia
al ver en derredor inconsolable...
¡Una oración, hermanos, y marchemos!
¡Adelante! ¡adelante!

—

De idiota unas facciones se dibujan
tras los barrotes de negruzca cárcel;
hinchada mano estúpida golpea
los hierros con furiosos ademanes.
¿Es loco ó criminal? Siempre ambas cosas;
asesinos y locos son iguales.
¡Una mirada de piedad, hermanos!
¡Adelante! ¡adelante!

—

¡Pobre niña!... Inocente y tierna virgen,
en los brazos cayó de un miserable,
sueños de dulce bienestar forjando,
creyendo, como en Dios, en el infame
que, mintiéndola amor, la hizo su víctima
manchando la pureza de aquel angel...
¡Ha muerto de vergüenza!... ¡Paso á su
[alma!
¡Adelante! ¡adelante!

—

Se oye como un rugir... De muerte el hálito
lanza el cañón en infernal combate
«¡No hay cuartel!» gritan todos, las cha-
[rangas
tocan con frenesí marchas de ataque;
sangre y lodo se ve por donde quiera
y los campos sembrados de cadáveres.
¡Y son todos hermanos!... ¡Aún no es hora!
¡Adelante! ¡adelante!

—

III

¡Marchemos!... y vosotros, los poetas,
Pindaro, Homero, Calderón, el Dante...
¡Formad nuestra vanguardia! ¡Un himno,
[hermanos,
que ensanche el corazón y el alma exalte!
¡El himno del progreso, hermanos míos,
¡Adelante! ¡adelante!

¡Legisladores!... Numa, Decemvros,
Moisés, Solón, Licurgo... ¡A nuestros reales
presurosos venid y nuestros pasos
con sabias leyes dirigid cual padres.
A conseguir del ideal el triunfo!
¡Adelante! ¡adelante!

—

¡Atrás, atrás, vosotros!... ¡En la tumba
por siempre quietos! ¡Pesen los cadáveres
que habéis sacrificado á vuestro orgullo
mucho, conquistadores! Ya es bastante
que en el sepulcro oigais nuestras pisadas
¡Adelante! ¡adelante!

—

¡Bienvenidos seais, dignos obreros
de la ciencia!... Mostradnos saludable
el camino más llano á vuestros fines.
Con vosotros no habrá dificultades.
Y ejemplo nos dareis, ¡sed bienvenidos!
¡Adelante! ¡adelante!

—

¡Pobres gentes que niegan que marchamos
y sudan por seguirnos!... ¡Esperadles!
¡Teneis sitio también en nuestras filas,
pobres gentes! ¡Seréis más razonables
con el tiempo! ¡Paciencia, si aún es pronto!
¡Adelante! ¡adelante!

—

¡Sacerdotes, aquí!... Las religiones
todas representais... Un estandarte
hoy á todos os junta... Para siempre
cesen vuestros rencores y crueldades.
¡Por nosotros rogad al almo cielo!
¡Adelante! ¡adelante!

¡Al bello sexo plaza!... ¡Al centro, al centro!
¡Nos hareis héroes y os haremos madres!
¡Beberán vuestros hijos, con la leche
de vuestros pechos, el valor bastante
para no acobardarse ante el peligro!
¡Adelante! ¡adelante!

Y ahora, astros fulgentes, ¡brillad! ¡Dadnos
vuestra sombra apacible, frescos árboles!
Mundos, escuchad todos!... ¡Ahora!... ¡Un
[himno
que ensanche el corazón y el alma exalte!
El himno del progreso, hermanos míos!
¡Adelante! ¡adelante!

(Salamanca, 1877).



14-La Vida.

¿Qué es la vida? ¿Qué es vivir?

Tal es para el hombre el tema
del misterioso problema
de su ser y su existir.

—Es el amor, dice uno.

—Es sufrir, otro contesta.

—Es una continua fiesta,
exclama, por suerte, alguno.

—Es el fruto de la unión

De cuerpo y alma.

—¡Buen pisto!

No hay tal alma; ¿Quién la ha visto?

—Ni hay tal cuerpo; ¡una ilusión!

—¿Quién con ojos materiales
ha de ver lo inmaterial?

—¿Cómo han de ser nada real
los entes inmateriales?

—¡Basta! interrumpe un doctor
poniendo en blanco los ojos
al calarse los anteojos:
la vida es... ¡Puro calor!

—El calor—con grave acento
dice otro sabio finchado—
no es la causa, es resultado;
¡la vida es el movimiento!

—

Así cada cual pretende
definir lo que es la vida,
dándole como medida
lo que quiere ó lo que entiende.

(Salamanca, 26-Agosto-1877).



15.-Existencia de Dios.

(DE VOLTAIRE)

A Minos, Zoroastro, Solón, el sabio Sócrates
á Cicerón, á Séneca, á Platón consultad:
todos han adorado un Juez, Señor ó Padre.
Sistema tan sublime al hombre es esencial.
Es freno del malvado, esperanza del justo,
y, uniendo á los mortales, engendra la equidad.
Si el cielo, despojado de su presencia augusta,
alguna vez pudiera sin ella continuar,
como Dios no existiera, habría que inventarlo;
que el sabio nos lo anuncie y el grande temerá.
Si me oprimís, ¡oh Reyes!, si el inocente lloro
que haceis verter desdeña vuestra alta majestad,
¡aprended á temblar! Que allá en el cielo
mi vengador está.

(Salamanca, 1878).



16.- El libro de la razón.

(DE AUBERT)

Cuando el cielo colmó, en regalos pródigo,
de bienes á los seres que creó,
un libro escrito por Minerva misma
de Júpiter el hombre recibió.

A los ojos de todas las edades
abierto el libro, conducir debió
á la virtud á todos; mas ninguno
de *La Razón* las máximas siguió.

Palabras nada más vió allí la infancia;
la juventud *moestias* encontró;
la edad viril *inútiles consejos*;
y la vejez sus páginas rompió.

(Salamanca, 1878).



17.-Fe en el porvenir.

HIMNO (1)

¡Adelante! ¡Adelante! No hay nada
que en el mundo nos pueda abatir.
¡Dios está con nosotros!... ¡Hermanos!
¡Confiemos en el porvenir!

¡No! ¡Nunca desmayemos! ¡Que ruja la tormenta!
que fiero breme el viento, que silbe el huracán...
¡En nuestros puestos firmes! Que sepa el mundo entero
que estamos decididos á morir ó á triunfar.
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

(1). Escrito para una sociedad que yo intenté fundar contra los explotadores de la ignorancia del pobre pueblo. Las pruebas para admisión eran durísimas; y habíamos de jurar apoyar todo lo que fuera justo y perseguir toda injusticia, negando hasta el saludo á los con razón tildados de malversadores, de explotadores de cargos públicos y de blasfemos, desenmascarándolos y llevándolos á los Tribunales, si había elementos de prueba suficientes. Fruto de estas ideas fué mi campaña por la Caja Crespo-Rascón, con la que logré quedara fundada esa hermosa institución para beneficio de labradores y ganaderos salmantinos, sosteniendo una lucha titánica, que constituye la página más hermosa de mi vida.

¡Unámonos, hermanos! ¡La unión es siempre
[fuerza!
¡Juremos en espíritu unidos siempre estar!
«¡Arriba!» Es nuestro lema, y el grito de com-
[bate
«¡Virtud, trabajo y ciencia!» «¡La Gloria en la
[verdad!»
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

Neguemos el saludo, neguemos nuestra mano
á quien por malos medios pretenda prosperar.
Hagamos guerra siempre á todos los hipócritas
y siempre el deber sea del hombre el ideal.
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

Si acaso algún perjuro se vuelve amilanado,
si acaso un alma floja se deja sobornar...
¡No! ¡Nada nos importe! Queremos almas
[fuertes
y nunca los cobardes á fuertes llegarán.
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

Si acaso despreciados, si acaso perseguidos
nos viéramos un día ¡no importa! ¡Otro ven-
[drá!
¡Tengamos fe en la idea! ¡Luchemos con cons-
tancia!
Que al fin de la jornada habremos de triunfar.
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

En tanto, ¡firmes siempre! que el porvenir es
nuestro,

y la contraria suerte tenemos que afrontar
cual la impotente furia de las revueltas olas
la roca afronta firme, del tempestuoso mar.
¡Adelante! ¡adelante! No hay nada, etc.

(Salamanca, 1878-Argelés, 1906).



18.-Dios y el hombre.

I

TODO

Cuando, hecho el mundo, formó
Dios al hombre de vil lodo
—¿Qué quieres?, le preguntó.
Y dijo el hombre:—¿Yo? ¡Todo!

II

NADA

Cuando sed nunca saciada
Dios en el alma infundió
—¿Qué me das?, ella exclamó—
y Dios le dijo:—¿Yo?... ¡Nada!

III

GUERRA

Y así la guerra empezando,
y así la guerra creciendo,
siempre está el hombre pidiendo
lo que Dios le está negando.

IV

PROBLEMA

¿Habrá paz entre los dos?
¿Quién la obtendrá? (y no os asombre)
¿Será el trabajo del hombre
ó será el amor de Dios?

(Salamanca, 1878).



19.-Los mártires de su gloria.

I

Escuchad, los mis oyentes,
oid estas valentías
con noble sangre selladas,
noble sangre salmantina.
Era el tiempo en que los moros

presa la España tenían
por la traición de aquel Conde
entre sus garras malditas.
Rescatándola á pedazos
nuestros padres, bravos, iban,
comprándola en las batallas
con su sangre bendecida,
aunque no era el precio caro
por cosa de tal valía,
que por ella dieran todos,
si las tuvieran, mil vidas.
Don Ruy González Girón,
con tropas de su alcaidía,
salió ufano de Toledo
contra el moro de Sevilla
y le venció en el combate
y le ganó muchas villas
y le prendió mucha gente
logrando gloria y estima.
A Salamanca, las nuevas
llegaron de su osadía
y en los pechos salmantinos
hirvió generosa envidia
y juntáronse en la Plaza
los valientes aquel día
y dijeron ser preciso
salir al campo enseguida,
sin esperar llame el Rey,
que esperar es cobardía;
y, si Toledo sonara,
Salamanca sonaría,
que en punto de honra y valor
por nada á nadie cedía.

II

Ya salen los salmantinos
por la Puerta de San Polo;
unos marchan á caballo,
á pie también marchan otros;
unos armados con picas,
otros con lanzones cortos,
estos con luengas espadas,
aquellos con arcos flojos,
todos con almas de acero,
todos con pechos heroicos,
todos sedientos de gloria,
todos henchidos de gozo.
¿Dónde van los salmantinos,
los salmantinos famosos?
¿Cuál de su jefe es el nombre?
por grabarlo en letras de oro.
Nosotros los salmantinos
marchamos contra los moros,
contra los moros odiados
que tienen nuestro tesoro,
el tesoro de la patria,
que ninguno hay más precioso.
Por tierra de Badajoz
hemos de entrar con encono,
hasta dar con esos canes,
con esos canes rabiosos,
y prenderlos ó matarlos,
ó ganar de todos modos,
si en la batalla venciésemos,

nombre grande y glorioso;
que no hay más alta grandeza,
ni hay hecho más hazañoso
ni cosa de más estima,
ni máspreciado tesoro,
para el hombre bien nacido,
para el corazón patriótico,
para todo pecho hidalgo,
sea viejo ó sea mozo,
que perecer frente á frente
del que nos llena de oprobio,
del que á nuestro Dios maldice
y nos escupe en el rostro.
No tenemos jefe alguno;
que aquí iguales somos todos;
iguales partes ponemos
todos de sangre y arrojo,
y no queremos se ufane
uno de nosotros solo
con lo que es de todos honra
y lo que es gloria de todos.
Todos somos caballeros,
todos salmantinos somos,
grande haremos nuestro nombre
ó muertos ó victoriosos.
Es nuestro jefe Dios mismo,
que esfuerzo nos presta pródigo;
nuestra gloria y nuestros lauros
con Él partiremos sólo.
Así, con noble entereza,
los salmantinos, á coro,
dicen y cruzan el Puente
del claro Tormes undoso.

III

Allá van los salmantinos;
allá van á pelear;
cruzan ríos, pasan montes,
ya en tierra del moro están;
sus corazones les crecen
al llegarla á divisar;
sus rostros se colorean
de rabia y vergüenza al par;
y, al pisarla, apenas saben
si maldecir ó llorar,
contentándose, en la duda,
con besarla y con orar.
Ningún pueblo les resiste,
gran fama conquistarán,
todo se rinde á su esfuerzo,
á su esfuerzo sin igual,
cuando sus madres y esposas
lo sepan, gozo tendrán;
y contáranlo á sus hijos
y ejemplo á todos será.
Ya atraviesan el Guadiana
y á Badajoz marchan ya,
talando campos y villas,
aterrando por do van,
cogiendo muchos cautivos
y haciendo á todos temblar.
Badajoz un mensajero
apresúrase á enviar
al rey Taxfin, porque venga
á socorrer la ciudad.

Con destreza galopando
sobre andaluz alazán,
pronto el mensajero llega
donde el rey Taxfin está.
— Señor — dice — sin tardanza
hueste escogida envid,
si queréis que Badajoz
libre de esta tempestad.
Sabed, Señor, que ha llegado
de cristianos gran caudal
de Badajoz á la tierra;
y que es una gente tal
que nada hay que la resista
ni enfrente se atreva á estar.
Dicen que son salmantinos,
diablos digo que serán;
y que capitán no tienen,
pues cada uno es capitán.
Escuchando tales nuevas,
el rey moro hizo juntar
sus tropas más aguerridas,
partiendo sin más tardar.

IV

Salmantinos, salmantinos,
ya se acerca vuestra hora;
ya de Taxfin la vanguardia
por esa ladera asoma.
Ya cubren el llano y monte
las almoravides copias,
ya se oye su gritería
que los espacios asorda.

Su ejército es numeroso,
escasas las vuestras tropas;
que cuenta el moro por miles
las vuestra veintenas cortas.
Un heraldo Taxfin manda
que, con voz airada y ronca,
pregunta á los salmantinos
cómo su jefe se nombra.
—¡No hay jefe aquí!—le contestan—
cada cual lo es de sus cosas.
¡Mal pecado! Cada uno
es señor de su persona,
y guía su propio brazo,
y ceta su propia honra,
y alcanza su propia muerte,
y obtiene victoria propia,
todo de Dios con licencia;
que es Señor de todas cosas.
Decid á ese vuestro amo
¡Arda el perro de Mahoma!
que, en nombre de Dios, sus iras
desafían y provocan
de Salamanca los hijos,
que se bastan y se sobran,
sin jefes ni capitanes
que les usurpen su gloria,
para vencer con bravura
ó para morir con honra.
Picó espuelas el heraldo,
de arrogancia tan heróica
asombrado, y á su rey
dió respuesta tan famosa.
El sol alumbró aquel día,

tendidos por llano y lomas
y en roja sangre empapados,
que del pecho en todos brota,
los valientes salmantinos
inmolados á su gloria,
que hicieron grande su nombre
en el libro de la Historia,
conquistando con su muerte
la victoria más honrosa.

(Salamanca, 1880).



20.-El trabajo.

LABOR OMNIA VINCIT

Vedle: doquier los ojos
el hombre, en triste giro, en la alborada
revuelve de su mísera existencia,
tan sólo encuentra abrojos,
y ni una flor de perfumada esencia
en la escabrosa senda de la vida;
y, en peligros envuelto, sólo halla
esta verdad, de todos tan sabida:
que la vida es perpetua y cruel batalla.

* * *

Batalla desigual, lucha incesante
en que todo conspira contra el hombre,
desde el insecto de ignorado nombre
hasta el poder gigante
del huracán que su furor desata;
desde la emanación palúdica, que encierra
el germen de un sufrir de curso lento,
hasta el rayo que aterra
sofocando la vida en un momento;
batalla sin reposo
en que el hombre no tiene ni un amigo...
¡Qué porvenir tan negro y pavoroso!
Lucha para encontrar un pobre abrigo
contra el tiempo inclemente;
lucha para buscar un alimento
que sus fuerzas restaure y le dé aliento
para seguir luchando;
y un día y otro día
y un año y otro año van pasando,
y no cesa jamás la lucha impía...
Pero el hombre de todo va triunfando...



Hoy todo le obedece:
más rápido que el ave voladora
que en el espacio su plumaje mece,
de la distancia triunfa
en alas de veloz locomotora;
más rápido que el viento,
á través de los mares y montañas
vuela su pensamiento,
por un débil alambre conducido

que ora cruza los aires, atrevido,
ora se hunde del mar en las entrañas.
Los elementos todos, sublevados
contra su bienestar, nada pudieron,
y yacen á sus pies encadenados...
¡Tales sus fuerzas en la lucha fueron!
Hoy ya, ni aun la tormenta
que tal lujo de horror miedosa ostenta,
le impone con sus fuegos y su ruido;
y hasta el luciente, pavoroso rayo
de la encendida nube desprendido
lo encadena á sus pies el pararrayo.

* * *

¿Qué poder tan inmenso y misterioso,
qué fuerza incontrastable,
qué gigante ó coloso,
qué angel ó qué aborto del abismo
el triunfo vino á darle incomparable?
Nada de esto en verdad; no fuerza extraña
el triunfo le alcanzó; logrólo él mismo;
y la inaudita hazaña
que, al darle la victoria
sobre natura entera,
rey coronóle ¡incomparable gloria!
de la terrestre esfera,
no la debió á gigantes ni á colosos
ni á poderes algunos misteriosos
de arriba ni de abajo:
su victoria fué envuelta en su castigo;
pues Dios, al declararle su enemigo,
para su redención le dió EL TRABAJO

(Coruña, 1882).

21.-Calderón y el siglo XIX. ⁽¹⁾

Y, si queréis que el Universo os crea
dignos del lauro á que ceñís la frente,
que vuestro canto, enérgico y valiente,
digno también del Universo sea.

(QUINTANA).

¡Cómo los tiempos cambian!, ¡cómo mudan
del hombre los inciertos ideales!
¡Cuál los hechos se enlazan y se anudan,
del Progreso perennes pedestales!...
Antes los grandes hombres, que ilustraban
con sus obras la edad en que nacieron,
por el mundo cruzaban,
y rara vez lograban
el lauro disfrutar que merecieron.
A veces perseguidos,
despreciados á veces,
los grandes hombres de antes
del pesar más amargo y más profundo
apuraron la copa hasta las heces...
¡Hable por mí Cervantes;
hable Colón, revelador de un mundo!
Yaun habrá quienes tilden ¡loco empeño!
al siglo en que vivimos de egoista,
y, ahuecando la voz, con torvo ceño
¡Oh ceguedad impía y manifiesta!
llamaránle además materialista...

(1) Leído en la solemne sesión dedicada por la Universidad de Salamanca á la memoria de D. Pedro Calderón de la Barca en el tercer centenario de su muerte.

¡Calumnia vil, á que mentís solemne
España hoy da con su grandiosa fiesta!
Este siglo en que el hombre, libre al cabo,
de todo duda y lo discute todo,
que rompe las cadenas del esclavo
generoso sacándole del lodo;
que salta abismos y perfora montes,
más rápido que el ave voladora,
corriendo tras ignotos horizontes,
llevado por la audaz locomotora;
que arranca el rayo á la encendida nube,
y, dueño de él, sujétalo á un alambre,
que ora en el aire sube
ora se hunde del mar en las entrañas,
y oblígale á llevar su pensamiento
más rápido que el viento
á través de los mares y montañas;
este siglo en que el hombre, de las leyes
al amparo eficaz, seguro vive,
que de vasallo el título proscribe
de igual á igual pactando con sus Reyes;
que el signo geroglífico del Nilo
y la asiria escritura enmarañada
aprende á descifrar, por frágil hilo
sólo en su empeño su afición guiada;
que descubre las leyes de la Historia,
que el parentesco de las lenguas fija,
que sin fin acaudala su memoria,
que á cada paso nueva ciencia abarca,
que, tras labor prolija,
del designio de Dios digno profeta,
atrevido, del cielo el punto marca
en que ha de aparecer nuevo planeta;

este siglo de lucha y de reformas
y de mil peregrinas invenciones
que rompe moldes y quebranta formas,
suscitando doquier revoluciones;
que á la razón proclama soberana,
que tronos y creencias echa abajo,
que, si atiende al ayer, mira al mañana,
que se ríe de añejos pergaminos
sólo erigiendo templos al trabajo;
que, para no extraviarse,
huye ciertos caminos
por donde sólo á ciegas puede andarse,
prefiriendo seguir los que la ciencia
le muestra cariñosa
y los que ve á la luz esplendorosa
que Dios le dió y se llama la conciencia;
este siglo de globos y de trenes,
máquinas y progresos industriales,
fábricas, parlamentos y almacenes,
el siglo de las ciencias naturales,
el siglo de la hulla y de la prensa
añade hoy otra página á su historia
y á la corona de su gloria inmensa,
digno homenaje tributando al genio,
nuevo florón engarza de su gloria.
¿Y á quién, á quién su gratitud consagra
un siglo en grandes hombres tan fecundo?
¿Qué colosal figura ó qué portento,
qué peregrino invento
ha producido nuevamente el mundo?
¿Quién de entusiasmo nuestros pechos hincha,
en nuestras almas vívido le enciende,
á nuestras liras férvido le arranca

y por doquiera rápido le extiende
mereciendo doquier honras tan grandes?
Un poeta, estudiante en Salamanca,
leal soldado en Flandes,
guerrero en Cataluña valeroso,
si en armas bravo, en letras sin segundo,
católico ferviente,
sacerdote virtuoso,
un hijo de otra edad y de otro mundo
antítesis completa del presente.
Genio fecundo, en cuyas bellas alas
no para ser por su poder temido,
no para ser por su ambición odiado,
de España el nombre por el orbe vuela
para ser, por sus hijos, bendecido,
para ser, por sus obras, envidiado;
sin par gigante, cuya inmensa gloria
el mundo á contener es muy pequeño
contando en su áurea historia,
del teatro coloso
que sus géneros todos señorea,
páginas tales cual *La vida es sueño*,
La dama duende, *El Mago prodigioso*,
y *El Alcalde*, inmortal, *de Zalamea*;
pintor audaz, de incomparable aliento,
en color y expresión nunca igualado,
la viva encarnación del sentimiento
que de su siglo y patria fué la esencia
con magistrales toques retratado;
dramaturgo español por excelencia,
de ardiente y acendrado monarquismo,
cristiano hasta rayar en fanatismo,
defensor del honor apasionado,

El autor de los *Autos y El Tetrarca*,
 alma llena de mística armonía,
 CALDERÓN DE LA BARCA,
 el cantor de la fe y la monarquía.

.....
 Dichoso siglo el que á los genios honra
 y, acatando las leyes del progreso,
 al formar de otros siglos el proceso,
 no hace de su ideal una deshonra.

(Salamanca, 1881).

Carro

22.- El tercer centenario de Santa Teresa.

ODA

¡Sonó, por fin, de la ravanca el día!
 Atruenen el espacio, vibradores,
 del frío Septentrión al Mediodía
 alegres coros, la inmortal victoria
 de la mujer cantando,
 y suban hasta el cielo los vapores
 del incienso que hoy arde por su gloria,
 en graciosa espiral serpenteando.

¡Ah! Mirad hacia atrás: ved en Oriente
 en servidumbre vergonzosa hundida
 la mísera mujer; vedla paciente,
 torpe instrumento de placer, sumida
 de vil prostitución en el abismo,
 sus encantos vender al extranjero

por precio infame, con que el medro logran
su mismo hermano y aun su padre mismo;
vedla al lado de hermoso pebetero
en los lascivos templos babilonios
ó en las playas chiprinas y fenicias
y en Armenia, y en Siria y en Cartago,
y en las ciudades pérsicas y egipcias
(que á todas partes se extendió el estrago)
mancillando su cándida pureza
sin protestar de la exigencia odiosa,
sacrificar la flor de su belleza
de la lujuria á la insaciable diosa.
¡Pobre mujer! la ley que te agobiaba,
formada por tu padre y por tu hermano,
á perenne abyección te condenaba
cual despojo del hombre, tu tirano;
y, preparando el cruento sacrificio,
te enseñaba á mirar ¡infamia horrible!
la virtud del pudor cual negro vicio.

Y así pasan centurias tras centurias
sin salir de aquel fango:
y surge Grecia y se levanta Roma,
y Grecia y Roma injurias tras injurias
lanzan á la mujer, del alto rango
de persona al de cosa rebajada.
Tan sólo cuando asoma
la evangélica luz por el Oriente,
y se proclama el fin de los tiranos
á la voz de Jesús grandilocuente
«¡todos somos hermanos!»
cuando se abren los cielos, de fulgores
henchidos, y de flores y alegría,
y, circundada de ángeles, los hiende

la Madre de los púdicos amores
la Pura, la Castísima María,
sólo entonces sonó la ansiada hora
en que la esclava se trocó en señora.

¿Oís? ¿Oís? Hasta nosotros llegan
de himnos mil los acordes armoniosos,
y en inefable gozo el alma anegan.
¿Por ventura al oírlos victoriosos,
con sus ecos juntando vuestro acento,
pensáis que el mundo alborozado canta
de una mujer tan sólo las virtudes?...
¡Mezquino pensamiento,
siquiera esa mujer sea una santa!...
¡No! Mirad más arriba:
á la mujer, de agravios seculares,
que de su historia forman el calvario,
perdón pide hoy el hombre,
en este inolvidable centenario
rehabilitando su bendito nombre.

No mireis en la mística Teresa
tan sólo á la incansable Fundadora,
á la que muere de pecado ilesa,
á la ilustre escritora,
á la Reformadora del Carmelo,
á la que, al lado de Jesús divino,
radiante de placer vive en el cielo.
Grande es así; pero hoy se nos presenta
más grande aún, á recoger gozosa
nuestro ardiente loor; hoy representa
el saber, los trabajos, las virtudes
de la mujer sufrida y victoriosa.

Y en ella celebramos los humanos
el fervor de los mártires; la ciencia

de las Galindos, Buccas y Medranos;
de la gran Berenguela la prudencia;
de las Judith, las Arcos y las Pitas,
las Juárez y las Blázquez y Pachecos,
Déboras, Aragón y Margaritas
el heroico valor; de las Susanas,
Virginias y Lucrecias la pureza;
el candor de las vírgenes cristianas;
de Isabel la magnánima entereza;
la caridad de la inmortal Fabiola;
el saber de la Molza y la Nebrija;
la piedad ejemplar con que se inmola
de Edipo al bienestar su amante hija;
de Labilia la honesta fortaleza;
el galano decir de Soror Juana;
de Esther la abnegación y la nobleza;
la virtud sobrehumana
y eximia santidad de Catalina,
Bárbara, Inés, Eulalia, Isabel, Rosa,
Agueda y Florentina...

De la mujer, en fin, de todos tiempos
la suma de los méritos grandiosa.

¿Y en quién mejor que en la sin par TERESA
honrar pudiera á la mujer el mundo?

Gloriosa santidad, saber profundo,
abnegación, constancia,
castidad, caridad, piedad, prudencia,
fortaleza, humildad, perseverancia,
discreción, sobriedad, candor, paciencia...

Todo en ella se junta, fiel compendio
de todas las virtudes... ¡Gloria, gloria
á su santa memoria!

¡Cese de la mujer el vilipendio!

¡No en injuriarla ya se goce el labio!
¡Gloria á TERESA! En himnos repetido,
y en oraciones mil, su santo nombre
resuene cual solemne desagravio
que á la humilde mujer, arrepentido,
con cariñoso anhelo ofrece el hombre.



23-¡No duerme Salamanca!

ODA

¡No duerme Salamanca!... ¡Miente el labio
que de ineptia la acusa ó de apatía,
infiriendo á sus canas doble agravio
con grave mengua del que tal porfía!
Y aún es igual insulto
juzgarla tan pagada de su historia
que renuncie á aumentar su clara gloria
por rendir al pasado estéril culto...
¡Miente quien dice tal! Eche los ojos
á su alrededor; repase en su memoria,
y verá si es que todos son abrojos,
jaramagos y espinos
en los fértiles campos salmantinos.

¡No nos ciega el pasado! ¡En sus laureles
no nos dormimos, no! Su dulce arrullo
desde la cuna nuestras almas llena;
mas, siempre siendo á su recuerdo fieles,
si doquier los mostramos con orgullo,
no es para reclinarnos á su sombra,

ni con ellos cubrirnos ó escudarnos,
ni para hacer con ellos blanda alfombra
en que, necios y vanos, ostentarnos.
Sírvenos, sí, el pasado de enseñanza
y noble emulación; que en él se aprende
de la gloria el camino
por do entramos henchidos de esperanza
y do el fuego se enciende
que torna al hombre en ser semidivino
¿Dudaislo aún?... ¡Ah, no! Que de la Fama
la trompa vocinglera,
si á su templo inmortal leda le llama,
también llora con fúnebre armonía
la muerte irreparable de Aguilera,
ese sol de la patria poesía,
y no es él sólo... no, también laureles
cosechan en los campos de Caliope,
Polimnia, Erato, Clío, y aun de Urania,
los Madrazo, Gil Sanz, Villar, Donceles,
Cuesta, Cherner, Arcadio y Avecilla,
Pujol, Alonso, Hernández y Escalada,
Rodríguez y Martín, Ruano y Pinilla,
mientras nombre conquistan lisonjero
en la Pintura, siempre celebrados,
Calón y Huerta, Esteban y Carnero,
al par que en Roma augusta la aureola
ciñen del arte de Mozart, divino,
dos hijos de la Atenas española,
dos glorias tuyas más: Bretón y Espino.
¡No nos dormimos, no! Siempre en la brecha
se nos halla doquier; al brazo el arma
y encendida la mecha
para acudir á la primer alarma.

No nos seduce á fe la guerra impía
ni el triunfo luctuoso
que en ruinas y cadáveres se funda;
mas el que llena el alma de alegría
sin lágrimas ni hiel, triunfo glorioso
que de placer el corazón inunda
tal el que hoy celebramos;
retados á científico torneo
faltar no era posible, y no faltamos,
y nuestro el triunfo fué, nuestro el trofeo,
premio del vencedor, que disfrutamos.

¡Ah! Perdonadme, si en el fácil vuelo
de mi imaginación, reputé mía
también vuestra victoria;
sois hijos de este suelo
y es nuestra vuestra gloria
como es vuestra alegría mi alegría.
¿Y quiénes, quiénes sois los vencedores
en esta lid? Dejadme que os presente
y arroje á vuestros pies ramos de flores
coronando de lauros vuestra frente.
Sois oscuros obreros de la Ciencia
que cimentais su templo majestuoso;
sin vosotros cayera con violencia
cual castillo de naipes engañoso;
sois la invisible fuerza que transforma
los pueblos y las leyes,
la que costumbres y creencias forma;
levanta tronos y destrona Reyes,
sois seres misteriosos,
vivientes paradojas:
dueños del mundo, como Leibnitz dijo,
y señores de nada; poderosos,

y sin poder alguno estable y fijo,
sois padres de los Lopes y los Rojas,
Tirsos, Moretos, Luises, Alarcones,
Garcilasos, Ercillas, Calderones,
Argensolas, Cervantes y Riojas;
y os deben su alta fama
Thales y Ptolomeo,
Platón, Newton, Descartes, Galileo,
Francklin, Garay, Colón, Elcano y Gama;
su elocuencia tonante
Demóstenes y Tulio; el Patavino
sus bellas narraciones; y el divino
soplo de inspiración Homero y Dante.

¡Honra á vosotros, escultores de almas
que de la insigne Elmántica la gloria
acrecentais así! ¡Lauros y palmas
recibid por tan ínclita victoria!

(Salamanca, 1835).



24.-A la batalla de Arapiles.

ODA

...Alza la frente,
tiende la vista; en iris de bonanza
se torna al fin la tempestad sombría.

(QUINTANA).

¡Miradlos!... ¡Ellos son!... El claro Tormes
por Alba cruzan, en su rostro escrita
la rabia del despecho, y la ansia loca
de ver saciada su ambición maldita.

¡Ah! No sigáis, franceses... Se os engaña...
¡Jamás sufrimos extranjeros yugos!
Pretendeis ser señores en España,
y aquí no podeis ser más que verdugos.
¡Atrás! ¡Atrás!... Vuestro valor y brazos
reservad para empresas más gloriosas;
romped de Grecia los funestos lazos
que á Turquía la amarran; las odiosas
cadenas de Polonia haced pedazos
y dadle libertad; y donde quiera
al hombre rescatad de su ignorancia,
y el amor conquistad de Europa entera...
¡Conquista digna de la noble Francia!

—
¡Nada quieren oír! En los refuerzos
de Bonnet confiando,
del ejército aliado los esfuerzos
aniquilar pretenden; y, avanzando
de Calvarasa por el pardo monte,
de Wellington las tropas desplegadas
descubren, ocultando el horizonte.
¡Temblad, franceses!... ¡De Bailén el día
recordad, y temblad!... A un pueblo hermano
quisísteis aherrojar, ¡torpe falsía!
cuando os tendía fraternal su mano...
¡Crimen horrendo! El dictador del Sena
gigantesca nacer vió fuerza extraña
y las triunfantes águilas de Jena
humilladas rodaron en España.
¡Ah! Que no el rostro azota impunemente
de un pueblo hidalgo bofetada impía,

sin que ese pueblo se levante hirviente
y el agresor expie su osadía...
¡Al combate! ¡A luchar!.. No hay ya razones
que ahorrar consigan sangre...
¡Calle la lengua, y truenen los cañones!

¡Salve, Wellington! Si de Albión pudiera
el agravio olvidar España un día...
quizá pensando en tí lo olvidaría,
que sólo tu lealtad lo mereciera.
De confianza llena, España pone
en tus manos su suerte;
y en tí los ojos fijos, se dispone
á rescatar su vida de la muerte.
¡Salve, Wellington! De Mavorte el genio
á tu serena frente audaz descienda,
y tu mente ilumine con luz viva,
y fuego abrasador en tu alma encienda;
luz que ciegue del águila los ojos,
fuego que abraza sus negruzcas alas...
¡Salve, Wellington! ¡Sus brillantes galas
truéquense de tu triunfo en los despojos!

¡Hurra! ¡Adelante!... ¡Por allí aparecen
de Gargavete el encinar ganando,
y tras los grises troncos se guarecen
la acción de los aliados acechando.
Son de Austerlitz y Jena las legiones

ante las cuales tiembla el mundo entero...
¡No importa!... ¡Viva España!... El pueblo ibero
tiene brazos, y sangre, y corazones,
cuando su libertad quieren robarle,
para estrujar, y ahogar, y hacer pedazos
á quien intenta, loco, esclavizarle.

—

Ya se acerca el momento; aquellos sitios,
antes sin nombre en la humanal, historia
símbolos van á ser de eterna gloria
para el pueblo español; y su alta fama
mil lenguas por el orbe pregonando,
su historia cantarán, alimentando
del patriotismo la divina llama.
¡Mirad! ¡Mirad!... Wellington su derecha
del Arapil en la meseta apoya
y sus huestes estrecha
en apretado haz; Marmont la altura
de la *Peña* corona,
y observando del Lord descuido extraño,
del Arapil frontero se apresura
el otero á escalar que se abandona.
¡Maldición!... ¿Cómo pudo error tamaño
Wellington cometer? ¿Las dos mesetas
cómo no hizo ocupar á un tiempo mismo?
¡Oh descuido fatal, que en el abismo
nos hundirá tal vez!... El Lord lo sabe,
y, antes que el mal se agrave,
viendo á Bonnet de la meseta dueño,
cediendo de su empeño,
del campo á retirarse se prepara.

¡Oh vergüenza!... ¡Oh baldón!... ¡Si vomitara
la tierra llamas y se abriera el suelo,
y rayos encendidos arrojara,
hecho un volcán enrojecido el cielo
y ardiera todo y todo pereciera,
todo mejor que retirarse fuera!

¡Oh! Pero aquel error... ¿No es ya posible
reparar?... ¿Qué hace falta? ¿Sangre? ¿Brazos?
¿Armas? ¿Valor? ¿Qué más?... De todo tienes,
Wellington... ¡Y aún vacilas!... Y aún contie
[nes,

puesto una vez de frente á tus rivales,
del español la rabia, que pedazos
quiere hacer las banderas imperiales!
¡Oh, no!... Esperemos... De Marmont la iz-
[quierda,
por demás prolongándose, enflaquece;
y Wellington lo nota, y se estremece
de súbito placer; su mente cruza
feliz idea y en sus ojos brilla
la luz del genio... La señal resuena;
el combate principia; el cañón truena.
¡Hurra por Inglaterra y por Castilla!

¡Qué confusión!.. ¡Qué estrépito!... ¿Quién
[puede
aquel cuadro pintar? Aquí se avanza,
allí se retrocede;
éste gime, aquél reza, el otro grita;
aquí surge pujante una esperanza
y otra esperanza allí muere marchita;

ora compactos van los batallones,
ora dispersos los soldados huyen;
aquí se oyen clarines y cornetas,
allí se ven fusiles y cañones,
lanzas y bayonetas
que todo lo destruyen.
¡Espectáculo hermoso, de horror lleno,
cual del Océano la tormenta brava,
como volcán que de la tierra el seno
agita y rasga con su hirviente lava;
como huracán que los espacios hiende
árboles descuajando seculares,
ó como alud, que rápido descende
arrastrando montañas de glaciares!

—

Palmo á palmo el terreno se defiende,
pero se vé que el imperial flaquea,
y que del anglo-hispano
la fe en el triunfo el rostro colorea.
¡Cuánta hazaña ignorada en el Océano
de polvo y humo en que el furor se agita
del hervidero aquel de vida y muerte!
de lucha heroica la modesta ermita
de la peña en teatro se convierte;
por el fuego Wellington molestado
que desde allí á sus tropas Bonnet hace,
su ataque ordena, y vuela denodado
un batallón á conquistar la altura.
¡Cuánta sangre costó! ¡Con qué bravura
fué á la vez defendido y atacado!
¡Cuán hondísima mella
hizo en el agresor y defensores!

Pero al fin sucumbió; y las banderolas
de rojo y gualda campeando en ella
pregonaron, luciendo sus colores,
el triunfo de las armas españolas.

Marmont lo vió, y oscureció su mente
triste presagio de funesto sino,
y á recobrar el cerro de la ermita
con cuatromil caballos, impaciente,
jugando en aquel lance su destino,
en persona, veloz se precipita.
¡Terrible choque! La metralla zumba,
brilla el acero, sangre chorreando,
y el cerro se convierte en triste tumba
donde caen los cadáveres rodando.
El español, para aguantar la carga,
el cuadro forma, la rodilla en tierra,
y al enemigo, rechazado, aterra,
descarga repitiendo tras descarga.
¡Firmes, valientes! Vuestra patria os mira;
Dios está con vosotros, y del cielo
—vuestro valor recompensando justo—
la puerta os abrirá, si acaso el vuelo
vuestra alma tiende á la región serena
donde se asienta su poder augusto.
Tres veces los caballos la muralla
intentan asaltar de carne y hierro,
y tres renuncian á forzar la valla
despeñados rodando por el cerro.

—

¡Viva España!... ¡Adelante!... La victoria
ya no es dudosa: de Marmont, la izquierda
destrozada está ya; los Arapiles

ambos de España son, y no sin gloria;
en *la Peña* dominan los fusiles
del cuadro heroico; en la llanura ondea
el pendón español con arrogancia;
Marmont herido está; Bonnet herido
cae también; el pabellón de Francia
doquier se abate, y por doquier tremola,
del triunfo en alas recorriendo el campo,
la bandera británico-española.
¡Hurra! ¡Victoria! ¡Viva! ¡Sus! ¡A ellos!
En el alma, cual dulce melodía,
vibra, brotando en bélicos destellos,
el tronar de la ronca artillería;
doquiera con placer ven ya los ojos
del combate los fúnebres despojos;
el monte, el llano, el cerro, la ladera,
—del triunfo el alma en el placer se embriaga—
todo está lleno de ellos; por doquiera
sangre se pisa y pólvora se traga.

—

¡Triunfo glorioso! De la noche el manto
tendiéndose sombrío,
fin de los fugitivos da al espanto,
del vencedor paralizando el brío.
Siete mil prisioneros, seis banderas,
once cañones, miles de fusiles,
y dos augustas águilas perdieron
los franceses—¡fructífera campaña!—
en la heroica batalla de Arapiles.
¡Esos del triunfo los trofeos fueron!
¡Así su libertad defiende España!

(Alba de Tormes, 16-Agosto-1884).

25.-De quien pide lo que es suyo á quien no lo quiere dar.

(Al Ministro de Fomento, D. Aureliano Linares Rivas,
que se queja de que le molesto pidiendo despache
mi nombramiento).

Ministros, que me acusais
de ofenderos sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpais:

¿Es acaso culpa mía
verme obligado á pedir?
O ¿creeis que no es sufrir
sostener esta porfía?

«¡Que soy molesto y tenaz!»
¡Despachad mi nombramiento
y vereis cómo, al momento,
os dejo por siempre en paz!

¡Me traéis como un mendigo,
corriendo de casa en casa,
contando lo que me pasa
al extraño y al amigo!

Si me callo, me aplastais;
si reclamo, os incomodo.
decidme, pues, ¿de qué modo
puedo lograr me atendais?

¿La *Gaceta* no teneis
á vuestra disposición?
Pues ¿porqué, con previsión,
leyes á tiempo no haceis?

Diciendo con precisión:

«quien sea lince ó rocín,
«amigo de Morlesín,
«dispondrá de la nación;»

Obien: «Quien algo en Fomento
«tuviera que ventilar,
«agárrese al faralar
«que prive en aquel momento»

Yo entonces nada diría
ni cosa alguna pidiera;
en mi casa me estuviera
y á nadie molestaría.

Mas decis: «El Profesor
«que mayor mérito tenga
«será el único que obtenga
«tal cátedra sin favor.»

«Del mérito juzgará
«un Consejo que yo nombre;
«y uno solo, sólo un nombre
«para el caso elegirá.»

(Así—os decis—quedaré
sin dudas ni compromisos;
y á los prudentes avisos
del Consejo me atenderé).

Yo, que tal cosa leí
y que en serio la tomé,
con derecho me encontré
y la cátedra pedí.

El Consejo resolvió
(Dios le premie lo que ha hecho)
ser el mejor mi derecho
y con su elección me honró.

Y, ajustándose al ritual

hoy vigente, en favor mío
formuló, y en ella fío,
propuesta unipersonal.

¡Cuánto harían por torcer
del Consejo la opinión!
¡Cuán honrosa decisión
la de cumplir su deber!

Cref ya llegado el fin
de mi calvario. ¡Qué error!
Me faltaba... ¡Lo mejor!
¡El faralar!... ¡Morlesín!

Esto al cielo clama ya
y no hay quien aguante tanto:
ni la paciencia de un Santo
lo aguantaría quizá.

Quereis que, buenas ó malas,
vuestras leyes acatemos;
mas no quereis que volemós
dándonos con ellas alas.

Estoy harto de sufrir;
harto estoy de suplicar,
y harto ya de tolerar
que esteis hartos de mentir.

Si mi madre no viviera,
si á mi mujer no adorara,
¡vive Dios!... ¡que no aguantara
que esta burla se me hiciera!

¿Creeis que yo soy de estuco?
¿O es que será aquí preciso,
en vez de pedir sumiso,
reclamar con un trabuco?

¿Esto es Castilla la buena?
¿Esto es la patria del Cid?

¿Estamos aquí en Madrid
ó en plena Sierra Morena?

Si haceis leyes y me dais
con ellas claro derecho,
¿para qué las habeis hecho,
si el derecho me negais?

Con el favor y el desdén
teneis condición igual:
os quejais, si os tratan mal;
os burlais, si os tratan bien.

Pues ¿cómo ha de estar templado
quien vuestro amparo pretende,
si el que suplica os ofende
y el que reclama os da enfado?

¿Cuál será más de culpar:
deudor que puede y no paga
ó acreedor que por la paga
se presenta á reclamar?

Pues ¿para qué os espantais
de la culpa que teneis?
¡Haced leyes cual quereis
ó cumplid las que forjais!

**Sor Juan Inés de la Cruz y
Fernando Araujo.**

(Madrid, 17-Noviembre-1896).



26.-Sobrevivirse.

(DE A. DES ESSARTS).

Mucho espanta la muerte; pero más el olvido;
del peso de los años al verse libre el hombre
teme que con su cuerpo se sepulte su nombre.
¡Aun reducido á nada, quiere ser conocido!
Y unos, libros y libros amontonan con ruido;
y otros, con el estudio, conquistan gran re-
[nombre;
y se van... y en el acto no hay nadie que los
[nombre,
su pedestal triunfante cayendo carcomido.
El tiempo iguala todo, cabañas y santuarios.
Alcázares y templos su vida ven minada
y ni aun respeto logran de Egipto los osarios.
Un día es un relámpago; un siglo, una oleada
y el sabio como el necio, pobres y millonarios
van juntos al abismo, hechos polvo, humo,
[nada.

(Escorial, 9-Septiembre-1907)



27.-Modos de pensar.

Según Lope de Vega, el vulgo es necio,
y, para conquistarlo, estima justo
hablarle en necio para darle gusto.
¿Y para qué buscar su necio aprecio
que es un aprecio, sobre necio, injusto?
Yo, en lugar de buscarlo, lo desprecio.

(Ginebra, 1908).

28.-Doble sorpresa.

Drama comprimido, inspirado
en un romance antiguo. (1)

—¿Qué hace aquí la noble dama
que fe de esposa me dió?

—Señor, peino mis cabellos
por pareceros mejor.

—¿Y para quién los peinades,
si en la guerra estaba yo?

—Señor, vuestra pronta vuelta
me anunciaba el corazón,

—¡Verdad quiera Dios dijerdese!

—Siempre la digo, Señor.

—¿Cuyo es aquel caballo
que á la puerta he visto yo?

—El alazán de mi padre
será sin duda; Señor.

(1) La escena representa una sala gótica de un castillo, con una puerta en el fondo y otras dos á los lados. Al correrse el telón, la escena está desierta; pero se oye el galopar de un caballo; y, poco después, suenan tres aldabonazos. Al sonar el último, se abre la puerta de la derecha y sale una señora como de 30 años, con el cabello suelto y mirando á un lado y á otro con ojos de espanto, y se sienta ante un tocador, poniéndose á peinar. Se abre la puerta del fondo; y un caballero, en traje de campaña, lleno de polvo, penetra en la estancia.

- ¿Cuya es aquella espada
que veo en aquel rincón?
—La espada que el rey Don Sancho
á mi padre regaló.
—¿Y ese puñal damasquino
que yace en ese sillón?
—Es el puñal que al rey moro
mi padre al matar quitó.
—¡No me engañedes, señora;
que me está oliendo á traición!
—Contesto á vuestras preguntas
y nunca miento, Señor.
—Ved que vengo de muy lejos
y ganoso estoy de amor.
—Abiertos están mis brazos
por recibiros, Señor.
—No puedo en ellos echarme
no estando á salvo mi honor.
—Sin mancilla es vuestra honra
siendo vuestra esposa yo.
—Pues, si verdad me decides,
explicadme, por favor,
cómo y por qué vuestro padre
á mi encuentro no salió.
—No lo sé. Estaba conmigo
y de pronto me dejó.
—Bien os dije que me olía
cuanto decis á traición
¡Maldita la hora sea
en que me casé con vos!
—¡Señor, Señor! ¡Reportaos!
¡Ved lo que decís, Señor!
—Lo que os digo es que ahora mismo

vais á rendir cuenta á Dios;
que á nadie consiento embustes,
y menos que á nadie á vos.
¡Preparaos á morir
porque vuestra hora llegó!
—¡Padre, padre! ¡Que me matan
sin justicia ni razón!
—¡No llameis á vuestro padre!
llamad al mozo traidor
que aquí, en mi propio castillo,
á empañar viene mi honor,
y que se esconde cobarde,
sin tener ni aun el valor
de defender á la dama
que mi tálamo manchó
y que el vil nombre de adúltera
sobre su frente esculpió,
prefiriendo, á ser mi esposa,
ser manceba de un traidor.
¡Vamos, pronto! ¡De rodillas!
¡De rodillas, vive Dios!
Pedid á Dios que os perdone,
si á tal crimen hay perdón;
que podrá haberlo en el cielo,
pero aquí en la tierra, no.
—¡Padre, padre! ¡Que me mata
quien siempre amarme juró!
—¡Traidora! Yo juré amarte
y fiel siempre te fui yo,
tu fuiste la que, perjura,
infame á su fe faltó.
¡Vamos, vamos! ¡Reza el credo!
Ya mi paciencia acabó.

—¡Socorro! ¡Padre! ¡Socorro!

—¡Pídeselo sólo á Dios!

—Pero ¿qué veo?... ¡Hija mía!

¡Deteneos!

—¡Oh, Señor!

¿Con que es verdad? ¿Con que estabais
en este castillo vos?

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Dios mío!

¡Salvais mi vida y mi honor!

—¿Con que era vuestro caballo
el que á la puerta ví yo?

Y ese puñal..., y esa espada...

¿eran los vuestros, Señor?

¿Y mi esposa está sin mancha?

¿Y mi honra nadie ultrajó?

¡Qué iba yo á hacer, cielo santo,
cegado por la pasión!

¡Perdonadme, esposa mía!

¡Perdonadme también vos!

—¡Alto, alto, caballero!

Que vuestro honor es mi honor,
y, si alguien el vuestro empaña...

¡ay! empaña el de los dos.

Decís que era mi caballo...

—El que á la puerta ví yo.

—No podéis haberlo visto,
porque vine tras de vos.

—¿Qué habeis dicho? Pero entonces...

—¡Padre, padre!... ¡Por favor!...

—Decís que es mía esa espada...

—¡Ella lo afirma!

—¡Perdón!

—Jamás mis manos tocaron
el acero de un traidor.
Nunca esa espada fué mía.
—Pero entonces... ¡Vive Dios!
Fué fundada mi sospecha
y es cierto mi deshonor.
—¡Perdón, perdón, padre mío!
¡Esposo mío, perdón!
—No hay perdón para una hija
que mi buen nombre infamó
—No hay perdón para una esposa
que su casa envileció.
¡Por mis hijos! ¡Por mis hijos!
¡Sólo por ellos!... ¡Perdón!
—No hay perdón para una madre
que á sus hijos olvidó,
al convertirse en manceba
del que su honra les robó.

(Madrid, 5-Febrero-1910).



29.-Problema.

¿En qué consiste, Señor,
que, al luchar malos y buenos,
siendo los malos los menos,
siempre el malo es vencedor?

¿Es acaso más valiente?
¿Es quizá más vigoroso?
Si es el menos numeroso,
¿es el más inteligente?

A Goliath vence David;
al filisteo, Sansón;
de Rusia triunfa el Japón
y de los moros el Cid.

Pero es que el Cid fué valiente;
es que Sansón fué un coloso;
David, ágil y mañoso;
y el Japón, inteligente.

Puede aceptarse un Colón;
se concibe un Galileo;
se comprende un Macabeo;
se explica un Napoleón.

¿Qué es esa estúpida turba
que triunfa en una elección,
que hace una revolución
y que todo lo perturba?

30.-Dios.

(SONETO CON ESTRAMBOTE)

Quien con estrellas riega el firmamento;
el que hace que del barro salgan flores;
el que arranca del prisma los fulgores;
quien pone en tu cerebro el pensamiento;
quien da al mar su perpetuo movimiento;
el que tiñe á la aurora de colores;
quien da al sol su calor y resplandores;
el que alas da á los pájaros y al viento;
el que hace que en tus venas sangre corra;
quien, si haces mal, en tu conciencia grita;
quien con sol pinta y con tinieblas borra;
quien con eterna gloria al bueno invita;
quien siembra de ideales tu camino;
el único que sabe tu destino.

Si lo crees así, con fe sincera,
llámale luego Allah, Júpiter, Orus
ú otro nombre cualquiera.

(Madrid, 1910).



31.-El servicio militar.

(A los socialistas internacionalistas.)

I

En griego ya lo dijo el gran Tirteo:
«¡Feliz quien muere al defender su patria!»
Sieyes y Mirabeau lo han celebrado:
¡No hay muerte más gloriosa ni más santa!

¡Y preferís morir en una alcoba,
con la lenta agonía del que acaba,
entre ahogados suspiros y sollozos,
á morir en un campo de batalla!

¡Aquí silencio, sombras, egoismos!
Allí estrépito, luz, sublimes ansias!
¡Aquí escuchando rezos... ó blasfemias!
¡Allí oyendo cañones y charangas!

¡Aquí luchando por salvar la vida
con inyecciones, drogas y tisanas!
¡Allí, con el fusil y con el sable,
luchando heroicos por salvar la patria!

Aquí la muerte oscura del que muere
como muere un caballo allá en la cuadra!
¡Allí la muerte heroica, que de gloria
cubre al que muere por su patria amada!

Ya, ya se que vosotros ¡renegados!
afirmais ¡malos hijos! que no hay patria.
Tanto vale decir que no hay familia,
que todos sois espúreos ¡mala raza!

¿Sabeis por qué decís tales blasfemias?
¿Sebeis por qué apoyais tales infamias?
Por ser unos cobardes egoistas,
cien veces más burgueses que un Juan Lanas.

—

Porque os duele cumplir deber ninguno,
cual si hubiera tortugas sin coraza,
y suprimís la patria y la familia
por no tener que soportar sus cargas.

—

Sois el tipo burgués más acabado,
sois el tipo vulgar de Sancho Panza;
sin pizca de valor en vuestros pechos,
sin pizca de ideal en vuestras almas.

II

¿Por qué sentís tan implacable odio
por el noble servicio de las armas?
Veamos los potentes argumentos
con que explicais tan necia repugnancia.

—

Decís que el uniforme del soldado
os humilla, os irrita y os degrada,
¿Es acaso más fea ó menos limpia
que vuestra blusa la marcial casaca?

—

¿Es por ser uniforme el uniforme
de igual paño, igual corte é igual marca
en toda veste militar? Y entonces
¿qué haceis de vuestra causa igualitaria?

Si quereis igualdad, ¿por qué os irrita
que vistan traje igual los camaradas?
¿Por qué no han de comer todos lo mismo?
¿Por qué no tener todos igual cama?

¿Es porque el uniforme significa
que un amo os alimenta, viste y calza?
¿Y no es mejor servir al amo—Estado
que al amo del taller ó de la fábrica?

El provecho del jefe del soldado
está en el buen servicio de la patria;
y la patria es tu madre, y son tus hijos,
y eres tu mismo, y son tus camaradas.

Al servir á la patria, á tí te sirves;
nadie de tu sudor provecho saca;
el amo del taller puede explotarte;
la patria, con tu amor queda pagada.

«¡Pero pide mi sangre!»—Te la pide
cuando por una guerra le hace falta,
y, al pedírtela entonces, te defiende,
porque te da instrucción y abrigo y armas.

—

¿Y qué mejor empleo de esa sangre
que verterla en defensa de la patria?
¿No la vertéis por una mujerzuela
ó por una disputa tabernaria?

—

Decís que los cuarteles os repugnan.
¿Y que más que un cuartel es una fábrica?
¿Suena mejor quizá en vuestros oídos
que un toque de clarín una campana?

—

¿Pretendereis quizá que es más sabrosa
que el rancho vuestra mísera pitanza?
¿O creereis tal vez que es más higiénico
tener la cara sucia que lavada?

—

Entráis en el cuartel casi desnudos
y allí os dan trajes de faena y gala;
entraís hambrientos y salís nutridos;
salís con letras cuando vais analfas.

—

No hace más una madre por sus hijos
que lo que hace, magnánima, la patria;
ni pedir á sus hijos puede menos:
que defiendan su honor, si alguien lo ataca.

Sois necios y además inconsecuentes,
y os pagais, como tontos, de palabras;
que ensayo es el cuartel de falansterio
y ese es el ideal de vuestra casa.

Lo que os irrita en el marcial servicio
es esa disciplina con que os atan;
es el que á ese Luzbel que llevais dentro
le dan en los nudillos con la pala.

Es el que allí os obligan á ser buenos,
humildes y obedientes, cual Dios manda;
como lo manda Dios, ¡sí, renegados!
ese Dios que no admite el que os engaña.

¡Ah! Quereis libertad para ser malos,
(para ser buenos, libertad no falta),
para decir blasfemias ó dislates,
para sucios andar de cuerpo y alma.

Nada de eso le importa á vuestro amo,
atento al logro del taller ó fábrica;
pero á la patria, sí; porque á una madre
el hijo bueno y sano le entusiasma.

—

Hablais también de que el servicio odiado
los goces del hogar os arrebató.
¡Mal las dulzuras del hogar se avienen
con quien de temple tan viril se jacta!

—

Dejad tal argumento á esos burgueses
que nunca aciertan á salir de Capua,
y que lloran cual tímidos chiquillos,
si oyen hablar de heridas y batallas.

—

Esos derriten en su vida ociosa
lo que con tu sudor sus padres ganan.
Desprécialos, si quieres; ríe de ellos;
que no merecen más. ¡Son tu venganza!

—

¡Que lloren y que chillen! ¡Son cobardes!
¡Que blasfemen también contra la patria!
¡Son mentecatos! ¡Que hablen de automóviles
de *sports*, de *chic*, de *stands*. ¡Son papanatas!

—

¿Qué teneis de común con esas gentes,
si sois de la nobleza que trabaja?
No habéis de hogar, porque esa es la careta
con que el cobarde hipócrita se tapa.

Unos y otros, de grado ó á la fuerza
prestareis el servicio de las armas;
y allí se fundirán dos estulticias
y se harán hombres los que fueron mandrias.

III

Llegais, para libraros del servicio,
cual si de algo espantoso se tratara,
á pensar en huir á extrañas tierras
que desde lejos os parecen Jaujas.

¡Qué engañados estais! ¡Qué criminales
son esos vividores que os embaucan!
Aquellas tierras, madres con sus hijos,
con vosotros serán malas madrastras.

Allí también hay reyes ó hay repúblicas
(para el caso es igual, todas son patrias)
y tienen todos que vivir alerta
y todos tienen que vivir en armas.

Que así como tu tratas á otro hombre
así tratan las patrias á las patrias.
Y así como tu riñes con tu amigo
así patria con patria riñas arma.

—

Y así como tu riña engendra un crimen,
si en la riña llegais á la navaja,
si aquella riña hasta la guerra llega,
engendra la invasión y las batallas.

—

Y por eso, te guste ó no te guste,
aquí ó allá doquiera que te hallas,
el tributo de sangre se te exige,
y, de grado ó por fuerza, tu lo pagas.

—

Mejor fuera, sin duda, que no hubiese
riñas ni guerras de hombres ni de patrias
y que en perpetua paz todos viviéramos
y que á su sombra todo prosperara.

—

Pero estamos distantes todavía
de ese ideal de sociedad humana
y hay que aguantar, mientras el caso llega,
las exigencias de la paz armada.

—

Esa es la realidad y esa es la vida
y así la hay que tomar ó hay que dejarla.
¿Qué piensas encontrar en otras tierras
distinto de lo que hallas en tu patria?

—

Allí hay Gobierno, leyes, tribunales,
policía y ejército y escuadras,
cárceles y presidios, Parlamento,
escuelas, templos, hospitales, fábricas.

—

¿Imagínais quizá que aquellas gentes
tienen otra figura ú otra pasta?
Son hombres y mujeres cual vosotros,
personas buenas y personas malas.

—

¿Creeis que allí os reciben en palmitas?
Hobbes lo dijo ya en pocas palabras:
«El hombre para el hombre siempre es lobo».
Lo exige así la condición humana.

—

Allí y aquí la competencia es dura,
y come únicamente quien trabaja;
y es frecuente encontrar brazos de sobra
por que el trabajo con frecuencia falta.

—

Y ¿dónde vas á ir, desventurado?
¿Piensas acaso en la vecina Francia?
Se reirán de tí, porque no sabes
ni pedir en francés un vaso de agua.

—

Se burlarán de tí, porque has creído
que van á darte lo que allí les falta;
vivirás en perpetuo vilipendio;
y, como un perro, morirás de rabia.

—

¿Vas á marcharte á Portugal? Si llevas
algo que dar, pondránte buena cara;
mas, si vas á pedir, tal vez el olmo
te dé antes peras que los lusos plata.

—

¿Vas á emigrar á Italia? Por millones
salen de allí los hombres que trabajan.
Y no tendrás la pretensión ridícula
de que te den á tí lo que ellos no hallan.

—

¿Quieres ir á Alemania? Antes que entiendas
de alemán tres docenas de palabras,
te han metido en la cárcel treinta veces
y has estado famélico otras tantas.

—

¡Nada de Europa! Europa es mundo viejo
y está por todas partes ya gastada.
Irás al Nuevo Mundo, irás á América,
porque no hay que pensar en Asia ni Africa.

Te embarcarás con otros desdichados,
ireis como sardinas en banasta,
y pasareis por mil humillaciones
y un fardo más sereis allá en la cala.

Sufrireis los horrores del mareo,
hambre, sed, asco, miedo, angustias, náuseas,
y creereis en Dios, ó al diablo mismo
direis que os libre de tortura tanta.

Pasados los tormentos del viaje,
lo primero que hareis en tierra extraña
es renegar del pensamiento loco
de abandonar por siempre vuestra patria.

Abatidos de espíritu y de cuerpo,
juguete de casuales circunstancias,
serán allí explotados vuestros brazos,
si antes no pereceis en la batalla.

Y el estigma de infames desertores
pesará como plomo en vuestras almas;
y llorareis con lágrimas de sangre
el crimen cometido con la patria.

—

Y lanzareis suspiros á diario,
y temblareis morir en tierra extraña,
y pedireis á España que os perdone,
y dareis vuestra vida por España.

—

No aguardeis á tan tarde. Hacedlo ahora
y ofreceos alegres á la patria,
y oídos no presteis á charlatanes
que son tontos ó son unos canallas.

(Madrid 31-Diciembre-1910).



32.-Cantares.

El reloj se me ha parado
y tengo que darle cuerda.
¿Quién hará andar á mi sangre
cuando se pare en mis venas?

—

Ni que te hartes de ayunar,
ni que te hartes de comer,
cuando te llegue tu hora
en polvo te has de volver.

—

Aprovecha tus conquistas,
niña de los quince años;
que los desdenes se pagan
en letras de desengaños.

Aprovecha bien tu tiempo,
niña de los quince años;
que la que siembra desdenes
suele coger desengaños.

Uno se compra una joya
y otro se muere de hambre,
como hace sol en Madrid
y está lloviendo en Getafe.

Para tesón, Aragón;
para dulzura, Galicia;
para saber, Salamanca;
para gracia, Andalucía.

Para áspero, el catalán;
para serio, el vascongado;
trapalón, el andaluz;
y marrullero, el murciano.

Son las mujeres perdidas
á modo de pararrayos;
sin ellas, muchas doncellas
no tendrían doncellazgo.

—

Para pensar, en el campo;
para dormir, en la cama;
para rezar, en el templo;
para soñar, en la Alhambra.

—

Hoy no se casa la gente
por ser la vida muy cara;
la que pretenda marido
ha de ser rica ó barata.

(Guadarrama, Agosto-1910).

~*~

33-La pena de muerte.

¡Es horrible!... ¡Es brutal!... ¡Es la venganza
del fuerte contra el débil!... ¡Es cobarde!
¡Cuanto de noble en nuestros pechos arde
contra tal pena su protesta lanza!

¡No hay derecho á segar toda esperanza,
porque jamás para la enmienda es tarde!

¡Paso á la acción de Dios! ¿No es necio alarde
pretender sentenciar con su balanza?

.....
¡Conformes, criminal! Rindo sumiso
mi frente á tus razones; las acato
y, en consecuencia, el Código reviso,
y haré contigo para siempre un trato:
«¡No más garrote vil! Pero es preciso
que antes suprimas tú el asesinato!»

(Madrid, 15-Diebre.-1911).

ene

34-Facit indignatio versum.

I

Señor Don Atanasio Morlesín:
en un corcel brioso
ó en mísero y escuálido rocín,
(para el caso es igual) marcha animoso
de Getafe á la Corte
un caballero de lucido porte.
¿Qué móvil le conduce? ¡Dios lo sabe!
Negocios, la familia, alguna bella
que cautivó su corazón acaso,
cualquier asunto grave,
ó el deseo de ver la nueva *estrella*
del Real en su disfraz de gasa y raso.

El día ya declina
y se empaña con mancha cenicienta
el nácar de la luz crepusculina;
allá, tras la llanura amarillenta,
 cual navío encallado
en arcilloso mar de inmóviles olas,
surge Madrid, en manto dilatado
de polvo envuelto, todo salpicado
de puntitos de luz de sus farolas.

—

Desierta la blancuzca carretera,
nada el silencio de los campos turba;
y sólo experta vista percibiera,
doblando ya la prolongada curva
 que allí forma el camino,
 la figura velada
de dos jinetes, á compás trotando
entre nubes de polvo blanquecino,
 su silueta esfumada
el tricornio de guardias coronando.

—

Absorto en sus ignotos pensamientos
iba el protagonista de esta historia,
cuando dos infelices harapientos,
escondidos detrás de vieja noria,
 dánle impensado asalto
gritándole imperiosos: «—¡Alto! ¡Alto!»

—

—¿Qué quereis?

—Tu dinero; lo que lleves.

—¡Canallas! Lo veremos.

—Si te mueves

Te abrasamos.

—¡Cobardes!

—No perdamos

el tiempo; saca pronto

los cuartos; no seas tonto;

nos hacen falta; sin comer estamos;

y hay que comer para vivir ¿entiendes?

—¡Favor! ¡Socorro! ¡A mí!

—¡Nadie te escucha!

—Lucharé.

—¿No comprendes

que es inútil la lucha?

Si no quieres morir, date á partido;

somos dos contra tí y estás perdido;

podemos despacharte por las malas,

pero es mejor hacerlo por las buenas;

para volar necesitamos alas;

buscamos tu bolsillo y no tus venas.

No hubo más remedio:

el jinete entregó lo que tenía,

ante tan rudo asedio,

y á galope escapó por la ancha vía.

—

Con tan veloz y acelerado paso,
no tardó en tropezar con los civiles;

les impuso del caso

y, entre los tres, á los ladrones viles

cogieron sin tardar; los tribunales
les impusieron merecida pena,
y en no sé qué presidio están los tales
sufriendo todavía su condena.

II

Yo también soy un pobre caminante
jinete en el corcel de mi derecho
que, después de haber hecho,
con trabajo constante,
rica siembra de méritos variados,
profesor oficial de un Instituto,
al llegar la ocasión de ser premiados,
vengo á Madrid á recoger su fruto.
Hay vacante una cátedra en Cisneros
y reclamo el derecho de ocuparla;
y, estando en un país de caballeros,
ó se falta á la ley ó he de llevarla.

Anunciada á concurso,
con tiempo la pedí; y el expediente,
siguiendo lentó su ordinario curso,
en el trámite está de nombramiento,
tan sólo de una firma ya pendiente:
la firma del Ministro de Fomento.

Yo estoy solo en el mundo; pero cuento
con mis manos, mi pluma y mi cabeza;
y crea, favorito omnipotente,
que si confieso es grande mi flaqueza,
y estoy todo encogido y con temblores
cuando se trata de pedir favores,

pues no los sé pedir ni sé arrastrarme
y así un reptil cualquiera me derrota,
cuando alguien mi derecho osa menguarme,
tal energía de mi alma brota
y tal mis fuerzas en la lucha crecen,
que soy pigmeo y de Sansón parecen;
y es que es tal del derecho la potencia,
cuando se tiene de él plena conciencia,
que no hay quien la resista;
y hasta el hecho brutal de una conquista
necesita barnices de cultura
para que pase; y aun así no dura.

Demostración palpable de esa fuerza
acabamos de ver en el Consejo.

Para lograr que su opinión se tuerza,
no se ha omitido intriga ni manejo.
Pero yo estaba allí, representando
la conciencia viviente y accionante,
despertada por mí, si se dormía,
de cada Consejero, á cada instante,
y todos los manejos deshacía.
El sabio y noble jefe del carlismo,
Barrio y Mier, ofrecióse á defenderme;
la honrada voz del gran republicano
Don Juan Uña se alzó para valerme;
el Presidente, venerable anciano
representante allí del canovismo,
Don Juan Concha, á mi lado siempre estuvo;
y la vibrante voz de Emilio Nieto,
que allí representaba el progresismo,
mi gratitud, por su energía, obtuvo,

como Quintero, el pidalino neto;
y, vinieran de mi campo ó del contrario,
ninguno se mostraba mi adversario:
el arabista insigne, Saavedra;
Becerro, el catedrático polígrafo
á quien ni el Arte ni la Ciencia arredra;
el dechado de nobles caballeros,
Arrillaga, del Cuerpo de Ingenieros;
el sabio senador Marqués del Busto,
el ilustre Marqués de Guadalercas,
todos al lado estaban de lo justo,
todos me daban, con su aliento, fuerzas.

¡Dios les pague en la gloria;
que yo un templo les alzo en mi memoria!
—«Cánovas—no hay por qué guardar secreto—
»me ha escrito; pero yo no le hago caso;
»que estas cosas merecen más respeto.
»*Voluntas sua, sed conscientia mea.*
»Usted cuente conmigo en este paso»,
me decía el sincero Viscasillas,
el sabio Profesor de Lengua hebrea.

—

Y así todos. ¿Por qué? ¿Qué maravillas
he puesto en juego yo? ¿Con qué resorte
tan eficaz contaba?

Con ninguno. En la Corte
yo á nadie conocía ni trataba.
Sabía que la cátedra era mía
por estar bien seguro del derecho
que á obtenerla tenía;
y, resuelto á que nadie atropellara,
por compadrazgo, influjo, ni cohecho,

lo que la ley, con su poder, ampara,
mi convicción á todos transmitía
y todos mi razón veían clara.

¿No lo notó usted mismo,
señor de Morlesín, aplastadora,
incontrastable, inmensa, bienhechora,
redentora del mal y el egoismo,
la fuerza del derecho en la conciencia,
cuando hablé con usted, sin conocerle
y el triunfo conseguí de convencerle?

III

En el Congreso fué. Fueron testigos
Don Juan Lafuente y Don Julián Infantes
y otros varios amigos.

Pocos momentos antes
había yo rogado á Juan Lafuente
que, cuando usted pasara
por el pasillo, á tiempo me avisara,
pues ni aun de vista yo le conocía,
no queriendo que á usted me presentara;
pues, para hacerlo, yo me bastaría.

—

Pasó usted

—¿Morlesín?... Soy Araujo.

He sabido que, gracias á su influjo,
se encuentra detenido el expediente...

—Es verdad; sí, señor;—con entereza,
me dijo usted.

—Alabo la franqueza,
pero censuro el hecho.

—Es que, si usted defiende su derecho, yo debo defender el de un amigo.

—Me parece muy bien, y es muy laudable conducta tan hermosa; pero sigo creyendo que la forma es censurable. ¿conoce usted acaso el expediente?

—No me hace falta.

—¿No? Pues ¿de qué fuente saca usted sus razones?

—Me basta la amistad.

—Sus peticiones puede usted atender con su bolsillo, y aun con el mío, si le doy licencia; pero, si no la doy, no es tan sencillo. Su cargo, Morlesín, á mucho obliga; y debe usted tener clara conciencia, si lo piensa un instante cuando amistad ó gratitud le liga, de que puede hacer uso de él para un favor, y ya es bastante. Para torcer la ley es torpe abuso. Vea usted extractado el expediente en este cuadro que conmigo llevo, por ser la clara fuente en que mis limpios argumentos bebo.

Ahí, clasificados en diversos estados, puede usted ver los méritos de todos. Vea, y resuelva luégo. No hay más modos, en un país regido por las leyes, con Cortes, tribunales y diarios, de proceder, desde los mismos Reyes, hasta los más modestos funcionarios;

y, cuanto más arriba, más sujetos
á guardar á las leyes más respetos.
No es mi ánimo pedir que usted me apoye,
no tengo para ello ningún título,
sino que me oiga usted, como me oye,
y, cuando tenga ya su juicio hecho,
por sí ó citando á otros á capítulo,
deje el camino franco á mi derecho,
y, si con esta terquedad porfío,
perdone usted; definiendo lo que es mío.

Usted me dejó hablar, algo nervioso;
hojeó el documento
y dijo así con reposado acento,
con cierto si-es-no-es de doloroso:
—No me habían pintado así las cosas;
mas, desde este momento,
para evitar cuestiones enojosas,
palabra doy de honor de no mezclarme
en este asunto más.

— Con ello cuento
y tenga la bondad de perdonarme.

.....
Confieso, Morlesín, que le dí el alto
y tomé su conciencia por asalto,
pero no con violencia de cañones,
así lo comprendió su claro juicio,
sino armado de sólidas razones
por salvarme de inicuo sacrificio.

IV

Señor de Morlesín: Van cuatro meses
desde nuestro coloquio del Congreso

y parado se encuentra aquel proceso
con grave mengua de altos intereses;
no los de mi salud y mi bolsillo;
que esos mezquinos son y á nadie importan,
sino otros de más fuste y de más brillo
que del Estado el crédito soportan:
 la enseñanza, olvidada;
 la ley, escarnecida;
la propiedad, de riesgo amenazada;
la justicia, temblando ser violada;
la sociedad, temiendo verse hundida;
 el cesariano lema
«*pro ratione voluntas*» erigido
 de gobierno en sistema
y todo perturbado y pervertido.

—

Lo de menos soy yo; yo soy un caso,
 un ejemplo, una muestra
 que á la nación demuestra
que sus guías la llevan á un fracaso.
Lo que se hace conmigo en Enseñanza,
con otros se hace en Guerra y en Marina,
Obras, Gobernación, Magistratura...
Y no se da la flor de la esperanza
 sino lacia y mezquina
fomentando su cándida cultura
 con abonos de ciencia
y riegos de honradez y de trabajo;
sólo la logra espléndida y lozana,
con toda su vital magnificencia,
quien, con audacia y fresco desparpajo,

y mejor si es con gracia soberana,
 (pues los hay tan graciosos
cual payasos de feria deliciosos),
saben echar su grano de alegría,
en humo envuelto de falaz lisonja,
en el hogar del figurón del día;
pues con ello se esponja
y hace al país pagar su esponjamiento.
¿Dónde estamos? ¿En Persia ó en Turquía?
Esto no es un país de Parlamento
Tribunales y Prensa y Policía;
y así se explica que uno y otro día
el motín su bandera lance al viento;
y hoy ardan en guerra las colonias
y mañana se pierdan tórpemente
y triunfe luego horrible la anarquía...
¡Y quiera Dios que no haya más Polonias!
¡Todo, por culpa de un poder demente!
¡Todo, por culpa de esta oligarquía!

—
¡Esto no puede ser! Esa teoría,
que el fresco romerismo ha puesto en boga,
de «servir ante todo á los amigos»
nos humilla, nos hunde, nos ahoga.
¡Hay que acabar con eso á todo trance,
si pronto no queremos ser testigos
de que al rostro el desprecio se nos lance!

Así ya no es posible
el culto del trabajo y de la ciencia;
lo que no está al alcance
de gran saber ni máxima experiencia
para la adulación es asequible:

el acta con que leyes se fabrican;
la credencial con que después se aplican;
el cargo y el ascenso
todo se cría al humo del incienso.

—

¡Y así sale ello! Todo perfumado
con olor de moderna simonía,
dulce parasitismo,
franco favoritismo,
indolencia, ignorancia y apatía,
Dolce far niente. ¡Siga el movimiento!
¡Húndase el mundo! ¡Viva yo contento!
¿Para qué trabajar? El tiempo pierde
el que asiste puntual á la oficina
en lugar de inventar un cuento verde
para que el jefe ría á la sordina.
¿Por qué estudiar? Los libros no dan nada,
y quitan tiempo de aplaudir el gesto
del cacique de turno, cuando enhiesto
en su tertulia suelta una gansada.
¿Por qué cumplir la ley? Es preferible
ver antes quién mejor se recomienda
y en dato tan precioso ó infalible
fundar la decisión de la contienda;
con tan torpe criterio
se procede por cada ministerio
y al país entre todos se encamina
por la senda escabrosa de su ruina.

—

Y así se siembran odios y rencores
y ese malestar hondo
de las clases sociales, precursores
del estallido que saldrá del fondo.
Tienen ustedes y el país la suerte
de que no hay quien inspire confianza
de que lo hará mejor; pero la muerte
busca á veces quien pierde la esperanza.

Si los republicanos
pudieran entenderse y fueran sanos...
(Los que turnais sois malos, unos y otros;
pero ellos... son peores que vosotros).

¡Adios la Monarquía
que en vosotros confía!
¡Pobre Reina! Modelo de virtudes
cuyo nombre se toma impunemente
para estamparlo, sin pudor, al frente
de engendros de un sin fin de ineptitudes!
¡No se juega con cosas tan sagradas!
¡Comprometeis nación y dinastía
y no veis que las cuentas atrasadas
pronto ó tarde se pagan algún día!
Y, si tranquilos os quedais dormidos,
creyendo en el favor de la fortuna,
no olvideis que en España hubo validos
que murieron como Alvaro de Luna.

V

Volvamos á lo mío;
á mi tan esperado nombramiento
y del jinete atropellado al cuento;
que es hora de que acabe tanto lío.

Si aquellos dos ladrones
por robar unos míseros doblones,
con riesgo de su vida,
cumplen en un presidio su condena,
¿podría usted indicarme,
señor de Morlesín, cuál es la pena
del que llegue á robarme,
saliendo al paso por traidor atajo,
el timbre más precioso de mi historia,
mi porvenir, mi gloria,
el fruto de mis años de trabajo?
Yo no culpo al que pide; sus pasiones
le sirven de disculpa.
Culpo al que quita y da; de ese es la culpa
y aquí no hay más ladrones;
pues derecho á pedir cualquiera tiene
que le hagan Papa ó Rey, si le conviene;
y es lo más que merece, por lo necio,
píldoras de sulfuro de desprecio;
ó, si es, á más de necio, un sinvergüenza,
gargajatos de asco de vergüenza.

—

Yo á nadie culpo aún. De buena tinta,
la que gasta el Ministro en su tintero,
me consta está parado el expediente,
y que el Ministro, cual mujer encinta,
quiere salir del paso prontamente.
¿Quién puede detenerle? Tengo indicios,
pero me faltan pruebas.
Al conocer mi hoja de servicios,
tan llena para usted de cosas nuevas,

palabra usted me dió de no mezclarse
en este asunto más. El Presidente,

Cánovas en persona,
demostrando interés por enterarse
y recordando él mismo, complaciente,
y es hecho que me abona,
un pequeño servicio literario
que yo le había hecho,
mostróse de mi causa partidario,
estimando ser claro mi derecho.

Al lado de estas tres afirmaciones,
las del Jefe, Ministro y Secretario,
por mí mismo en persona recogidas,
¿cómo no rechazar insinuaciones
que del ladrón me indican las guaridas?
E pur si muove, porque el hecho es hecho.

¿Quiénes son los ladrones?
¿Quién el camino corta del derecho?
No lo sé; pero yo he de averiguarlo,
si el crimen llega al fin á consumarse,
y ¡por Dios! que ni impune ha de quedarse
ni yo habré de dejar de castigarlo.
Pues, si en España pasan ciertas cosas,
es por esta apatía musulmana,
mezcla de fatalismo y de galbana,
herencia de centurias misteriosas.

Cuando aquí un ciudadano,
consciente del derecho que le asiste

y resuelto á que nadie le atropelle,
no da paz á la mano
y al enemigo con empuje embiste,
¡no hay miedo que se estrelle!
¡El triunfará! Que es la razón palanca
de fuerza tal, de origen tan divino,
que quien sabe moverla desatranca
su carro de los baches del camino.

Tengo la convicción de la victoria,
porque seguro estoy de mi derecho;
y no he de tolerar que ilegal hecho
tuerza brutal el curso de mi historia.
Acudiré con fe á los Tribunales,
no sólo al Contencioso,
sino á los ordinarios criminales;
pues, si el despojo al fin se consumara,
pasaría, de asunto litigioso,
á ser delito en que el Jurado entrara.
Ya sé que chocaría por lo raro
tomar así las cosas; pues es claro
que, si cualquier hambriento pobrecito
roba un pan, tal acción es un delito;
pero si es un Ministro el que arrebató
su sueldo á un empleado... ¡patarata!
ese acto ni siquiera es delictuoso
y merece una cruz por lo gracioso.

Así pasa. Mas yo soy salmantino
y al pan le llamo pan y al vino, vino;

y á los que roban, cargos ó doblones,
los harto de ladrones;
y no puedo admitir el argumento
de que al obrar así el Ministro de Fomento,
ó el mismo Presidente,
ó usted, su Secretario,
un acto á cabo llevan inocente.
Yo digo lo contrario:
el país no les paga
ni les colma de honores
para que ustedes sean una plaga
que colmen á sus deudos de favores.
Para ustedes ni amigos ni enemigos,
una vez ya su nombramiento hecho,
existen: todos somos ciudadanos
de un pueblo libre, con igual derecho
á vivir, al amparo de las leyes,
como buenos hermanos,
bajo la egida de los mismos Reyes.

Como administradores
del bien común, á ustedes se les llama
por creer son ustedes los mejores.
Cuando su intervención la ley reclama,
más que nadie se encuentran obligados
á hacer el bien á sus administrados;
y se equivocan, si, por verse arriba,
piensan ser otra cosa que empleados
amovibles cual lo es un escribiente;
con la gran diferencia
de que, á paga mayor, más exigente

se debe ser, y mucha más conciencia
y más dedos de frente
deben tener ustedes; pues, por esto,
á la cabeza van del presupuesto,
y en todos los países gobernables
son ustedes Gobiernos responsables.

—

Si lo que por la ley sin duda es mío
me lo arrebatan para darlo á otro,
sobre montarme en irritado potro
que pudiera lanzarme á un desvarío,
cometen un despojo y son penables
por dar el *suum cuique* á su albedrío.
¿Quiénes, si no, serán los responsables
del disolvente é ilícito criterio
aplicado por todo un Ministerio
que entiende que administra el *suum cuique*
atendiendo al amigo y al cacique.

—

¡Que nada en el bolsillo se han metido
al disponer del cargo!
¡Donoso es el descargo!
Nadie al ladrón pregunta si ha cogido
un reloj para darlo á su señora
ó por saber la hora.
Lo robó y eso basta
para entrar donde van los de su casta;
y al infeliz que roba un panecillo

en la cárcel lo meten, condenado,
aunque el pan lo comiera su chiquillo
y con su hambre estuviera disculpado.

¿Que no han cobrado en oro ni en billetes?
Pero cobran en votos, que en política
así se sirve á la Danae-crítica
para trocar sus tiros en cohetes.
¿Qué más da que un bribón reciba un duro,
para salir acaso de un apuro,
por una mala acción, que ustedes hagan
una injusticia en contra de tercero
y ganen su amistad? Unos dinero
y otros amistad logran: todos pagan.
Tan venta el bribón hace de aquel modo
como los otros de éste: Venta es todo;
y, vendida por oro ó influencia,
lo mismo se envilece la conciencia.

*Sea do ut des, do ut facies,
facio ut des, facio ut facies.*

Ante Notario registrado el acto
ó entre las sombras consumado el pacto,
todo ello es delito;
y al Tribunal irá, con este escrito.

En lo posible está y será corriente
que el Tribunal se juzgue incompetente;
mas, si también allí se me aplastara,
al Parlamento y á la Prensa iría

seguro de encontrar quien levantara
su voz en mi favor con energía.
Y, si allí la razón no se escuchara,
más fuerte mi protesta surgiría,
y hasta los cielos mismos la elevara
seguro de que al fin allí se oiría.

—

Quiero decir con esto
que á todo estoy dispuesto,
y que, aunque la porfía no me gusta,
porfiar con razón jamás me asusta,
sea con alto ó bajo;
pues para abrimme paso en este mundo,
siendo, cual soy, un hijo del trabajo,
he reñido sin tregua de un segundo
batallas tras batallas,
y, ya fueran con nobles ó canallas,
en todas he triunfado
con la ayuda que el cielo me ha prestado.

—

Si jamás he luchado ni ahora lucho
sin que me sobre la razón, ¿qué mucho
que logre el vencimiento
si, además, con el cielo siempre cuento?
Porque en todo lo mío
mi causa entrego á Dios, y en Él confío,
siempre el sabio proverbio practicando
de «á Dios rogando y con el mazo dando.»

(Madrid, 20-Nov.-1896.)

35.-Mis poetas y mis poesías

(PREFACIO)

Desde que empecé á leer
me encantó la Poesía,
y cuantos versos leía
los volvía á releer;
sin acertar á escoger,
por falta de dirección,
culto rendí á mi afición
leyendo cuanto encontraba,
de la aleluya á la octava,
de Revulgo á Calderón.

Fray Luis me enseñó á creer;
Argensola, á meditar;
Quevedo, á filosofar;
los místicos, á querer;
Vargas Ponce á reprender;
Céspedes, á describir;
Alcázar, á sonreír;
Góngora, á discretear;
Meléndez, á susurrar;
Bernardo López, á hervir.

Manrique y Caro, á llorar;
Espronceda, á maldecir;
Gallego y Lista, á rugir;

Quintana, á *sursumcorder*;
si Arolas me hizo soñar,
con Zorrilla gorjeé,
con Palacio bromeé,
con Tassara discurrí,
con Revilla discutí,
con Castro sublimicé.

—

Muchos nombres agregar
pudiera á los ya citados,
cuyos ingenios alados
mi alma hubieron de formar;
pero quiero declarar
y en letras de oro esculpir
los nombres que hacen latir
mi pecho y mi alma vibrar:
Becquer me enseñó á sentir
y Campoamor á pensar.

—

Aunque á todos admiré,
á ningún carro me uncí;
que, si en el genio creí,
ídolos nunca adoré.
Donde belleza encontré,
puse mi alma en su loor;
que mi divisa de honor
es, roja en campo de Marte,
«¡Por la Patria! Por el Arte!
¡Por la Fe! ¡Por el Amor!»

—

Pasto de inútil sublime
nutrió así mi adolescencia,
y se atracó mi conciencia
del ideal que redime
al hombre de lo que oprime,
de lo que ata y envilece,
sonroja y empequeñece;
y, en cambio, al que ora y trabaja
vigoriza y encoraja,
purifica y ennoblece.

Seguro de mi victoria,
con tan excelso equipaje,
emprendí el arduo viaje
hacia el templo de la Gloria.
La Fama supo mi historia
y sus alas me brindó;
pero tal asco me dió
su tarifa de servicios
que rechacé sus oficios.
Alas propias tengo yo.

No quiero trompetería
ni aplausos de muchedumbres;
que lo sublime en las cumbres
es su soledad bravía.
No quiero la nombradía
del vate, cuya victoria,

con injusticia notoria,
el vulgo necio proclama.
La gloria dará la fama;
la fama no da la gloria.

—

Lo famoso lo fabrica
el dinero ó la amistad,
la moda ó la terquedad,
como invento de botica;
pero no se falsifica,
como la fama, la gloria:
podrá olvidarse una historia;
podrá ignorarse un tesoro;
pero el oro siempre es oro
y la escoria siempre escoria.

—

Así emprendí, paso á paso,
sin impaciencias, sin miedo,
sin ruido, firme en mi credo,
el camino del Parnaso.
Las estafetas, de paso,
procuraba aprovechar
y en ellas depositar
mis cartas de ejecutoria
dirigidas «á la Gloria»
para hallarlas al llegar.

—

Ni me dejé las melenas
para llamar la atención,
ni me convertí en histrión,
ni pagué á la Prensa cenas.
Ni siquiera las colmenas
literarias frecuenté,
ni mutuo-bombos busqué
de amigos ni camarillas;
y, á solas con mis cuartillas,
en mi casa me encerré.

Las Musas, que me pagaban
todas con amor mi amor,
de sus artes el primor
á porfía me enseñaban;
con frecuencia me dictaban
y su dictado está aquí;
yo jamás las perseguí
ni nunca las hostigué;
siempre que en ellas pensé
vinieron volando á mí.

Cuando una Musa venía
á solazarse conmigo,
el más cariñoso abrigo
en mi corazón tenía;
y tal el fervor crecía,
con su hirviente inspiración,
de mi fogosa pasión

que, cual del volcán la lava,
la poesía brotaba
de nuestra fecunda unión.

—

Y así he seguido avanzando,
y así he llegado hasta aquí,
al verse alzar ante mí
el templo que iba formando.
A su puerta estoy llamando,
y oigo canto de victoria
de mi triunfo á la memoria;
y mis Musas adoradas
me abren las puertas doradas
del Panteón de la Gloria.

(Madrid, 8-Febrero-1912).



36.- ¡Ni criminales ni penas!

Criminal: yo te juzgo irresponsable.
Cuando robas, te impulsa un apetito,
necesidad ó vicio, que al delito
te arrastra con violencia incontrastable.
Cuando matas, te ciega algo insondable
que en instrumento erígete maldito
de atroz decreto, en el infierno escrito
por mano de demonio abominable.
De nada eres culpable. ¡Fuera penas,
oh víctima infeliz de la locura!

Pero, como haces daño, unas cadenas
conviene tengas, por si el mal apura;
y, si es que sed de sangre hay en tus venas,
receta de garrote; y se te cura.

(Madrid, 16-Enero-1912).



37.- El goce de crear.

Compré yo una pradera en Guadarrama
llena de cardos, zarzas y mimbreras,
jaramagos, gamones y retama
víboras, lagartijas y toperas.



Hoy es aquel terreno improductivo
un vergel delicioso,
con flores, frutos y agua: es algo vivo,
fecundo, saludable y provechoso.



Y todo es obra mía: yo he creado
estos árboles, templo de frescura;
estas flores, altar de galanura;
estos frutos, de gusto delicado.



Toqué con mi varita en una roca
y el agua brotó fresca y abundante;

canalicé su curso fecundante
y en estanques domé su furia loca.

—

Y aquí surgió un jardín, y allí una huerta,
y un parquecito acá, y allá un molino,
prado, pinar, vergel... ¡Goce divino
el que convierte en viva cosa muerta!

(Guadarrama, 30-Julio-1913).

~

38.-El mayor goce.

He sentido el espasmo del placer;
el éxtasis sublime del dolor;
sediento, la delicia de beber;
helado, la caricia del calor;
combatiendo, la suerte de vencer;
discurriendo, la dicha de acertar;
he sentido el placer de perdonar
y al fuego del amor mi pecho hervir;
mas no hay nada que pueda competir
con el goce divino de crear.

—

Blanco bloque de mármol descubrir,
el aliento del Arte en él filtrar,
y la Venus de Milo de él sacar,
y espíritu en las piedras infundir;
la palabra que pasa cincelar
y esculpir en poema en un papel;

por un lienzo la magia del pincel
pasar, y el mundo, el hombre, el cielo azul
en visión inmortal fijar en tul,
goce digno es de Dios, ¡Sólo de Él!

Juega y gana cualquier pelafustán;
siembra y coge cualquier agricultor;
canta y oye aplaudir cualquier tenor;
lucha y vence cualquiera capitán;
grandes goces nos brinda todo afán,
si el éxito nos colma de placer;
pero el goce divino es el de hacer
un algo de la nada. ¡Sólo así
el aliento de Dios se filtra en mí!...
¡Sólo así Dios nos hace dioses ser!

(Guadarrama, 31-Julio-1913).



39.-Sed de eternidad.

I

¿Por qué esta sed de eternidad? Tropieza
mi vista en una flor, y un calofrío
me corre de los pies á la cabeza,
porque esa flor, brillante en el rocío,
perderá por la tarde su belleza;
y me angustia admirar tanta hermosura
trocada en unas horas en basura.

El álamo, que veo, centenario,
dar sombra á mi terraza,
embarga mis sentidos á diario
admirando cuál salva la amenaza
del viento, que su copa bambolea
y sus ramas cimbrea
con el ruido de un tren que se desplaza.

II

Mi encanto es escribir. Toda mi vida
la he pasado leyendo y escribiendo;
pero, al ir recorriendo
una página hermosa, recogida
en diarios que nacen pereciendo,
me duele que la pluma
trabaje en bronce y lo reduzca á espuma.

—

Un libro de poeta me extasía,
si el poeta es Galán, Becquer ó Castro,
Campoamor ú otro astro
del cielo de la augusta poesía.
Y aun más que de los versos la armonía
me encanta que la pluma
produzca bronce trabajando espuma.

III

Contemplo esos palacios
que hoy levanta la magia del cemento,
ya remedando arcaico monumento

que anacronismos lanza á los espacios,
ya alardeando de gracioso invento,
y nunca ante sus líneas me extasío.
¡Los partos del cemento me dan frío!

Y veo una fachada
toda de piedra, que su afán afirma
de vivir muchos siglos respetada,
y mi respeto su ambición confirma,
que en el molde de Dios está vaciada;
y el adobe ó cemento
obra es del hombre, que se lleva el viento.

IV

Me encanta la pintura;
pero, al ver este Rubens agrietado
ó aquel Ticiano ya decolorado,
me sobrecoge tétrica amargura,
y me quedo angustiado
pensando que el mejor de los pinceles
no se salva del tiempo, ni aun Apeles.

Esta estatua que admiro,
Miguel Angel, Benlliure ó Praxiteles,
vive como brotó de los cinceles
de sus autores, en Madrid ó en Tiro.
Mi embeleso no turba ni un suspiro
de temor, contemplándola sereno
sin mezcla de aflicción, con goce pleno.

V

Han muerto Castelar, Salmerón, Martos,
sin que yo les oyera,
y aun Maura, la elocuencia verdadera,
sin mi asistencia pasará en sus partos.
Y es que mis nervios la oratoria altera:
mala, porque me indigna y encocora;
buena, porque en el acto se evapora.

Fuera ya del alcance contagioso
del imán con que atrae la elocuencia,
turbando la razón y la conciencia
con la magia de un verbo prodigioso,
me encanta el orador maravilloso
y sus discursos, ya esculpidos, leo,
y el arte de sus frases saboreo.

VI

Si una ciudad visito, engalanada
por procesión, exposición ó feria,
que encubre su silencio ó su miseria,
me contraría verla disfrazada.
Es como la mujer enjalbegada,
que con afeites quiere conquistarme
y que sólo consigue repugnarme.

Me gusta sorprender sin atavíos
de fiesta extraordinaria
una ciudad en su labor diaria

con naturales faltas y vacíos,
cual mujer que no teme los desvíos
de quien la ve, sin velo ni pintura,
al natural luciendo su hermosura.

VII

Mi ansia de eternidad lo explica todo:
mi desdén por lo efímero y mudable,
por la moda inestable,
por todas las conciencias de acomodo;
por la estúpida masa despreciable
que escupirá mañana al que hoy adora;
por cuanto se disipa y se evapora.

—

Mi amor á cuanto es grande y permanente:
el sol, con sus destellos fulgurantes;
el mar, con sus llanuras ondulantes;
el cielo, con su bóveda esplendente;
la cordillera, con su masa ingente
de pórfido y granito;
y, sobre todo, Dios, el Infinito.

—

Esa sed tan ardiente, que yo siento,
de eternidad explica
el que me asocie en vida y pensamiento
á cuanto significa
perpetuidad, perenne monumento
de vivir ó pensar; ansia insaciable
de unirme á cuanto vive perdurable.

Guadarrama, 1.º-Agosto-1915.

40.-Al alma de la abuelita.

(A los diez días de su separación del cuerpo.)

¡Abuelita, díme algo de tu suerte!

Tú has sido siempre fuerte
y yo lo soy también. Firme en mi credo,
nunca me han dado miedo
los muertos, ni la muerte.

—

¡Habla, abuelita! A mí nada me espanta.

¿Dónde tiendes tu vuelo?

Por el cielo dejastes este suelo,
pues en vida y en muerte fuiste santa.
Pero díme: ¿cómo es? ¿dónde está el cielo?

—

Cuando en el mundo estabas y me oías,

yo siempre te contaba

todo lo que pasaba,

y me hacía gozar lo que reías

ó lo que lo contado te indignaba.

—

Ahora, abuela, las cosas han cambiado,

y eres tú la que sabes

de los hechos más graves

que al mundo han preocupado

y que más mi cerebro han trabajado.

—

¡Anda, abuela! Díme algo de ese mundo
en que vives ahora.
En tí del *más allá* mi ciencia fundo;
lo que puedas decirme en un segundo
bastará para mi ansia inquisidora.

¡Mira! En la mesa tienes tu cubierto;
aunque no comas, ¡siéntate!
ó siquiera... ¡preséntate!
cuando yo esté despierto,
y hazme ver cómo vive lo que ha muerto!

¿Te acuerdas de los naipes? ¿Del ratito
que, jugando de nada, te pasabas,
la única distracción con que gozabas?
Pues á jugar te invito
y te doy cartas, por si así te excito.

¡Ven, abuela! ¿No me oyes? ¿Con nosotros
acaso estás ó te hallas tan distante
que no puedes venir?... ¡Sólo un instante!
¡Muertos! ¡Quiero saber qué sois vosotros
y disipar mi duda sofocante.

No, no es que dude, abuela. Estoy seguro
de que estás en el cielo.

Pero ¿cómo es el cielo? Ese es mi apuro;
ese es, abuela, mi mayor anhelo:
ver algo claro en tema tan oscuro.

—

Que el alma nunca muere, es innegable;
que la tuya no ha muerto, indiscutible;
que premio ha merecido, indisputable;
que Dios se lo ha otorgado, indebatible;
y que en la gloria estás, incuestionable.

—

Pero dime, abuelita: ¿flota tu alma
en un mundo de espíritu, ó todo
en Dios se funde, y vive en santa calma
al dejar este lodo?
De hacérmelo saber ¿no encuentras modo?

—

¿Anda rondando tu alma en torno nuestro
ó del cielo es feliz en los palacios?
¿O es que del infinito en los espacios
sus loores entona al gran Maestro?
¿O es como un sueño eterno el mundo vuestro?

—

¿Ha encarnado quizá en cuerpo mezquino
y á vivir otra vida se prepara,
ó incorporada está en el ser divino
del que fué emanación noble y preclara
lanzada de este mundo en el camino?

¡Habla, abuelita! Busca la manera
de darme en esto gusto:
en una forma real, sea cualquiera
¡hazme saber que vives! No me asusto,
si tu fantasma al paso me saliera.

¡Las doce de la noche!... Esta es la hora
de las apariciones...
¡Calma, abuela, la sed que me devora
de saber, y, si puedes, haz girones
del ultra la cortina encubridora!

Suena un golpe á la puerta...
—¿Eres tú?— ¡Otro más fuerte!...
¿Es posible que llame así la muerte?
De verte, abuela, viva, estando muerta,
¿tendré yo la gran suerte?

Y los golpes redoblan... ¡Abuelita!
¿Eres tú, alma bendita?
¡Haz alguna señal, que tu presencia
conocer me permita,
y de que estás aquí tener conciencia!

—

¡Más golpes en las puertas!...
¡Chirridos en ventanas y balcones!...
¡Uno de esos ciclones
que arrancan chimeneas y cubiertas!...
¡Nada de apariciones!...

—

¡Abuelita, perdóname este empeño!
¿Qué es esta vida? ¡Nada, ó casi nada
ante la eternidad! Lo que mi sueño
perturba es la otra vida, la ignorada,
la que en tí ya es pasada.

—

Y de esa quiero que me digas algo;
lo bastante siquiera
para saber que ahí alguien me espera.
Si algo para tí valgo,
dime que te he de ver después que muera.

—

Con saber que el vivir tiene un mañana
me basta, siendo personal y eterno.
No temo al Purgatorio ni al infierno;
á mí lo que me asusta es el Nirvana,
y, ante problema tal, mi ciencia es vana.

Y tú puedes sacarme de estas dudas,
pues sabes ya lo que saber yo quiero.
La respuesta no eludas...
¡Nada!... ¡Todas las lenguas están mudas!
¡A tí apelo, Dios mío, y en tí espero!

Pero ¿qué? ¿qué pretendo? ¿qué, Dios mío?
¡Estoy loco! ¿No pido un imposible?
¿No es puro desvarío
empeñarse en que sienta lo insensible
y en que mis ojos vean lo invisible?

Si no tienes sentidos, abuelita,
¿cómo has de ver ni oír?... Si mis sentidos
olfato, vista, tacto, gusto, oídos
los fenómenos sólo que suscita
la materia perciben, y sonidos,

ni roces, ni colores,
ni sabores, ni olores,
tu alma emitir puede ¿qué pretendo?
¡Ay, abuelita, que hasta á Dios ofendo
garantías pidiendo á mis temores!

—

Vivimos en dos planos diferentes
sin comunicación. Por la materia
mi alma presa está; de esa miseria
está la tuya libre. Sus corrientes
sólo un milagro hará codependientes.

—

Si pudieras conmigo
entenderte, y hacer revelaciones
con tus apariciones
¿qué mérito en triunfar del enemigo
habría en mis continuas tentaciones?

—

Sólo salva la Fe. Mas ¿qué valdría
fe, que, sin venda, ve? Pues si yo viera
como pretendo ver, esa sería
la menguada fe mía:
¡una fe que no es Fe, y que me perdiera!

—

Acatemos los límites prescritos
á la Ciencia y la Fe; jamás dejemos
de luchar por saber más que sabemos;
mas, siempre salvadores y benditos,
de la Fe los dominios respetemos.

¡Descansa en paz, abuela! ¡No te turben
ya más mis imposibles pretensiones!
¡Creo en Dios! ¡Creo en tí! Tus oraciones
han de ayudarnos á que no perturben
nuestras almas las malas tentaciones.

La salvación eterna deseamos.
¡Espéranos, abuela!
Y, cuando de este mundo nos vayamos,
hacia nosotros vuela;
que, guiándonos tú, á la Gloria vamos.

(Madrid, 24-Febrero-1914).



41.-El 8 de Marzo...

¡á las urnas!

¡VIVA ESPAÑA!

¡A votar!... ¡A las urnas, ciudadanos!...
Si el patriotismo en vuestros pechos arde,
demostradlo votando, haciendo alarde
de que sabeis actuar de soberanos.

Hoy la suerte de España en vuestras manos
pone la ley. Mañana... ¡Será tarde!
Todo aquel que, ó apático ó cobarde,
no vote, traición hace á sus hermanos.

No es lícito abstenerse en la campaña.
Hoy se juega en España á vida ó muerte.
Contra quien «¡Maura, no!» grita con saña,
á España condenando á triste suerte,
votad que ¡MAURA, sí!, y vereis á España
de las urnas salir honrada y fuerte.

(Madrid, 7-Marzo-1914).



FERNANDO ARAUJO,

Poesías: SINTIENDO

1.-Una mañana de Abril. ⁽¹⁾

De Morfeo emancipado
levantéme una mañana;
y, sentándome á la orilla
de las murmurantes aguas
del Tormes, gocé sin cuento
del primor de la alborada;
ví, entre celajes de rosa,
de oro, púrpura y de nácar,
elevarse en el espacio
del sol la esfera encantada.
Anunciado por la aurora,
circundado de oro y grana,
espléndido y majestuoso
salió, besando en su marcha
del Tormes claro y tranquilo
las puras, rizadas aguas;
el claro azul de los cielos
ni una nube lo empañaba
y el céfiro manso y tibio
el alma regocijaba;
las parleras avecillas,
saltando de rama en rama,
se contaban sus pesares
y sus venturas cantaban,

(1) Registrando un día mis papeles, hallé entre ellos esta composición y la siguiente. Son de las más antiguas que conservo y me atrevo á pedir indulgencia para ellas, dada mi corta edad.

y, en plácida, alegre trova,
fiel trasunto de su alma,
sus amores y delicias
con elocuencia pintaban;
la tórtola, con arrullo,
su dulce amor demostraba;
el ruiseñor, armonioso,
con encantadora gracia,
en mil trinos seductores
su garganta ejercitaba;
y la verde yerbecilla,
por las flores matizada,
de céspedes ofrecía
doseles de verde y gualda;
el manso tierno Fabonio,
ayudado por las auras,
recogiendo los aromas
de las flores perfumadas,
con su blando y dulce soplo
el ambiente embalsamaba;
era aquello un paraíso,
el edén que sueña el alma;
era el purísimo goce
de primaveral mañana;
que convidaba al placer
y al amor nos invitaba;
que eternizar yo quisiera,
pero que se alejó ingrata.

(Tejares, 8-Abril-1870).



2.- Recuerdos de la infancia. (1)

(A mi querido amigo Carlos de Sena).

¡Inocente y dulce infancia;
de la vida primavera!
¡Cuán gustosa es tu hechicera,
venturosa delectancia!

Lejos del mundano ruido
y á sus pasiones ajeno,
siempre de encanto está lleno
tu candoroso descuido.

En tí los dolores pasan
cual pasa el trueno lejano;
tu placer es puro y sano;
tus planes nunca fracasan.

Eres de ilusión la edad,
edad de color de rosa;
en constancia, mariposa;
Diana en pudor y beldad.

(1) He preferido no variar nada. Véase la nota anterior.

¡Cuántas bellas ilusiones,
cuánta hermosa poesía
forjaba la fantasía!
¡Cuántas tiernas situaciones!

Mas; ¡ay, que la realidad,
dando luz á la razón,
desvaneció la ilusión
conservando la verdad!

Triste en verdad es la vida,
de mil escollos repleta;
no hay dicha en ella completa;
y, si hay alguna, es fingida.

Nace apenas la razón,
fórmase apenas el hombre,
y una sociedad sin nombre
le arranca toda ilusión.

¡La ilusión! que es nuestra vida,
nuestra segunda existencia.
¡La ilusión! que es Providencia
de nuestra alma dolorida.

¡Ah! deja que llore mi alma
sus ilusiones perdidas;
que al verlas desvanecidas
pierde la paz y la calma.

—

Deja que por mi semblante
ruede una lágrima amarga...
Es tributo que en descarga
concede mi alma á otro instante

—

A otro, que pasó, momento
de ventura y de delicia,
momento que aun acaricia
mi mente con sentimiento.

—

¡Cuán loco es el mundo todo!
¡Cuán miserable y mezquino,
cuán errado es el camino
que elige, y lleno de lodo!

—

Todos niños somos locos;
más locos, si somos hombres;
siempre locos, ¡no te asombres!
tantos locos son aun pocos.

—

Y la humanidad, entera
no es sino una gran demente,
locura eterna y viviente,
llena de odio y de químera.

—

Es...; mas dejemos un poco
esta larga digresión;
que, al querer ser de razón,
soy más que los locos loco.

—

¿Ves aquella plazoleta
que ante *el palacio* (1) se extiende?...
¡Cuántos recuerdos enciende
en mi mente viva é inquieta!

—

Ella mil juegos pueriles
presenció regocijada.
La sonrisa de mi amada
vió en más tranquilos Abriles.

—

Ante ella, en trémula mano
recibí en preciosa ofrenda
una rosa, que la prenda
fué de mi amor más temprano.

—

(1) El del Marqués de Villalcázar.

¿Y aquel risueño pasillo (1)
que más tarde el rudo fuego
consumió, sin oír el ruego
de mi corazón sencillo?

—

¡Ya no existe! Devorado
fué por las llamas impías.
¿Te acuerdas, Carlos, los días
que allí pasé regalado?

—

Dejemos, amigo Sena
todas estas remembranzas.
Y repleta de esperanzas
viva tu alma serena.

(Tejares, 21-Diciembre-1871).



(1) El molino de Tejares, propiedad del Marqués de Villalcázar, comunicaba por un *pasillo* del principal con la casa del administrador. El 16 de Agosto de 1871 fué todo devorado por el fuego á que hago alusión. Posteriormente ha sido restaurado.

3.-Barcarola. (1)

Surquemos, Felicia bella,
este piélago profundo,
sin dejar en este mundo
de nuestro paso la huella.

Vuela, vuela, mi bajel;
rice tus alas el viento,
siendo el mar y el firmamento
tu pavimento y dosel;

que, si quieres de tu andar
ver el gallardo reflejo,
no hallarás más claro espejo
que en el espejo del mar.

Vuela de tu amor en pos,
sin temor á la tormenta;
que, si ella viene cruenta,
volaremos hacia Dios.

Felicia, mi amada, ven;...
no temas las blancas olas
que son las olas corolas
del oceánico edén.

Ven, Felicia, ven á mí;
que, si el cielo es tu consuelo,
escalaremos el cielo
adorándonos allí.

(Salamanca, 24-Abril-1873).

(1) Esta es la primera poesía mía que vió la luz pública, en no recuerdo qué periódico de Salamanca.

4.-Las dos flores. (1)

—Marchita estás.

—Y tú, mustia...

—¿Por qué lloras?

—¿Qué te aqueja?...

—Yo sufro.

—Yo estoy muriendo.

—¿Qué te mata?

—Mi soberbia.

—Por ella sufro.

—Lo sé,

y eso el pesar me acrecienta:
soy orgullosa y no quise
que tú á mi lado te hirguieras,
porque temí enamoraras
á alguno con tu modestia,
y, dó encontraras un triunfo,
humillada yo me viera;
por eso alcé mi corola
envidiosa y altanera
sobre tu boca aromada,
para que aroma no dieras;
por eso tus bellos ojos
cubrí con tiniebla densa,
para que nadie dejara
en ellos su vida presa;
por eso tapé tu oído,

(1) Esta fué la primera poesia mia que se publicó en Madrid, en una hermosa Revista ilustrada titulada *El Bazar*.

para que el amor no oyeras...
Y apagué tu sonreír...
Y, aun no con eso contenta,
te ahogué en mis brazos un día...
Y, al matarte, quedé muerta.
—Dí, ¿quién eres, orgullosa?...
Díme, ¿quién eres, la déspota?...
—Soy la cabeza del hombre.
Sin tí, sin rumbo, en la senda
me perdí de lo ignorado
y allí, errando, vago inquieta;
encuentro allí tantas luces
que me ofuscan y me ciegan
que ni sé de donde vengo
ni dónde marchó siquiera.
Yo la culpa no he tenido
de haber nacido soberbia.
¿Por qué Dios que me dió el ser
me castiga sin clemencia?
Hiciérame de otro modo,
ó, si no, que no me hiciera.
—¡Calla!... ¡calla!... ¡no blasfemes!
No manches así tu lengua.
Yo te amparo, yo te sigo,
olvidando tu soberbia;
la que me ahogó entre sus brazos,
herguida mi frente apenas.
—¿Quién eres tú, florecilla
que tal sentimiento muestras;
siendo más grande que yo
en tu ignorada existencia?
—Soy el corazón.
—¡Bendito!

Corazón..., ¡bendito seas!
Sí, marchemos unidos...
Yo guiaré tu inocencia,
y tú... taparás mis ojos
cuando fantasmas ver crea.
—Sí, desde hoy viviremos
en unión la más estrecha
y así seremos felices
con tu ciencia y mi inocencia.

(Tejares, 1873).



5.-Madrigal.

Mariposa hechicera
que entre las flores rozagante giras
y su perfume aspiras
besando, zalamera,
su corola gentil, ¿por qué suspiras?
¿Por qué paras tu vuelo?
¿Por qué tus alas bellas
no tiendes presurosa al almo cielo?
—Porque unos negros ojos
hicieron de mis alas sus despojos.

(Tejares, 1874).



6.-¡Orad!

El céfiro os acaricia;
el amor
os otorga su favor;
la delicia
que anhelaís la conseguís.
¡Qué ventura
sentir del goce la hartura!
Pero ¿oís
el grito de la conciencia?
¡Escuchad!
A la divina clemencia
hay que dar gracias. ¡Orad!

—

Todo á llorar nos convida.
El amor
nos niega todo favor:
y la vida
como un castigo sufrís.
Y á la hartura
llegáis de la desventura.
¿No sentís
pensando en Dios un consuelo?
¡Esperad!
Será aquí ó será en el cielo;
pero ello ha de ser. ¡Orad!

7.-A Salamanca.

Abrid la historia... Artículo de gloria,
párrafo del saber... y de oro orlado.
Vereis un nombre augusto que en el mundo
vive querido.

Apartad el espeso cortinaje
del tiempo que pasó; con audaz diestra,
desgarrad ese velo misterioso
y mirad lo que oculta.

Agrupados vereis en tres colinas,
en tortuosos zig-zags, casas y templos
coronados de cúpulas y torres
y un río requebrarlas.

¡Mirad..., mirad! Bajo el romano puente
que sus arcos extiende majestuoso
aprisionando las rizadas ondas,
el Tormes se desliza.

Mirando allí á través de las edades,
vereis á varios reyes generosos
alzando un pedestal de eterno bronce
de oro guarnecido.

Trabajan con tesón; y en sus tareas,
ayúdanles los nobles y los sabios;
y hasta los Papas, á tan grande obra,
magnánimos concurren.

El pedestal magnífico adelanta
en su base depuestas mil coronas
y, de laurel á trechos serpeado
por preciosas diademas,

al fin se terminó. En su altiva cúspide
que, desafiando al tiempo, se alza al cielo,
los reyes colocaron una estatua
y á sus pies sus coronas.

Y, admirando el trabajo portentoso,
descubren la cabeza y se arrodillan,
gritando enajenados: «¡Salve, salve,
augusta Salamanca!»

Y, á este grito, que hinchó los corazones,
de uno al otro confin el mundo entero
himno triunfal á Salamanca entona,
su grandeza cantando.

Mas ¡ay! que fué su gloria tan inmensa
que sus hombros gimieron á su peso
y el sudor empapó su frente augusta,
á la tierra inclinada.

Todo es perecedero en este mundo,
nada de mano de hombre es subsistente
y todo con el tiempo se derrumba
convertido en recuerdo.

Tú también, Salamanca veneranda,
has sucumbido como tantas otras...
y sólo vives ya en algunos pechos
que idolatran tu nombre.

También el huracán las verdes hojas
de tu corona marchitó y deshizo;
y, desgarrando tu sagrada veste,
redújola á cenizas.

Girones sólo existen de aquel manto
que cobijó en sus pliegues á los reyes;
pero, aun girones,... ni por un Imperio
cambiáranlos tus hijos.

¡Salamanca!... ¡mi patria!... Triste lloro
al contemplar tus quejumbrosas ruinas,
al ver cómo esa frente al suelo bajas
que los años arrugan.

Fuiste la norma de los sabios todos,
fuiste envidiada por el mundo entero,
y tu mágico acento se imponía
cual si oráculo fuera.

¿Dó está, pequeña Atenas, tu grandeza?
¿Dónde está tu esplendor; dónde, tu gloria?
¿Es posible que todo haya pasado
para no volver más?

Aquí un templo existió y allí un palacio;
allí, plaza; aquí, fuente; allá, un colegio.
Tu manto augusto enseña mil girones;
¡pero aun el manto existe!

Ese escombros magnífico,... aun escombros,
esas ruinas que alientan,... aunque muertas,
esas momias ya frías del pasado
por tí en el mundo abogan.

¡No llores, no!; que de matrona el pecho
es valiente y sufrido y confiado...
¡No llores,... no!... ¡mi patria!, que aún te quedan
mil hijos que te adoran.

Alza tu frente al tachonado espacio;
tus ojos tiende al tachonado cielo;
y grabada verás en esmeraldas
esta palabra: «¡ESPERA!»

¡Espera, Salamanca! y nunca en vano
esperarás; que el cielo lo asegura;
y al recorrer el mundo sus destinos
otra vez serás grande.

Y pedestal será tu antigua gloria
de tu gloria futura; no lo dudes.
¡Espera,... sí,... ten fe! ¡Fe, madre mía
en tus hijos leales!

Alzaránse tus templos derruidos,
rayos quebrando de los astros bellos
los chapiteles de tus altas torres
que con las nubes luchan.

Tornarán á postrarse en tus altares,
llenando de las naves las crujías,
miles de fieles que orarán al cielo
por tí, madre adorada.

Tornarán á tus cátedras desiertas
los sabios profesores que pasaron;
y juventud amante del estudio
les oirá fervorosa.

Todo, sí, todo volverá. Confía
¡oh Salamanca! en tu futura gloria.
¡Cuando se tiene un nombre como el tuyo,
nunca se muere!

(Salamanca, 1.º-Agosto-1875).



8.-A tí.

(EN UN ALBUM)

Niña de los labios rojos,
¿por qué me miras así?
¿no ves escrito en mis ojos
que sólo te adoro á tí?

(Salamanca, 25-Junio-1875).



9.-Contraste.

(EN UN ALBUM)

I

¡Madre..., estoy en el Edén!
No vengas..., no me haces falta.

II

¡El infierno!... Se me salta
el corazón... ¡Madre, ven!

(Salamanca, 25-Julio-1875).

10.-Lo que no sé.

No sé si es luz lo que brilla;
no sé si es sombra lo negro;
pues brilla lo negro á veces
y lo brillante es muy negro.
¡Ay! que es noche mi esperanza
del día de mis recuerdos.

(Salamanca, 25-Julio-1875).



11.-Luz y sombra.

I

Cuando, entre hermoso celaje,
sale ataviada la aurora,
ocultando tras su encaje
el misterioso carruaje
del sol que su frente dora;



cuando, sin gasa ni tul
que empañe el bello arrebol,
se alza esplendoroso el sol,
semejando en el azul
de oro encendido crisol;



cuando el crepúsculo arde
con tibia llama indecisa
allá... al morir de la tarde,
lanzando incierta y cobarde
su postrimera sonrisa;

—

todo nuestra vista alhaga,
el universo sonríe,
la dicha por todo vaga
y el dulce placer deslfe
con que nuestra alma se embriaga.

—

Aquí es una flor que brota
abriendo el casto capullo;
oye allí graciosa nota...
Como el amoroso arrullo
que en el éter almo flota.

—

Allí escucha una sonrisa
que vaga en el bosque umbrío...
es el soplo de la brisa
que enjuga en la flor sumisa
las lágrimas del rocío.

—

Allí ve un rayo amoroso
que se quiebra en un capullo

y del raudal cadencioso
escucha el dulce murmullo
requiebrando al prado hermoso.

—

Ve á la virgen pudorosa
envuelta en blancos cendales
alzar su frente graciosa,
pasión latiendo amorosa
en sus pechos virginales.

—

Y ve el despertar del niño
que agita su blanco lecho,
y, en gracioso desaliño,
busca el maternal cariño,
de infantil amor deshecho.

—

Ve la luz que le rodea
y le envuelve en ígneo manto.
Entonces cree,... desea,...
Siente,... trabaja,... ama,... crea...
¡El vivir es un encanto!

.....

II

Cuando el sol desaparece
como el lánguido desmayo,

y en el poniente fenece
lento su postrero rayo
que en las olas se estremece;

—

cuando fantástica sombra
matizada de negroses
borra todos los colores,
cual si tendiera una alfombra
á la muerte y sus horrores;

—

cuando todo palidece,
cuando todo se ennegrece,
cuando el mundo es una tumba
y sólo el viento que zumba
nos dice que aun se padece;

—

todo nuestra vista apena,
todo de pavor nos llena,
la tristeza nos embriaga
y el mundo es un alma en pena
que entre las tinieblas vaga.

—

Nada se ve... Se presiente
que la flor cierra su broche,

vertiendo lágrima ardiente,
al notar que al sol ausente
ha reemplazado la noche.

Se escuchan hondos gemidos
allá,... en la negra espesura...
Son los ayes doloridos
que exhalan al ser batidos
los árboles, con tristura.

Vense sombras sepulcrales
en el negro cementerio
alzar sus losas fatales...
y, en silencioso misterio,
blandir agudos puñales;

luégo, juntarse sin ruido;...
darse repugnantes besos;...
después, rodar pavoridos,
chocando los negros huesos
con los sepulcros hendidos.

Vense los campos desiertos;...
vense las calles desiertas;...

sólo las tumbas abiertas
pueblan el mundo de muertos
que muestran sus facés yertas.

—

Entonces nos sobrecoge
de lo misterioso el miedo
y nuestro ánimo se encoge...
y á aquel misterio se acoge,
quizá murmurando un credo.

—

Sólo tinieblas hallamos
que el corazón nos oprimen...
Usar de la vida ansiamos
y de la vida no usamos,
cual si el vivir fuera crimen.

.....

.....

III

La aurora,... el día,... la noche,...
la vida así está formada;
flor por el llanto regada,
de desengaños derroche
que nos vuelven á la nada.

—

Cuando en la luz habitamos,
vivimos,... aunque lloramos;
cuando en tinieblas vivimos,
hacia el sepulcro avanzamos
y, aunque lloramos,... morimos.

.....
.....

(Salamanca, 1875-San Juan de Luz, 1906).



12. - ¡Allah! ¡Akbar!

Por las montañas del Líbano
corre presuroso Omar
porque su madre está enferma
y Omar la quiere salvar.
Por eso repite siempre
«¡Allah akbar!... ¡Allah!... ¡Allah akbar!»

—

Y cruza una horrible cresta,
y un abismo deja atrás;
y no escucha el lililí
que le llama á pelear;
y anda, y salta, y corre; y vuela
siempre gritando: *«¡Allah Akbar!»*

—

Y una planta le detiene:
—¡Omar!, dice, ¡basta ya!
yo te prestaré el elixir
que cure su enfermedad...
y él corre sin escucharla
siempre exclamando: «¡Allah Akbar!»

—

Y avanza por la espesura,
y salta sobre un volcán,
y vuela sobre una sima;
y ya, no pudiendo más,
cae al suelo desmayado,
aún murmurando: «¡Allah akbar!»

—

Se incorpora y ve á la Ciencia
que le dice:—¡Basta ya!
yo aliviaré sus dolores;
ten fe en mí; se curará...
Y Omar, á su fe atenido,
sigue diciendo: «¡Allah akbar!»

—

Y corre más. La mezquita
de La Meca encuentra ya;
entra en ella sin alientos;
quiere un momento rezar
y sólo en ronco gemido
dice al morir: «¡Allah akbar!»

—

Entra en el cielo su alma
y allí en hurí angelical
á su madre reconoce
que le acude á consolar;
y, al abrazarse los dos,
ambos exclaman: *¡Allah akbar!*

(Salamanca, 1875.—Lourdes, 1906).



13.-Un beso.

¡Amor!... mística palabra
de contenido sublime,
que, aunque del dolor redime,
también la desdicha labra
del alma que de amor gime.

—

Flor del alma que la hoja
abre al sol de la esperanza
y á la que el viento despoja...
trocando en negra congoja
la esperada bienandanza.

—

Sonrisa que al cielo sube
cual un hermoso querube...
y, antes de que llegue al cielo,

la convierte negra nube
en llanto de desconsuelo.

—

Gota pura de rocío
que, al trocarse en vapor leve,
una corriente de frío,
arrastrándola al vacío,
la vuelve copo de nieve.

—

Y el beso ¿qué es?... El amor
encerrado en el placer...
Es del fuego abrasador
en que arden hombre y mujer
el soplo fomentador.

—

¡El beso! Chispa que inflama
dos corazones amantes
á los que funde en su llama,
el alma que se derrama
por los labios humeantes.

—

Misterioso talismán
que hace arder al mismo hielo...
soplo de fiero huracán
que hace arrojar al volcán
de amor lavas hasta el cielo.

—

En el hombre es dulce goce
que le colma de placer
y que le hace á veces ser,
si sus deberes conoce,
esclavo de su deber.

—

En la mujer es la nota,
siempre impresa en su mejilla,
que, si en la esposa no humilla
cuando del esposo brota,
en la doncella, mancilla.

—

¡Mujer!... Aunque tu embeleso
sea el beso, oye con calma:
jamás otorgues un beso;
pues casi siempre por eso
se pierde el cuerpo y el alma.

(Salamanca, 1875.—Santander, 1903).



14.-Al sol.

En alas yo quisiera del ambiente
cruzar el éter que tus rayos dora;
y veloz, cual la lumbre de la aurora,
del mundo huyendo el infernal torrente,
llegar volando á tu volcán hirviente,
abrasarme en tu luz deslumbradora,

y morir en la llama abrasadora
que irradia de tu trono refulgente.

Tu calor es la fuente de la vida;
sin tu luz no existiera la belleza.
¡Oh símbolo del Dios á quien adoro!

Llévame de esta tierra fementida;
y, antes que sepultarme en su corteza,
muera yo envuelto entre tu polvo de oro.

(Salamanca, 1875.—Lourdes, 1906).



15.-¡Pan!

En este revuelto mundo
en que todo es discordancia
y es constancia la inconstancia
que hace estéril lo fecundo;
en este caos profundo
en que los hombres están,
es unánime el afán
en que todos coinciden
cuando á una voz todos piden,
á Dios ó al demonio, pan.

Lo necesita fecundo
el mismo genio, eslabón
de la eterna evolución
por que va pasando el mundo.
¡Quién sabe si, del profundo

abismo en que en su alma están
las ideas, el imán
que ha de atraerlas, la vida
se ve extraviada ó perdida
por la carencia de pan.

Pan pide el artista honrado
que trabaja con tesón;
pan demanda en triste son
el mendigo desgraciado;
pan, el niño abandonado;
pan, con tímido ademán,
la anciana; y revueltos van,
en eterna procesión,
todos, sin una excepción,
pidiendo y gritando «¡pan!»

Sin pan, la vida se acaba;
sin pan, el genio no existe;
sin pan, la alegría es triste
y, sin pan, lo libre es traba;
sin pan, el alma es esclava;
sin pan, es pobre el sultán;
sin pan, la vida es afán;
sin pan, oscura es la luz...
¡Es muy pesada la cruz
de nuestra vida, sin pan!

Si quereis que el hombre sea,
si quereis que el genio exista,
si ansiais recrear la vista
en los campos de la idea,
mi alma se lisonjea
de que todos calmarán
del ambriento el triste afán.
Tengo en ello ardiente fe...
¡Bendito siempre quien dé,
á quien le haga falta, pan!

(Salamanca, 1875.—Argelés, 1906).



16.-El amor.

Sentir el infinito, morir loco de dicha,
sentir sed insaciable y siempre desear;
dudar por nada siempre, creyendo siempre en
[todo;
desesperar por nada y en todo confiar.



La fe más grande y ciega envuelta en descon-
[fianza;
la luz entre las sombras, las sombras en la luz;
el fuego entre la nieve; la mezcla indefinible
de hiel y dulce acíbar; el diablo con la cruz.



Un sufrimiento eterno en un gozo infinito;
vivir estando muerto, y, tras vivir, morir;
el cielo en el infierno; gozo, pesar, ventura,
dolor, dicha, tristeza, placer en el sufrir.

Un alma que se sale en busca de otra alma;
la muerte persiguiendo fantástica ilusión;
soñar en pleno día; alzar templo bendito
al ser que se idolatra en nuestro corazón.

Luchar con lo imposible, vencer lo insuperable,
de un solo instante haciendo toda una eternidad;
guardar en nuestro pecho, que es átomo finito,
lo grande, lo infinito, la luz, la inmensidad.

De una mujer un angel hacer en nuestros sue-
[ños;
del angel, lo infinito; de lo infinito, Dios;
rendir culto á una idea que llena toda el alma,
que niega que otra alguna vaya ni antes ni en pos.

La locura, el delirio en una mente sana;
el frenesí en la calma, el gozo en el dolor;
lo grande, lo infinito, lo inmenso é incomprensi-
[ble,
lo *sublime*... todo eso se encierra en el amor.

(Salamanca, 1875).

17. - ¡A ellos!

(Himno, en el aniversario del 2 de Mayo de 1808).

CORO

Lanza en ristre, la espada en la mano,
¡Sus! ¡A ellos! ¡Rugientes volad!
¡A ellos! ¡Hurra! ¡Su nombre villano
entre ruinas y sangre anegad!

ESTROFAS

¡Españoles, retumbe de alarma
ronco grito del Golfo al Peñón;
empuñad vigorosos un arma
y corred á salvar la nación.
No penseis en dormir en un lecho,
no penseis en familia ni hogar,
salte hirviendo la sangre en el pecho
y la patria corred á salvar.

—

Lanza en ristre, la espada en la mano, etc.

—

¿No sabeis, no sabeis? Nuestra España
gime y llora por negra traición...
¡Fué en Madrid, fué en Madrid! Sangre baña
nuestra patria y se niega el perdón.

¿No escuchais, no escuchais? Es el grito
que retiembla del alma al brotar.
¡Guerra á muerte! ¡Venganza! ¡Maldito
quien á España pretenda humillar!

Lanza en ristre, la espada en la mano, etc.

¡Sangre, sangre, rebose del suelo!
¡Sangre, sangre que corra hasta el mar!
¡Sangre, sangre que llegue hasta el cielo!
¡Hay que en sangre la afrenta lavar!
¡Hurra, hurra y al viento las capas!
¡Armas, armas! ¡A morir y á matar!
Y bendice el morir si te empapas
en la sangre enemiga al rodar.

Lanza en ristre, la espada en la mano, etc.

¡Guerra! ¡Guerra y venganza! ¡Adelante!
Huelle el casco del bruto la mies...
Arda todo; y que el corso arrogante
humillado se vea á tus pies.
Si es preciso labrar una mina

que haga á España en pedazos saltar,
salte España, si logra en su ruina
su enemigo deshecho dejar.

Lanza en ristre, la espada en la mano
¡Sus! ¡A ellos! ¡Rugientes volad!
¡A ellos! ¡Hurra! ¡Su nombre villano
entre ruinas y sangre anegad!

(Salamanca, 2-Mayo-1875).



18.-Al Tormes.

Allí, cabe tu orilla murmurante
que entre prados y huertas se desliza,
aspirando anhelante
del aura el soplo que tus aguas riza;
por tus plácidas márgenes risueñas
bordadas de poblados y de aceñas;
en Salamanca, la pequeña Roma,
en Santibáñez con sus pardas breñas;
en Tejares que á tu álveo se asoma;
por el Zurguén de céspedes orlado,
por la chopera de álamos vestida,
por la Salud en peñas escondida,
por el Marín en cumbres emboscado;
siguiendo el arroyuelo
que forma el manantial de los Pastores,
aljofarando céspedes y flores

y reflejando el azulado cielo,
hasta infundir su linfa en tu corriente,
del tomillo impregnada en la fragancia,
pasó dulce mi infancia,
ya oyendo sonriente
las trovas que diriges placentero
á las flores que inclinan sus corolas
sobre tus leves olas,
ya el canto del jilguero
que te ensalza en trinadas barcarolas.

Allí, escuchando tu gentil murmullo
ó el gorjeo amoroso
del ruiñeñor que vaga en tus riberas,
ó el ardoroso arrullo
de tórtolas amantes y parleras;
oyendo los suspiros de las auras
que requebrando pasan á las flores;
contemplando los mágicos colores
de las flores galanas
que todas las mañanas
lágrimas puras vierten de rocío;
sobre el césped sentado, limpio y blando,
esperé yo temblando
del ángel de ventura dueño mío
el «sí» por el que estaba suspirando.

¡Ella!... el ángel divino de mi ensueño.
¡Ella!... ilusión hermosa de mi vida.
¡Ella!... mi dulce dueño.

¡Ella!... reina querida
de mi alma enajenada,
y de mi vida faro...
¡Ella me dió á tu orilla, Tormes claro,
el «sí» más dulce de su boca amada!

—

¡Ella!... la virgen de marmóreo cuello,
á la que alzaba en amoroso canto
plegaria fervorosa.
¡Ella!... mi blanca y adorada diosa
cuyo divino manto
parecía robado de tu espuma.
¡Ella!... disipadora de la bruma
que envolvía, enfriándola, mi alma...
La más esbelta palma
del oasis feliz de mi existencia
caer me hizo de hinojos
junto á tu orilla plácida escondida
llevándose mi alma tras sus ojos.

—

Aquí la dije de mi amor ardiente
la intensidad, el fuego;
allí, con blando ruego,
me hizo jurarla adoración ferviente;
aquí, Tormes, tus aguas cristalinas
besaron su ondulante cabellera;
de tu orilla en la alfombra,
so el árbol que del ave vocinglera
sostiene el blando nido,
buscamos dulce sombra,

huyendo siempre el mundanal ruido;
allí la huella se imprimió segura
leve de mi adorada;
aquí formamos planes de ventura;
allá vimos la luz de la alborada.

A veces el placer nos sonreía,
á veces el dolor nos laceraba;
pues no siempre tranquilo se veía
el cielo en que nuestra alma navegaba.
Ella enjugaba el llanto de mis ojos;
yo recogía en su mejilla ardiente
de perlas los despojos
que el dolor la arrancaba alevemente,
y el amor prontamente
convertía en contentos los enojos.

¡Ah, Tormes cristalino,
cuántos goces purísimos te debo!
Cuando de tu agua bebo,
de recuerdos evoco un torbellino:
mis juegos infantiles,
mis primeros amores,
mis errancias pueriles,
mis primeros dolores,
todas las mil delicias,
encantos y caricias,
ilusiones y ensueños
que encierran las primicias
de la existencia de toda alma humana,

tú las viste nacer, porque á tu lado,
tarde, noche y mañana,
días enteros que ¡ay de mí! ya han sido
he reído y llorado,
he gozado y sufrido.
¡Oh, Tormes! En las luchas de mi alma,
el cielo y tú representais la calma
y sois imagen fiel de nuestra vida,
allí turbada por tormenta horrible,
aquí anegada en súbita avenida,
y luégo discurriendo mansamente
por la órbita ó el cauce incommovible
que liga lo pasado á lo presente.

(Salamanca, 14-Mayo-1875.—Babilafuente, 1906).



19.-La flor de mi esperanza.

Como la luz brillante de esplendoroso día
que entre nácares surge y al espacio se lanza,
las sombras disipando de toda masa umbría,
¡así nació triunfante, radiante de alegría
la flor de mi esperanza!



Como la luz opaca que marcha al Occidente
llevando á otro hemisferio calor y bienandanza,
dejando sólo sombras y nubes en Oriente,
¡así murió marchita, exámine y doliente
la flor de mi esperanza!

(Salamanca, 1876.—Pau, 1905).

20.-¡Siempre tú!

De la aurora en los trémulos celajes,
del crepúsculo espléndido en el tul,
del sol en los fantásticos encajes
tejidos por las auras con follajes...
¡allí estás tú!

De la gallarda rosa en el capullo,
del estrellado cielo en el azul,
de la fuente en el plácido murmullo,
de la blanca paloma en el arrullo...
¡allí estás tú!

En la indecisa forma de la nube,
en la vibrante nota del laud,
en la dulce sonrisa del querube
que hasta el trono de Dios graciosa sube...
¡allí estás tú!

Del alba en los nacáreos arreboles,
del astro rey en la fulgente luz,
del ocaso en los rojos tornasoles,
de la noche en la luna y en los soles...
¡allí estás tú!

En el blando susurro de las hojas,
en el soplo abrasado del simún,
de la tórtola amante en las congojas,
del sol poniente en las cortinas rojas...
¡allí estás tú!

—

En el aroma grato de las flores,
en el que exhala siempre la virtud,
del iris en los mágicos colores,
de la estrella en los claros resplandores...
¡allí estás tú!

—

En todo lo que encanta ó nos asombra:
de la sierra en la nívea excelsitud,
de la pradera en la esmaltada alfombra,
de la espesura en la miedosa sombra...
¡allí estás tú!

—

En el gentil cimbreo de la palma,
en el rodar del impaciente alud;
y aquí... donde, perdida toda calma,
de amor en el volcán hierve mi alma...
¡aquí estás tú!

—

Y ese es, sin duda, mi feliz destino
que á Dios me obliga á dulce gratitud:
doquiera que mis pasos encamino,
en lo grande, en lo bello, en lo divino,
verte yo y estar tú...
¡Doquier y siempre tú!

(Salamanca, 1876.—Argelés, 1906).



21.-En crescendo.

Ser la lágrima yo quisiera ardiente
que en tus pupilas brilla,
para el fuego de amor que mi alma siente
depositar ardiente en tu mejilla.

O de tu madre el labio
para robarte un beso,
venganza dulce de olvidado agravio,
ó perdón dulce de reciente exceso...

O el espejo que límpido perfila
tu faz enamorada,
para hundir mi pupila en tu pupila,
para hundir mi mirada en tu mirada...

O el encaje movido por la brisa,
para besar, en loco desenfreno,
en medio del edén de tu sonrisa,
los nácares turgentes de tu seno...

O la linda guirnalda,
ó el artístico lazo
que los pliegues adorna de tu falda
para morir de dicha en tu regazo...

O ser la nivea Holanda de tu lecho
que vela tus encantos virginales,
para dejar sobre tu ebúrneo pecho
de mi amor desbordarse los raudales...

(Salamanca, 1877).



22.-¡Más!!!

¿Y dudas de mi amor? Si yo te adoro
más que el salado mar la fina arena,
más que el avaro adora su tesoro
y el místico el dolor que le enajena,

—

Más que la sombra misma,
en sus grises matices empañados,
de la luz los misterios revelados
en los siete relámpagos del prisma...

—

Más que el pájaro el nido,
más que el tiempo del mundo la mudanza,
más que el aire el sonido,
más que la fe idolatra á la esperanza.

—

Más que el llanto á los ojos,
más que la sangre la viviente arteria,
más que los labios los matices rojos,
mucho más que el espacio la materia.

¡No dudes de mi amor,... no, vida mía!
Porque mi pecho te ama
más que el genio á la ardiente fantasía
que en él enciende inspiradora llama.

Más que la forma al fondo,
más que la vida el movimiento mismo,
más que el abismo lo hondo,
más que á Jesús adora el cristianismo.

Más que al vapor la caldeada gota,
que el proscrito á su aldea,
que la tierra la atmósfera en que flota,
ó que la mente á la instantánea idea.

Más que la eternidad ama el reposo,
más que el yo al egoismo
y más que á la virtud ama el virtuoso
y mucho más que el angel á Dios mismo...

(Salamanca, 1878).

23.-Nubes de verano.

De una tarde estival el bello cielo
parda nube, de súbito, oscurece;
y apenas extendido el pardo velo,
súbito desaparece.

—

Así las tempestades que en el alma
el amor estallar hace tirano,
para volver de súbito á la calma,
son... nubes de verano.

(Alba de Tormes, 1877).



24.-¡Con ella!

¡Con ella! ¡Estar con ella!... No mirarla
con los ojos cerrados sino abiertos
cuanto puedan estarlo... Contemplarla
no cual la sombra que el cariño evoca
en el fingido espacio de la mente
sino cual un ser real, que realmente
se percibe y se ve y se oye y se toca...
¡Con ella! ¡Estar con ella!... En su pupila
que un mundo de placer y amor refleja,
y ternura destila,
mis miradas hundir,... y hasta su alma
penetrar con mis ojos... ¡oh! no hay calma

ante imágenes tales de ventura
para inclinar la frente, y de la ausencia
soportar la amargura.

¡No!... ¡No es posible detenerse... y nada
me detendrá!... ¡Volemos, alma mía!

¡La voy á ver, la voy á ver! ¡Cuán bella
oiremos de su voz la melodía...

¡Su voz! ¡La voz de ella!

¿Te acuerdas? ¿No te acuerdas del tesoro
de cariño que había en su «te adoro»?

¡Volveremos á oirlo!

Antes, sus cartas eran mi consuelo;
pobre medio, en verdad, que, tras el velo
de la palabra rígida, incolora,
un pensamiento oculta y petrifica
que sólo está en el alma del que adora
y en sus ojos y voz se significa,
sin que la carta, en su bondad extrema,
pueda otra cosa ser, y es cosa grande,
que frío esbozo de tan gran poema
¡No habrá más cartas ya!... Su misma boca,
sus ojos mismos me dirán fielmente
todo el cariño que su pecho siente.

¡Volemos! ¡Oh! ¡Volemos!

¡Me mata la impaciencia!

¡El vivir... no es vivir mientras la ausencia!

(Coruña, 1878).



25.-¡No verte!

¡No verte! No sentir embriagadora
tu mirada en mis ojos, alma mía,
ni escuchar la dulcísima armonía
de tu voz seductora,
al decir con amor sin semejanza:
«¡tú eres mi bien, mi dicha, mi esperanza!»

.....

Pero ¿á qué me lamento,
si con eso no alivio mi tormento?
Para el dolor de ausencia,
sólo existe un remedio: la presencia.

(Coruña, 1878).



26.-Nubecillas.

(A la Srta. F. G. P.)

¿Qué miro, niña bella?—En tu mejilla
una lágrima brilla...

Rojos, rojos
están tus negros ojos
de llorar.

¿Sufres? Dí... ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?
¡Oh! Díme tu pesar.

—

¿Que has dudado de mí?... ¡Tú, vida mía!
¡Oh! Vuelve á tu alegría,
mi tesoro...
¿No ves lo que te adoro?
¡Basta ya!
¡Nunca dudes de mí! Tuya es mi alma
y siempre lo será.

(Coruña, 27-Septiembre-1878).



27.-A Don Juan de Dios de la Rada y Delgado.

(EPÍSTOLA BILINGÜE)

Mi muy respetable amigo:
Pardonnez, si je vous gêne;
si os molesto, es Dios testigo
de qu'il me coûte grand' peine.

En epístola bilingüe,
je veux vous ouvrir mon cœur;
y, si no la hago trilingüe,
c'est qu'il est trop de couleur.

—
Usted mismo se hace cargo
de tout ce que je puis craindre;
pero es tanto, sin embargo,
le désir que j'ai d'attendre

de mis trabajos el premio
(je hasarde à ce jeu tout)
que usted sabe que le apremio
pour voir si j'aurai l'atout.

Yo, mi Don Juan de mi alma,
je ne déjeune ni dîne
ni con gusto ni con calma;
cette attente m'assassine.

La terrible incertidumbre,
où je me trouve plongé,
me da cada pesadumbre...
¡Helas! si vous le saviez...

Si duermo, sueño enemigos
qui vont partout me voler,
y que, con cara de amigos,
prétendent me poignarder.

Veo complats y conjuras,
des fantômes et des diables
haciendo dos mil diabluras
vraiment inqualifiables.

Y escucho infames relatos
dignes du plus vil tableau.
En fin... que paso unos ratos
qu'au diable j'en fais cadeau.

Por fortuna, tengo fe
dans mes juges, et je crois
que no han de acatar, lo sé,
hors leur devoir, d'autres lois.

Tengo fe en su rectitud,
dans leur justice je fie;
mas no cesa mi inquietud
et sous son fardeau je plie.

Y ni como con sosiego
ni je dors sans cauchemar;
y de la vida reniego,
bien accablé de son fard.

Que quien del trabajo vive
frémit tout s'il peut penser
que hay alguien que se desvive
pour faire sou fruit avorter.

No digo más: quiera el cielo
votre conscience éclairer
descorriendo todo velo
qui puisse la fourvoyer.

Y Dios quiera al tribunal
donner le flambeau divin
apartándole del mal
en jugeant notre destin.

¡Quiera Dios pronto librarnos
de cet horrible supplice!
¡Plegue al cielo que, al juzgarnos,
votre arrêt me soit propice!

(Madrid, 27-Marzo-1887).

P. S.—Quisiera una confidencia
vous faire, ¿me le permetez?
Tengo ilusión por Valencia.
Je crois que j'ai dit assez.

(13-Mayo-1889).



28.-Entre niña y mujer.

(A la bella y discreta «Colombine»).

Sobre torso de espléndidos perfiles,
su cabeza, de líneas ideales,
luce gracias y encantos á raudales,
envidia de pinceles y buriles.

El candor celestial de quince abriles
corre por sus arterias virginales,
tiñendo de azucenas y corales
sus palpitantes carnes juveniles.

Sin conocer de amor el delecteo
surge ardiente en su pecho el ansia loca
de amar y de gozar, y aquel deseo

en sus ensueños de virgen la sofoca
cuando entregada en brazos de Morfeo
siente en su boca el beso de otra boca.

(Puebla de Montalbán, Junio-1895).

29.-Instantánea.

Gallardo torso de perfil turgente,
garganta ebúrnea de nacáreos tonos,
rasgada boca de purpúreos labios,
nido de amores.

—

Divinos ojos que en la sangre encienden
locos deseos de insaciables goces,
cuando se entornan tras sedoso velo
rayos lanzando.

—

Cabellos rubios en revueltos rizos
coronan áureos su graciosa frente,
formando al busto con cascadas de oro
marco adorable.

(Madrid, 24-Sept.-1900).

eww

30.-Homenaje á Bretón.

I

¡Miremos hacia atrás!—Allá en Castilla,
coronada de cúpulas y torres,
del cristalino Tormes á la orilla,
rebozada en el manto de su historia
que al artista y al sabio aplauso arranca,

hiérguese altiva, cual matrona augusta,
ostentando los timbres de su gloria,
nuestra grande y querida Salamanca.

Allí, en humilde hogar y en pobre cuna,
creció Tomás Bretón, ser desvalido,
á quien quiso Fortuna,
al par que le negaba otro tesoro,
dotar de un alma grande cual ninguna
y un corazón de oro,
para luégo atrevida
lanzarle, sin más armas que su genio,
á la tremenda lucha por la vida.

II

¡Miremos alrededor!—Vedle arrogante,
tras la lucha tremenda,
ostentando triunfante
el laurel conquistado en la contienda.
Estaba su camino
erizado de obstáculos sin cuento
y todos los venció, siempre dejando
pedazos de su alma en el intento
de luchar frente á frente y avanzando,
sin servirse jamás de armas innobles
ni acudiendo jamás á vil intriga,
y siempre tropezando
con su eterna enemiga:
la envidia ruin, cobarde y venenosa
que, al acecho rastrero
de un descuido cualquier, lo aprovechaba,
sin acordarse de que el mismo Homero
á veces,—¿no era un hombre?—dormitaba.

III

¡Miremos adelante!—Ya tu nombre
coronado de gloria
ha de pasar, con inmortal renombre,
lo quiera ó no lo quiera
tu enemiga rastrera,
á las páginas de oro de la historia.
Ya puedes la perfidia
y el arañazo necio
de la cobarde envidia
doquier desafiar con tu desprecio.
Tu fama se cimenta
en inmortal labor de luengos años,
que por propios y extraños
con elogios sin tasa se comenta,
estando tus vergeles
rebosando de palmas y laureles.
—Ya no debes hallar en tu camino,
en lo que pueden alcanzar los ojos,
las espinas y abrojos
con que gustó probarte tu destino.
Sólo triunfos y gloria
te tiene reservados ya la historia,
merecido agasajo
á tu perenne fe y á tu hidalguía;
sin voz diciendo con la débil mía:
¡Gloria á Bretón, el hijo del trabajo!

(Madrid, 4 Febrero 1900).



31.-En la cima.

(En memoria del 50.º aniversario
de mi nacimiento).

Nada te turbe;
todo se pasa;
quien á Dios tiene
nada le falta.

(Santa Teresa de Jesús).

Hoy cumplo cincuenta años... En la cima
de la existencia estoy... ¡Gracias, Dios mío!...
De frente veo la tremenda sima
por donde ha de rodar mi cuerpo frío
tornando lodo á ser, ceniza... ¡nada!,
mientras mi alma recurre á tu clemencia
pidiendo dulcifique la sentencia
 contra ella pronunciada;
y á mi espalda descubro el hondo abismo
en donde al barro de que fuí formado
un alma se juntó y surgí yo mismo:
dos pendientes en ángulo: el pasado
y el porvenir; aquel, resplandeciente;
 y éste, sumido en nieblas;
y, en la cúspide, yo, por la pendiente
obligado á bajar entre tinieblas,
pues ya retroceder es imposible
y pararse también, forzoso siendo,
llegado donde estoy, ir descendiendo.

Nunca soñé que á tan excelsa cumbre
pudiera yo llegar. ¡Cuántos he visto,

que conmigo emprendieron el viaje
con mejor equipaje,
á mi lado caer... ¡son muchedumbre!
¡Todos se hundieron mientras yo subsisto!
¿Cómo no agradecer favor tamaño?
No faltará quien diga que la vida,
continuo desengaño,
no debe ser por nadie agradecida,
pues la dan sin pedirla y ¡no hay remedio!
no queda otro recurso
que aceptar sus dolores y su tedio.

Quédese tal discurso
(que en muchas almas hace grave daño)
para el que crea que la vida es goce
y, al tener que sufrir, se llame á engaño.
No: la vida es trabajo, lucha, duelo...
quien no la juzgue así no la conoce
y vive equivocado en este suelo.
Hay que tener la boca hecha una fragua
y sufrir de la sed el soplo ardiente,
para apreciar el goce que se siente
al beber con fruición un vaso de agua.
Hay que sentir el pecho desgarrado
por la tos que nos deja sin aliento,
para gustar del plácido momento
en que el pecho respira desahogado.
Hay que sentir el frío de la muerte
congelarnos la sangre en las arterias,
para apreciar la venturosa suerte
del que vive, aunque viva entre miserias.
No hay nada comparable, nada, nada
al placer de vivir, con la conciencia
tranquila, y con el alma levantada

hacia Dios, bien segura
de otra vida futura,
sanción de la presente. Nada importa
que el dolor nos aceche y atenace,
el pesar nos inunde de amargura,
la ingratitud nuestra alma despedace,
la envidia nuestros triunfos envenene,
el odio nos envuelva entre sus mallas,
la miseria á rendirnos nos condene
y perdamos batallas tras batallas.

¡No! ¡Nada, nada importa!

¡Todo eso se soporta!

Y aquel que lo declare insoportable
no merece de hombre
dignamente llevar el alto nombre.
Por encima de toda malandanza
flota siempre la vida
y, con la vida, flota la esperanza;
todo dolor olvida
el que lo vence y á vivir alcanza.

Yo nací enclenque, me crié enfermizo
y tres veces he estado
á punto de morir, ya desahuciado.
¿Cómo no he de colmar de bendiciones
á Dios, que me ha salvado de la muerte
y llegar me permite sano y fuerte
y alimentando gratas ilusiones
á los cincuenta años?
¡Que hay en la vida tragos de amargura!
¡Que he sufrido tremendos desengaños!
¡Que el áspero camino
de mi existencia, trabajada y dura,

no lo sembró de flores el destino,
y rara vez de calma
gozar pude en la vida,
dejando en cada etapa recorrida
tiras de piel y desgarrones de alma!...
Es verdad; pero de ello ¿á qué acordarse
si no es para contarlo
cual de un naufragio emocionante historia?
El minuto feliz debe evocarse,
el día de dolor hay que estimarlo
cual episodio de la gran victoria.
Su éxito canta el general triunfante,
aunque en sangre empapado se halle el suelo;
el náufrago, al salvarse jadeante
plegaría agradecida eleva al cielo.
Lo pasado pasó; lo positivo
es que hoy cumplo cincuenta y estoy vivo;
y que esos sufrimientos,
angustias y tormentos
y días de tristeza
y años de batallar continuamente
habrán dejado arrugas en mi frente
y nieves en mi barba y mi cabeza;
mas, por grandes que fueran mis dolores
y el desengaño hondo,
jamás de mi alma echaron en el fondo
siembra de odios ni rastro de rencores.
¿No es esto hermoso? Tengo por amigo
á todo ser humano;
si alguien es mi enemigo,
de no serlo de nadie me envanezco,
y, cumpliendo deber de fiel cristiano,
al que mío lo es le compadezco,

pues compasión merece
el alma perturbada
que al prójimo aborrece,
cuando es tan fácil y tan dulce y grato
amar á todo el mundo, hasta al ingrato.

¿Qué puedo desear? Ya nada ansío
sino seguir viviendo.
Tengo cuanto soñé... ¡Gracias, Dios mío!
Soñé con una esposa
que trajera á mi hogar paz y alegría,
buena, trabajadora y cariñosa,
y Dios me la otorgó cual la quería.
Tenía yo, en mis tiempos de estudiante,
de la pared colgado
y en la mesa apoyado
un diminuto estante;
y, aun siendo tan pequeño,
que con cuarenta tomos se llenaba,
era todo mi sueño
ver llenos sus vacíos
de libros de mi gusto, míos, míos;
pues nunca pude libro de mi agrado
tenerlo, ni aún leerlo, de prestado,
y, hasta no convertirlo en cosa mía,
tranquilo no dormía;
hoy de libros está llena mi casa
y aquellas ambiciones infantiles
satisfechas sin tasa;
las docenas soñadas, vueltas miles.
¿Qué más? ¿Qué más? Turbó mi fantasía
alguna vez el sueño de la gloria
y soñé que mi nombre lograría

paso abrirse del hombre en la memoria;
y escrito está en la historia
de la patria cultura
de tal modo, que todo el que mañana
nuestra literatura,
la escultura española
la lengua castellana,
la historia salmantina,
el francés, la enseñanza, el periodismo,
quiera estudiar á fondo,
ha de encontrarse siempre, allá, en lo hondo,
aunque bien muerto esté, conmigo mismo.

Siempre más que soñé me ha sido dado;
y, aunque lo haya obtenido con sudores
y á costa del esfuerzo realizado...
¡Cuántos veo á mi lado
sucumbir sin lograr esos favores
con que Dios mi constancia ha coronado!
¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios! En su servicio
ansiendo consumirme, salta el pecho
de gratitud por tanto beneficio,
himno triunfal cantando satisfecho,
cuyas vibrantes notas,
semejando plegarias,
se mezclan con las notas funerarias
que con mi triunfo anuncian mi caída...
¡Tan cerca está la muerte de la vida!

Estos cincuenta años
que me han traído á tan sublime altura
son los mismos que me hunden con su peso
de placeres y daños
y cavan á mis pies mi sepultura.

No me asusto por eso;
yo sé que he de morir: siento la garra
de la muerte avanzar á veloz paso,
y percibo el crugido que desgarra
del corazón la fibra
empujando mi vida hacia su ocaso;
mas ni un instante el miedo en mi alma vibra;
pues, aunque amo la vida y vivir quiero,
la muerte no me asusta
y tranquilo la espero;
que, con mi fe robusta,
seguro estoy de que, al morir, no muero.

Lo único que ansío,
al punto de turbar mi dulce calma,
es que, al cargar la muerte con mi escoria,
pueda yo darte gracias, ¡oh, Dios mío!
por abrir á mi alma
las puertas celestiales de tu gloria.

(Madrid, 7-Febrero-1907).



32.-¡Honra á los héroes!

(En el glorioso centenario del 2 de Mayo de 1808).

Un siglo ha pasado entero
y aún siento mi pecho hervir...
¡Dichoso aquel que al morir
salva á la patria primero!
Mostrar con mi canto quiero,
más que el odio al invasor

que puso su pie traidor
en España, el heroísmo
con que supo el patriotismo
volver á España su honor.

Ved las nutridas legiones
del Corso avanzar traidoras:
son las huestes vencedoras
de cien soberbias naciones.
Al tronar de sus cañones,
al gritar de su balumba,
todo el mundo se derrumba,
y hasta los cuerpos ya fríos
sienten los escalofríos
del miedo en su eterna tumba.

Son del gran Napoleón
las legiones indomables,
cortesanas insaciables
á sueldo de la ambición.
A la rugiente explosión
de su indómita pujanza,
han perdido la esperanza
las más potentes naciones,
hechas trizas y girones
por la punta de su lanza.

Creyeron que los blasones
de España empañar podían,
que al águila ceñirían
nuestros preciados florones...
¡Qué error! Antes en montones
de escombros se convirtiera...

Antes España se hundiera
en los abismos del mar
que su suelo tolerar
presa de garra extranjera!

¿Cómo olvidar pudo Francia
que la nación que invadía
era, sin contar Pavía,
la de Sagunto y Numancia?
Y aquella perseverancia
con que ocho siglos enteros
batallaron los iberos
¿no la consigna la historia?
¿Quién, pues, teniendo memoria
osa atajar nuestros fueros?

A España no se la humilla.
De su gloria el eco zumba
de Covadonga hasta Otumba,
en Aragón y en Castilla.
No hay en su historia mancilla
que empañe su clara gloria;
y bendita su memoria
desde un polo al otro polo
ha de ser, cuando sin dolo
llegue á escribirse su historia.

Se puede á veces pensar,
viéndonos llenos de lodo,
que España lo aguanta todo
con mansedumbre ejemplar.
Quién tal llegue á imaginar
seguramente se engaña;

por los gobiernos de España
no se juzgue al español;
que, si es nuestro sol su sol,
su alma á la nuestra es extraña.

España podrá tener
Gobiernos malos ó buenos;
siempre de buenos los menos
porque así tiene que ser,
pues siempre ha de suceder
que el hombre honrado se calla
y el sinvergüenza batalla
por mandar y prosperar
hasta que, harto de aguantar,
el hombre de bien estalla.

Ni antes en el real Palacio,
ni hoy en el ruin Parlamento,
está de España el aliento,
ahogado en aquel espacio.
Por eso habrá que ir despacio
para de España juzgar.
¿Quién habrá de imaginar
por el silencio de arriba
que España conserva viva
la herida de Gibraltar?

Nadie escuche al charlatán
que afirma ser hecho cierto
que en España todo ha muerto,
con hipócrita ademán.
Y, al que pusiere su afán
en propagar su egoísmo

con disfraz de pesimismo,
decidle que es un cobarde
y que en sus venas no arde
ni un rayo de españolismo.

Decidle que abra la historia
por Enrique el Impotente...
No hay nada más deprimente
de España para la gloria;
mas siga haciendo memoria
y verá que la nación
que era del mundo irrisión
sienta en su regio dosel
á Fernando y á Isabel
y es del mundo admiración.

Se suele á España juzgar
por lo que hacen sus Gobiernos,
por esos actos externos
que el alma suelen velar.
Quien oro quiera sacar
no eche cobre en el crisol;
nos alumbra el mismo sol,
nos rigen las mismas leyes;
mas la historia de sus reyes
no es la del pueblo español.

España se ha de buscar,
buscando de buena fe,
no en las mesas del café,
sino en torno del hogar.
No en el vender y el comprar,
sí en el querer y el sentir,

no al gozar sino al sufrir,
no á oscuras ni con farol
sino á la luz de ese sol
que hace nuestra sangre hervir.

Si así el gran Napoleón
buscado entonces hubiera,
¡cuán distinta suerte fuera
la de una y otra nación!
¡Qué magnífica ocasión
de rescatar Gibraltar,
de hacernos dueños del mar,
y abrir al mundo latino
campo para el gran destino
que le ha tocado llenar!

Lejos de eso, un inaudito
salteador de naciones,
confiando en sus legiones,
nunca de triunfos ahito,
sin escuchar otro grito
que el de su inicua ambición,
con sus tropas á traición
invade á España, creyendo
que, su rey tan dócil siendo,
será como él la nación.

Desarmada España está;
pero ¡no importa! Sin oro
se halla su exhausto tesoro:
¡no importa, no! ¿Qué más da?
Y de España el rey se va,
y el hambre el ánimo acorta...

y, á pesar de todo, aborta
el plan de Napoleón,
al grito de una nación
que sabe decir «¡No importa!»

El invasor asesina
españoles indefensos,
incendia campos extensos,
templos y casas arruina;
mas ¡ah! por donde camina
no es de cobardes la tierra;
y en los llanos y en la sierra,
objetos de torpe ojeo,
á su grito de ¡saqueo!
responde un grito de ¡guerra!

Y por cada roja gota
vertida en sangrienta lid,
grande como la del Cid
un alma española brota.
Y, cuando todo se agota,
nunca el ánimo flaquea,
y se sigue en la pelea
hasta morir ó vencer,
seguros de que ha de ser
lo que Dios quierá que sea.

En el águila atrevida
que á los inermes desgarrá
el león hinca su garra
y el águila cae vencida.
Jugando siempre su vida
y andando á paso triunfal

de Bailén á San Marcial,
escribe España en su historia
nuevas páginas de gloria
que hacen su nombre inmortal.

Aprendido hemos después
que España ganado hubiera
siendo menos altanera
y aceptando al rey francés;
pero España es como es;
y, si en trance igual nos vemos,
lo mismo otra vez haremos.
¡Hurra por aquellos bravos!
¡A costa de ser esclavos
ni aun ser felices queremos!

¡Honra al heroico varón,
militar, fraile, paisano,
campesino ó ciudadano,
de Castilla ó de Aragón,
que contra Napoleón
dió su sangre generosa,
sin pensar en otra cosa
que en morir antes que ver
á su patria esclava ser,
aunque fuera más dichosa!

¡Gloria á la heroica mujer
aristócrata ó villana,
que, en la lucha sobrehumana
que hubimos de sostener,
supo sus miedos vencer,
y, en vez de gimotear

y al hombre desalentar,
á su lado se batió,
y por su patria murió
con heroismo ejemplar!

¡Gloria á esa masa española
de héroes sin nombre, plantel
que á flote puso el bajel
do el rojo y gualda tremola!
¡Luzca la doble aureola
del mártir y el vencedor;
pues igual es el honor
de triunfar que el de morir,
si á la patria hay que servir
por deber y por amor.

En el hazañoso alarde
con que empezó la campaña
perdió para siempre España
á Daoiz y Velarde,
símbolos de alma en que arde
la llama del patriotismo,
rayana en el quijotismo,
son y han sido desde entonces
y no hay mármoles ni bronces
para ensalzar su heroismo.

En la fecha aniversaria
de aquel día memorable,
sólo el patriotismo hable
rezando santa plegaria;
y de Granada suntuaria,
con su musulmíco sayo,

á la cumbre del Moncayo
sólo se oigan estos gritos:
«¡Benditos, siempre benditos,
los héroes del dos de Mayo!»

(Madrid-Toledo, en el tren, en tres horas,
2-Mayo-1908).



33.-Medalla de viuda.

(ANVERSO)

(A los ocho días de la muerte de su esposo).

Nadie, al saberte templo de hermosura,
tu escultural belleza contemplando,
creyera que estuvieses adorando
más Dios en él que tu ideal figura.

Pero al verte entregada á la tristura
que en tu rostro sus huellas va dejando,
tus encantos efímeros minando
para encauzar de tu alma la amargura;

al verte huir de ruidos y placeres,
en plena floración de tu belleza,
consagrada de madre á los deberes,
preciso es confesar que mujer eres,
pues te fundió en mujer Naturaleza;
mas no mujer cual las demás mujeres.

(REVERSO)

(Al mes de la muerte de su esposo).

Nadie, al verte gemir desesperada
y abrazarte al cadáver adorado,
muerte á gritos pidiendo, que á su lado
descansar te dejara consolada,

creyera que en tu alma depurada
por dolor tan inmenso, otro cuidado
cupiera ya que el culto venerado
al recuerdo de muerte tan llorada.

Pero al verte de madre los deberes
olvidar por cuidar de tu belleza,
de nuevo enlace ansiando los placeres,

fuerza es reconocer que mujer eres
y perdonar tu mujeril flaqueza;
eres mujer cual las demás mujeres.

(Guadarrama, 23 Septiembre 1909).



34.-En mi casita de Guadarrama.

Esta casita compré
por recobrar la salud;
y es tal su eficaz virtud
que la salud recobré.
Nunca bastante podré
sus excelencias cantar,
y me bastará afirmar,
por ser el hecho notorio,
que es el mejor sanatorio
que aquí se puede encontrar.

(Inscripción en el vestíbulo).

I

Aquí en el campo
oyendo grillos
silbos de viento
roncos mugidos
balar de ovejas,
cantos de ranas,
gritos alegres
de golondrinas
trinos de alondras
pitos de mirlos,
de las palomas
de los torrentes
de las cigarras
de las gallinas
leves susurros
con claros ecos
rumor de voces

— y entre verdores,
— y ruiñeños,
— de Guadarrama,
— del toro en brama,
— ladrar de perros,
— son de cencerros,
— de codornices,
— y de perdices,
— y de jilgueros,
— voces de arrieros,
— tiernos arrullos,
— gratos murmullos,
— los chichicheos,
— los cacareos,
— de auras y brisas
— de francas risas,
— como gorjeos

de aves que ensayan	— sus aleteos,
chirridos ásperos	— de las carretas,
bocinas de autos	— y bicicletas,
y tintineos	— de campanillas
de carromatos	— de ambas Castillas...
ruidos de selvas	— y de ciudades
y hondos silencios	— de soledades;
bajo las frondas	— de la arboleda
que son orgullo	— de la Alameda;
surcado el aire	— por mariposas
juguetoncillas	— y vaporosas,
con sus alitas	— de áureos colores,
pétalos vivos	— de airosas flores;
entre montañas,	— entre trigales,
entre mimbreras	— y cespadales
entre jardines,	— entre arroyuelos,
entre praderas,	— entre majuelos,
oliendo siempre	— ricos aromas
que nos envían	— desde las lomas,
desde los prados	— y los cerrillos,
los verdes pinos	— y los tomillos,
las madre selvas	— y los jarales,
cantuesos, musgos,	— zarzas y heriales,
y el acre aliento	— que, fecundada,
lanza la tierra	— recién mojada;
bordando alegre	— la carretera
que audaz escala	— la cordillera,
festoneada	— por verde alfombra
con altos árboles	— de fresca sombra;
ora cubierto	— por capa leve
deslumbradora	— de limpia nieve,
ora en estuche	— de mil colores
en que le encierran	— plantas y flores;

ya silencioso	— y abandonado,
ya bullicioso	— y alborotado
por las parejas	— de veraneo
con su gracioso	— mariposeo,
que van y vienen	— y discretean,
juegan y bailan	— y cuchichean,
y animan todo	— con sus andares,
con sus sonrisas	— y sus cantares,
con sus amores	— y sus mareos,
sus ocurrencias,	— y devaneos;
tengo yo un nido	— que es un encanto,
y es tan airoso	— y agrada tanto
con su terraza,	— su jardincito,
su plazoleta,	— su bosquecito,
sus frescas aguas,	— tan cristalinas
cual si manaran	— de arcas divinas;
y es tan simpático	— y es tan gracioso,
tan coquetuelo,	— tan delicioso,
por su alegría,	— por su limpieza,
su puro ambiente,	— su gentileza,
tan elegante,	— tan chiquitito,
tan remonono,	— tan rebonito,

que creo, estando en él, que un pedacito
 me ha tocado de gloria,
 y que, limpio de escoria,
 soy, aquí acurrucado, un angelito,
 cantando los loores
 del Dios que así me colma de favores.

II

Gozando siempre	— del panorama
de sierra y valle	— del Guadarrama,
ora imponente	— por tempestuoso,

ora, ya en calma,
siempre variable,
como paisaje
que tiene un alma
que goza y sufre,
(siendo de todo
cual limpidísimo,
con el saludo
con los adioses
con el rocío
con la tormenta
y con la lluvia
y con el cierzo
y con la nieve
y con la brisa
y con el viento
cual de diez trenes
pasan mis días
cual si soñara
sueños dichosos
y de venturas
cual si estuviera
todo cuidado
si hay en la tierra
el Paraíso
Al despertarme
veo extasiado,
de las montañas
iluminadas
de tonos claros
de rosa y oro
La Mujer muerta
con su silueta

— dulce y gracioso,
— siempre atractivo,
— vibrante y vivo
— que se apasiona,
— que se emociona
— claro reflejo
— viviente espejo)
— del sol naciente,
— del sol poniente,
— que le abrillanta,
— que nos espanta,
— que le da vida,
— fucundicida
— que lo blanquea
— que el campo orea,
— que ruje y zumba
— veloz balumba;
— tan dulcemente
— constantemente
— de genios y hadas
— siempre logradas,
— siempre dormido,
— dado al olvido;
— algo celeste,
— debe ser éste.
— por las mañanas,
— por mis ventanas,
— las altas cumbres,
— por suaves lumbres
— como la aurora
— que el campo dora:
— veo dormida
— desvanecida

entre las nubes	— que la rodean
y los vapores	— que la hermosean
cual monstruo informe,	— sueño de insania,
perfil hercúleo	— de gran Titania;
<i>Montón de trigo</i>	— hiergue á su lado
las finas líneas	— de su trazado,
y <i>Siete picos</i>	— allá en la altura
muestra arrogante	— su dentadura;
á su derecha,	— con cresta airosa,
rasga las nubes	— <i>La Maliciosa</i> ,
con la pelada	— masa plomiza
larga y mellada	— de <i>La Pedriza</i> ,
medio escondida	— tras calvo monte
que el Norte cierra	— de mi horizonte;
y, si en el parque	— luego paseo,
de un gran anillo	— centro me veo
que al Mediodía	— y al Occidente,
siguiendo el trazo	— de Norte-Oriente,
forman los cerros	— de gris granito
de <i>Las Machotas</i>	— y <i>San Benito</i> ,
y las suaves	— ondulaciones
con altas crestas	— y depresiones
de <i>Cuelga Moros</i>	— <i>Bercial</i> , <i>Solano</i>
<i>Cierva</i> , <i>La Gasca</i>	— <i>Lijar</i> ufano,
y el paso ó puerto	— de Guadarrama,
cuya frescura	— canta la fama.
Es un anillo	— casi cerrado,
sólo al naciente	— por Dios cortado
para mostrarnos	— la gallardía
de los Madriles	— y su alegría
en cuanto asoman	— tras de Villalba
del sol las luces	— rayando el alba.
En este anillo	— que hace la Sierra,

Madrid se engarza;	— su cerco cierra;
y por la noche	— se ve á lo lejos
cual un brillante	— con sus reflejos.
Y de estos montes	— entre las faldas
bordadas de oro	— con esmeraldas,
entre colinas	— y entre ribazos,
como de madres	— en los regazos,
entre sembrados	— y entre baldíos,
tendidos veo	— los caseríos
en que comienza	— Nueva Castilla,
de La Colonia,	— de Cercedilla,
de Los Molinos	— y de Collado,
y entre carriles	— bien encauzado
cruzar contemplo	— pueblos y sierra,
hasta ocultarse	— bajo la tierra,
blanco penacho	— de vapor leve
que finge formas	— de nube y nieve,
tras el que corre	— sierpe encantada
por férreas garras	— encadenada
que nos anuncia	— del mundo el paso
marchando á rastras	— para su ocaso,
llevando al hombre	— por el camino
que le ha trazado	— fatal destino,
con sus hazañas,	— con sus victorias,
con sus desmayos	— y con sus glorias
con sus miserias	— y sus riquezas,
sus ideales	— y sus flaquezas,
sus vanidades,	— sus egoismos,
sus sacrificios,	— sus heroismos,
con sus olvidos	— y sus rencores,
sus alegrías	— y sus dolores;
siempre impulsado,	— como el tren mismo,
ya entre las nubes	— ya en el abismo,

por fuerza enorme — que el Señor Sumo
trueca en cenizas, — vapores y humo;
pues de la vida — por la vereda
el hombre pasa — y el valle queda
y este contraste — del ser humano
cruzando el valle — como un gusano
me hace pensar en la grandeza humana
y en su miseria vana,
que imagina, en su orgullo desmedido,
ser algo permanente,
y es sólo... pobre ruido
que pasa, como el tren, por el presente.

III

Aquí se olvidan — las injusticias,
los atropellos, — las estulticias,
las mil infamias, — odios y roñas
que el hombre inventa, — como ponzoñas,
para amargarse — su corta vida
y hacerla triste — y aborrecida,
cuando, si juicio — tener quisiera,
fuera la vida — tan placentera.
¿Qué es en el fondo — nuestra política
sino contienda — vil y raquítica
por la conquista — de alguna cumbre
en que á la Audacia — la Inepcia encumbra
de quien gritando — más, nos recrea
en un torneo — de verborrea,
cual si las lenguas — y los pulmones
de los Estados — fueran timones?
Con tan sofística — necia teoría,
vamos derechos — á la anarquía.
Bien que se lleven — los oradores

oro y aplausos,	— cual los tenores;
pero las cosas	— saca de quicio
quien da carteras	— por tal servicio,
que el buen gobierno	— de las naciones
no es de palabras	— sino de acciones.
Así no hay reinos	— ni democracias;
sólo nos rigen	— las verbocracias.
¿Y qué hay en ellas	— sino lacerias,
virutas de odio,	— torpes miserias,
miasmas que arroja	— la fiebre humana
cuando la enciende	— pasión insana,
juegos infames	— en que se juegan
los ideales	— que el alma riegan?
¡Y que esto luégo	— sea la Historia
que hay que aprenderse	— ¡ay! de memoria!
Son preferibles	— las invasiones
de los mogoles	— ó los teutones,
que, al menos, hacen	— total limpieza
y en sus estragos	— tienen grandeza.
Yo en mi casita	— lo ignoro todo
y, aun cuando llueva,	— no piso lodo.
Sólo me cuido	— de si una acacia
por la ventisca	— se me desgracia;
si las higueras	— crecen frondosas;
si los rosales	— tienen ya rosas;
si los mosquitos	— comen las peras;
si hay en el parque	— muchas toperas;
si van creciendo	— las plantaciones
de las frambuesas	— y los fresones;
si las gallinas	— nos ponen huevos;
si engordan mucho	— los pollos nuevos;
si agua tendremos	— todo el verano;
si los ciruelos	— tendrán gusano;

si entre las ramas	— hay algún nido;
si algún castaño	— se habrá perdido;
si los geráneos	— y los claveles
pueden sacarse	— de los planteles;
si acabaremos	— con tanta hormiga
con agua hirviendo,	— petróleo ó liga,
si los melones	— van engordando;
si el pinarcito	— va prosperando;
si está contenta	— mi mujercita;
si baila ó cose	— mi Teresita;
si Fernandillo	— trabaja mucho,
si la abuelita	— tiene arrechucho;
si las criadas	— dan mucha guerra;
si hace ó no falta	— tengamos perra;
si almorzaremos	— en la terraza;
si hoy habrá pesca;	— si no habrá caza;
si van ó vienen	— los forasteros;
si hacen goteras	— los aguaceros;
si la merienda	— será en los pinos,
en La Colonia	— ó en Los Molinos,
al pie del túnel	— ó en La Cascada,
en San Macario	— ó en La Escobada;
ó en La Caserna,	— Puerta de Hierro,
Fuente la Teja,	— ó en Turrís-cerro;
si subiremos	— del León al alto,
con la merienda	— dándole asalto;
si se irá en carros,	— si se irá en burros,
de cortesanos	— ó de baturros.
Al lado de estos	— magnos problemas
que serán siempre	— de vida temas,
por ser eternos,	— <i>per se</i> existentes,
de actos fecundos	— fecundas fuentes,
¿qué nos importan	— las camarillas,

las emboscadas	— y zancadillas
en que se mueven	— nuestros políticos;
podridos todos	— cual sifilíticos,
todos minados	— por ambiciones,
por egoismos	— y por pasiones?
Aquí da gusto	— sembrar perales
y coger peras	— y no puñales;
porque, en la vida,	— siembras favores
y no cosechas	— sino rencores.
¡Venga aire puro	— de la montaña
que de microbios	— liberte á España!
¡Dame tus pechos,	— Naturaleza,
que en ellos libe	— fe y fortaleza!
¡Rasga tus nubes,	— divino cielo,
y de mis ojos	— arranca el velo
que al ser humano	— del ser divino
andar á tientas	— le hace el camino!
¡Abre tu entraña,	— fecunda tierra,
y en tus abismos	— mi cuerpo encierra;
pero de modo	— que de tí al cielo
nada intercepte	— de mi alma el vuelo!
¡Un traje negro	— para mortaja!
¡Un cristal diáfano	— sobre una caja!
¡Una cruz blanca	— de cabecera!
¡Dos verdes sauces	— junto á mi vera!
¡En la cimita	— del pinarzuelo,
á la orillita	— del arroyuelo,
sin más almohada	— que tu granito,
sin más cubierta	— que el Infinito,
oyendo el viento	— del Guadarrama
y los mugidos	— del toro en brama!

¡Que aquí quiero morir, en mi casita
tan alegre y bonita,

mirando al campo y contemplando al cielo
en su serena calma,
mientras en raudó vuelo
surca el éter sin límites mi alma.

(Guadarrama, 1910).



35.- En el día de tu boda.

Estarás como nunca seductora
con tu traje nupcial,
luciendo entre los pliegues de tu velo
las simbólicas flores de azahar.



Y todos, contemplando embelesados
tu rostro virginal,
tan pura cual la virgen sin mancilla
con fe te aclamarán.



Y tu esposo también, como Dios mismo,
aspirando el olor de tu azahar,
creerá, como todos,
en tu virginidad.



Y hasta tu misma madre, embebecida
en tu dulce mirar,

de la falta más leve
te creerá incapaz.

—

Y es que ninguno sabe que otro día,
de Dios ante otro altar,
juraste amor eterno
á quien, en cambio, te juró adorar.

—

Y me amaste y te amé. Pero otro hombre,
el que ahora te lleva ante ese altar,
arrojó en la balanza su riqueza
y pesó mucho más.

—

Y al altar te conduce, decidido
su ilustre nombre á dar
á una mujer que prende en sus cabellos
las flores de azahar.

—

Pero tú y yo sabemos que esas flores
ocultan la verdad,
porque al darme aquel beso que me diste
el símbolo quedó sin realidad.

—

Por eso, al ver prendidas en los pliegues
de tu velo las flores de azahar,

mientras todos te admiran, yo desprecio
de tu alma la ruindad.

No te asustes por eso, que el secreto
en mí guardado está.
Me basta con que Dios también lo sepa.
Él lo que merecieres, te dará.

(Madrid, 16-Diciembre-1910).



36.- Díptico.

(A mis sobrinos-hijos Tere y Fernan).

I

LA ESPERANZA DEL AMO

Del jardín los paseos están limpios
de yerbas y hojas secas.
Ha pasado el rastrillo por encima
de la movida arena.

Los álamos y acacias del camino
más que árboles son leña
que nos brindan sus ramas para el fuego
como antes para sombra se ofrecieran.

Todo se halla en silencio. Pero un grupo
se ve junto á la verja,
que revela ser hora de que llegue
alguien á quien se espera.

—

Son el guarda y su esposa, endomingados
como en día de fiesta;
él, llevando en los brazos á su hija;
ella, con su mamona de la teta.

—

Todos, tras el postigo colocados,
miran la carretera;
y hasta el perro, empinado sobre el zócalo,
su húmedo hocico enseña.

—

Se oye el chasquido de la tralla. Un coche
viene por la Alameda.
¡Ellos son!, Gritan todos. Ladra el perro
y la mamona vuelve la cabeza.

—

II

ARRIBO INESPERADO

Llega el coche. La verja verde claro
cerrada está.
El jardín á través de sus barrotes,
se ve mustio y sembrado de ojas secas
que el viento arrolla aquí y dispersa allá.

—

Todo está como muerto. El viento zumba
 preludios de huracán.
Nubes blancas y grises van huyendo,
 fantásticas walkirias,
 dejando sombras
gigantes y temblonas al pasar
ante el sol, que no puede con sus rayos
su espesor ni su hielo atravesar.

Parece aquello un mundo abandonado.
 Todo cerrado está.
Dos pájaros recorren la avenida
 dando brinquitos,
 al abrigo del viento
rebuscando en el suelo su yantar.

Al ruido del carruaje nadie sale.
 Todo en silencio está.
Las pitas, con su verde ceniciento,
 hacen de centinelas
 en sus jarrones,
y el frío y el calor les es igual.

Baja el amo. Las plantas siguen mustias.
 Todo en mudez está.
 Nadie de él hace caso.

Sólo los pajaritos que se espantan
á otra parte se van,
esperando poder comer tranquilos
los gusanitos que el Señor les da.

(Guadarrama, 3-Enero-1911).



37.-Crepusculina.

En toda la gran fachada,
no hay más que un balcón abierto.
Una niña con cara de virgen,
con ojos de cielo,
con húmedos labios,
más triste que alegre, vestida de negro,
apoya los codos
en el frío yerro,
y la cabecita,
con orla de oro del rubio cabello,
en la helada mano
de afilados y blancos y diáfanos dedos.



¿Qué mira la niña
que un angel parece bajado del cielo?
No mira á lo alto
donde las estrellas despiertan del sueño,
y, abriendo sus ojos
y á la niña viendo,
mil cosas le dicen con su centelleo.

La niña contempla
de la calle el bullicio en silencio
y gira los ojos
como alguien que busca la clave de un sueño.

—

El corazoncito
de la niña rubia del balcón abierto
palpita anhelante
dentro de la cárcel en que se halla preso,
y, aunque el aire es frío,
se está consumiendo,
en volcán ardiente, en terrible incendio,
por las dudas,
la impaciencia,
los temores
y los celos,
que son todos fantasmas incendiarios
que surgen en las horas de misterio.

(Madrid, 10-Enero-1911).



38.-Transformación.

I

De rodillas, ante un Crucifijo,
estabas rezando;
y él, oculto tras una columna
te estaba mirando.

—

A través de historiada vidriera
el sol penetraba,
y, desecha su luz en colores,
con ricos matices la nave alfombraba.

II

Tú consultar debías algo grave
pidiendo auxilio á Dios;
y un rayo azul y blanco, al envolverte,
en purísima virgen te trocó.

—

Estabas tan hermosa en la aureola
de aquella hermosa luz
que era imposible verte y no adorarte
como adora el cristiano al buen Jesús.

—

El, contemplando tu ideal figura,
con la mirada ardiente á tí avanzó...
y tu volviste el rostro; y otro rayo
en su luz roja y verde os envolvió.
.....
.....

III

¿Es posible ¡oh Dios mío! que así abduques
de tu inmenso poder,
y que, en lucha contigo, triunfe siempre
cualquier hombre en un alma de mujer?

(Madrid, 20-Enero-1910).

39.-¡Quiero creer!

(A mi querido amigo
el R. P. Zacarías Martínez, O. S. A.)

I

¡Qué hermoso es el creer!—Cuando era niño,
yo lo creía todo:

Bebí fe de mi madre en el cariño,
en los cuentos de brujas y de hadas,
en la Biblia, en el Kempis, en Hesiodo;
en los libros de gestas y aventuras;
en los *ejemplos* de ánimas salvadas;
en los ex-votos de pasmosas curas;
en Homero, Virgilio, Dante, Tasso,
Ariosto, Milton, Goethe y Espronceda;
en Chateaubriand, Venillot, Balmes, Pereda;
en los gratos paseos del Parnaso,
en Meléndez, Arolas y Zorrilla;
en los pliegos de coplas y aleluyas
de *Jauja*, *Prim* y *El flaco de Castilla*;
en las *Mil y Una Noches*;
en *El Año Cristiano*;
en las obras de magia y de fantoches;
en nuestro Romancero Castellano;
en cualquier callejero taumaturgo;
en Robinsón, Telémaco y Panurgo;
en las novelas de Ponson, Scott, Sterne,
Víctor Hugo, Dumas, Escrich, Sue, Verne, (1)

(1) Parecerá extraña la mezcla de nombres que aquí
junto y sorprenderá que diga que «bebí fe» en las nove-
las de Sue y de Víctor Hugo.—Mi poesía es siempre sin-

en los cuentos de Grimm, Perrolt y Trueba;
viendo y oyendo, leyendo y aun soñando,
pues mi fe resistía á toda prueba
y todo entonces para mí era fuente,
que mi espíritu entero iba regando,
de fe y de ciencia en límpida corriente,
vi á Caronte, su barca conduciendo;

cera y responde á estados reales de ánimo y refleja hechos positivos. Todo lo que digo es exacto; todas las obras que cito contribuyeron á formar mi espíritu hasta la edad de 18 años en que mi fe flaqueó y llegó á derrumbarse, especialmente por el lado religioso. Porque hay la fe religiosa y la fe política y la fe científica y tantas especies de fe cuantos son los ideales en que el alma debe inspirarse. ¿Cómo no había de beber fe no ya en las grandes figuras de Víctor Hugo sino en los vigorosos caracteres de Eugenio Sue, aunque la tendencia de sus obras fuera antireligiosa en el sentido ortodoxo? Donde hay ideales hay fe; y en aquellas obras había ideales, que, hasta por la fuerza misma de la contradicción, afirmaban y robustecían mi fe. No hay, pues, nada que deba sorprender en estas citas, como nada tampoco debe sorprender la mezcla de asuntos y nombres procedentes de la Mitología, de la Historia y de la Leyenda con los que arrancan de los Sagrados Libros; todos son manantiales de fe, pues fe se necesita para todo cuanto no hemos visto; lo mismo para la quema de las naves de Cortés que para las hazañas de Hércules ó para la resurrección de Lázaro; todo lo grande y extraordinario sirve de alimento al ideal: los Mosqueteros de Dumas, Rocambole y Fileas Fogg, como Rodín ó Guzmán el Bueno, Aquiles, Job ó Simeón Stilita son seres iguales para el arte y para la formación del alma, tan reales los unos como los otros para los efectos de la fe. Claro es que en el fondo me refiero sólo á la fe religiosa, que es la que flaquea y la que pido á Dios me otorgue como gracia; por eso al final sólo de esa fe trato y á ella únicamente me refiero.

Jonás, con la ballena navegando;
Guzmán heroico su puñal lanzando;
y á los Magos la estrella dirigiendo;
Balaam, á su burra hablar oyendo;
Hernán Cortés, sus naves incendiando;
Bertoldo su agudeza demostrando;
y de Aquiles la cólera rugiendo;
la lámpara asombrosa de Aladino;
de Lázaro la cara macilenta;
la inexorable mano del Destino;
y el pie de la graciosa Cenicienta;
la paciencia de Job incomparable;
la hipocresía de Tartufo odiosa;
la comida del Ogro abominable;
la raptación de Elías milagrosa;
las aguas misteriosas del Leteo;
los éxtasis sublimes de Teresa;
la Pentápolis toda hecha pavesa;
y las fieras en corro oyendo á Orfeo;
y celebré del zorro las patrañas,
de Ulises la prudencia previsora,
de Hércules y Teseo las hazañas,
y de Psiquis la gracia seductora.
Y lloré viendo á Sócrates muriendo;
y me pasmó de Mucio la entereza;
y de Tersites me quedé riendo;
y de Efialtés maldije la vileza;
y aplaudí de David la puntería,
y de Sansón la fuerza prodigiosa,
y la obediencia de Abrahan pasmosa,
y de Castor y Polux la armonía.
Ví á Eva comiendo la manzana,
á Dios del Sinaí rayos lanzando,

á Santiago en los aires cabalgando,
y persiguiendo corzos á Diana.
VÍ á Gargantúa dándose atracones,
á Gulliver en Lilibut cogido,
Don Quijote soñando sinrazones,
y Fausto por Mefisto seducido.
Y entreví por los aires á Favonio
de Céfiros y de Auras rodeado,
y las huellas seguí del Macedonio
doquier por la victoria acompañado.
Y me encanté del Cid con la arrogancia;
y me asombró el fervor del Stilita,
y de Tenorio la viril jactancia,
y de Artagnán la réplica exquisita.
Y el cántico escuché de las Sirenas;
y Caribdis y Scila me asustaron;
y ví de Prometeo las cadenas;
y Jael y Judith me entusiasmaron.
Y extasiado admiré, de las espumas
brotar de Venus la beldad radiante;
y, entre vapores, nácares y brumas,
el carro de la Aurora fulgurante.

¡Oh tiempos deleitosos
los de inocentes niños candorosos
en que es todo ideal y fantasía!...
Historia, religión, arte, leyenda,
cuento, mitología...
Todo á los ojos es divina venda
que nos ciega de luz y poesía.
¿No era un encanto ver en cada fuente
las Náyades graciosas
refrescarse en la linfa transparente?
¿No era una delicia

sentir en las mejillas ardorosas
del Aura la suavísima caricia?
¿No era sublime levantar los ojos
y, tras un desgarrón de blancas nubes,
 en tarde tormentosa,
 ver postrados de hinojos
 vírgenes y querubes
y el mundo orando en actitud miedosa
 en torno del Eterno,
mientras hendía el éter infinito
 el alma de un precito
en un rayo lanzado hasta el infierno?
¿Y luego ver que todo se calmaba,
y que de Dios la ira se aplacaba,
y que el azul del cielo aparecía,
y el sol nos inundaba de fulgores
 y su magia lucía,
nuncio de paz y prenda de bonanza,
el Iris con su gama de colores,
del hombre y Dios sellando la alianza?

II

¿Porqué con Argensola afirmaremos
 con impía crudeza
lo de «ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul»? «¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza»
y que la Ciencia ante ella no se ablande
y de la fe nos quite el blanco velo!
¡Ese cielo que vemos no es el cielo!...
¡No es azul ese azul que me extasía!...
¡No hay Auras en el aire que me besa!...

¡Esto que fluye en mi no es Poesía!...
¡Hablo del alma, en el cerebro presa!
y... ¡no hay alma tampoco!...
Si esto no es blasfemar... ¡me vuelvo loco!
Y, no obstante, es verdad: ni el cielo es cielo,
ni el azul es azul, ni el suelo es suelo
¡Todo es mito, ilusión, pura leyenda,
novela, cuento, fábula, mentira!
¡Este mundo es de farsas una tienda!
Vemos al sol girar, y el sol... ¡no gira!
Hablamos de si subo ó de si bajo
y... ¡no existe el arriba ni el abajo!
Nos entusiasma el brillo del diamante
y es... ¡carbón disfrazado de brillante!
Ante el genio inclinamos nuestra frente
y resulta que el genio... ¡es un demente!
¿Cómo creer en nada
si ni aun ciertos estamos de que somos?...
¡Tiempos felices de mi edad pasada
en que creía en sílfides y gnomos
y soñé con ser mártir misionero!...
¡Volved, volved, que quiero,
como en los días de mi edad florida,
vivir con fe para querer la vida!

III

¡Qué tremenda desgracia
y qué horrible vacío
es sentirse sin fe! ¿Porqué, Dios mío,
no nos conservas la divina gracia
que de niños nos das y que la Ciencia
nos arranca después impiamente,

dejándonos turbada la conciencia,
helado el corazón, sin luz la mente,
sin rumbo la existencia,
oscuro el porvenir, gris el pasado,
tormentoso el presente,
sin faro el alma, el mundo sin cimiento,
seca y estéril la fecunda fuente
de todo noble y alto pensamiento,
sin brújula, sin guía y sin piloto
y á ciegas caminando á un fin ignoto,
tras el cual no descubre la mirada
sino el abismo horrible de la nada?...

Bueno que en temas de alta poesía,
á pesar del empeño de Juliano,
se disuelva falaz mitología
que al arte vida dió greco-romano;
bien está que la historia en sus crisoles
funda los héroes en vulgares seres,
y el sabio los nacáreos arreboles
explique del pudor en las mujeres;
me resigno á borrar de mi memoria
los nombres que forjara la Leyenda,
y renuncio gustoso á ver la gloria
tras azulada y constelada venda;
pero... ¡anular á Dios!... ¡matar el alma!...
¡hacer de Cristo un sabio galileo!...
¡despojar á su Madre de su palma!...
¡trocar al hombre en convencido ateo,
sin ideal, sin fe, sin esperanza,
como bruto que busca su pitanza
y sacia sus brutales apetitos,
sin oír otros gritos
que los de esta materia ignominiosa,

todo fango, miseria, vicio y prosa,
que, al pararse la máquina intrincada
que segrega, al moverse, el pensamiento,
nos deja reducidos á la nada,
sin vida ultraterrena misteriosa,
pues, una vez la máquina parada,
todo termina, ¡se acabó esta cosa!...

¡No quiero..., no! ¡Prefiero el fuego eterno
del que vive sufriendo en el infierno!
La vida es vida, y el que vive espera
y, aunque espere sin fin, no desespera
de obtener su perdón: en lo infinito
todos pueden salvarse; hasta el maldito.
¡Vuélveme; oh Dios la fe y haz que mi alma
con ella logre la perdida calma!

IV

¡Quiero creer!... Para llevar mi carga
de trabajo y dolores con paciencia
y hacer menos amarga
mi mísera existencia.

¡Quiero creer!... Por comprender el fuego
del rubor de la niña candorosa;
para elevar mi fervoroso ruego
á los pies de la Virgen cariñosa.

¡Quiero creer!... Para explicar la llama
que brota fulgurante de mis ojos
cuando la chispa del amor la inflama
ó cualquiera vileza le da enojos.

¡Quiero creer!... Por dar un fundamento
al hermoso ideal de todo altruismo,
por encontrar cimiento
á todo acto sublime de heroismo.

¡Quiero creer!... Para escuchar de hinojos
el divino sermón de la Montaña,
y para ver, del alma con los ojos,
á Josué el sol parar que en luz nos baña.
¡Quiero creer!... Para tener la clave
de mi sufrir por el sufrir ajeno;
del arte misterioso con que sabe
llegar el hombre á ser honrado y bueno.
¡Quiero creer!... Por perdonar con gusto
al enemigo que me injuria y hiere;
por pagar en justicias al injusto,
por hacer bien al que dañarme quiere;
por no llamar á la virtud locura;
por ver del genio el místico delirio;
por penetrar del Arte la hermosura;
por envidiar del mártir el martirio.
¡Quiero creer!... Por ver las catedrales,
con sus bosques de airosos chapiteles
y sus iluminados ventanales,
surgir á las plegarias de los fieles.
¡Quiero creer!... Para sentir mi pecho
ablandarse ante el ruego del mendigo;
para afirmar el triunfo del Derecho,
el premio dando al bien, y, al mal, castigo.
¡Quiero creer!... Para arrancar del alma
el dardo envenenado de la duda
y merecer la apetecida palma
que del mal *in aeternum* nos escuda.
Por sentir el encanto del idilio
y del vivir la dulce poesía,
y comprender al Dante y á Virgilio
y escuchar de los mundos la armonía.
¡Quiero creer!... Por comprender la muerte,

en medio de la hartura, del ambriento;
por ver salir triunfante al hombre fuerte
del vicio que le infesta con su aliento.
¡Quiero creer!... Para esperar que mi alma
encuentre en otra vida grato asilo;
para vivir con mi conciencia en calma
y en el seno de Dios morir tranquilo.

(Guadarrama, Agosto-1911).



40.-Ante el espejo.

(MONÓLOGO)

¿Y para qué, Dios mío, componerme
si no encuentro ni un chico que me quiera,
y solita en el mundo habré de verme
quedándome soltera?

Y no soy fea, no; todos afirman,
y todos los espejos lo confirman,
que son mis ojos bellos y expresivos,
y mi boca graciosa y seductora,
y dulce mi sonrisa halagadora,
y que estoy toda llena de atractivos,
y hasta las curvas, que el perfil dibujan
y, al moldearlas, los corsés estrujan,
son artísticas curvas de la gracia,
—dicen ellos—y sus ondulaciones
—lo he visto yo—despiertan sus pasiones.

¿Cómo explicar entonces mi desgracia?
Lolita tiene un ojo medio huero
y encuentra quien la diga «yo te quiero»;
Pepita es peliroja y tartamuda
y su boda se hará en la primavera;
Panchita está asquerosa cuando suda
y tiene quien la mime y quien la quiera.
¿Será la educación? Todos convienen
en que oirme al piano es un encanto,
pues, lo mismo si toco que si canto,
frenéticos aplausos me sostienen;
el francés lo domino por completo,
de inglés y de italiano
sé distinguir el Hamlet del Amleto,
digo «chi va piano va lontano»,
«to be or not to be», «struggle for life»
«time is money», y otras muchas cosas,
como «two steep», «foot ball» y otras lindezas
propias de nuestras modas imperiosas;
sé también un poquito de pintura,
no hago muy mal papel en ciertas piezas,
y conozco la actual literatura;
en cuanto á oficios de mujer, yo coso
y sé planchar, bordar, hacer la cama
y hasta oficiar de ama;
y, si llegara yo á tener esposo,
le haría unas tortillas
y unas albondiguillas
y un plato de natillas
y un pollo en pepitoria
y un tocino de cielo
con ribetes de crema y caramelo
que habfan de saberle á pura gloria.

¿Qué más pueden pedirme?
¿Qué más puedo hacer yo por no aburrirme?
Ahí está Merceditas, que no sabe
ni hacer un mal jarabe,
ni tocar, ni bailar, ni hablar siquiera,
y le quedan tres días de soltera;
ahí está Carolina, que decía
que le dieron un premio en Geografía,
y se empeñaba en que la Suiza era
capital de Turquía,
y se casa, no obstante,
con todo un comandante,
y será, andando el tiempo
la generala Castropol de Bempo;
y yo, con lo que sé y con esta *mine*
il me faudra coiffer Sainte Cat'rine...
¿Porqué, porqué, Dios mío,
han de pagar mi amor con tal desvío?
¿Será por mi carácter?... ¡Imposible!
Yo he sido siempre buena, cariñosa;
á las penas del prójimo, sensible;
constante, bondadosa.
¡No, no!... No puede haber quien de mí diga
que no soy buena hija y buena amiga;
¿porqué no habré de ser muy buena esposa,
si hasta Sol, que es un genio del demonio,
tiene anunciado ya su matrimonio?
¿Dónde está el arte de encontrar marido?
¿Será quizá porque exigente he sido?
Lo fui, en efecto; pero ya hace años;
libre entonces de tristes desengaños,
soñé con un muchacho de buen porte,
gallardo, distinguido,

de veinticinco años,
de buena posición, fijo en la corte.
¡Una ganga, en resumen!... Pero ahora...
 acepto lo que salga;
 y, por poco que valga,
 yo seré su señora
 con tal de que me quiera,
que todo lo prefiero á ser soltera.
¿Pero estaré yo tonta? Ando buscando
la solución del pavoroso enigma
de mi aislamiento, cuando el triste estigma
que de mí aleja, cual de ser nefando,
á todo serio joven casadero
es que soy una chica sin dinero.
 ¡Ay espejo de mi alma!
¿De qué me sirve componerme tanto
 si he de morir con palma?
¡Ay, espejito mío! ¿qué adelanto
con que me digas tú que son mis rizos
 verdaderos hechizos,
si hoy ya no tiene hechizos la hermosura,
 ni hay más rostro hechicero
que los que el cuño graba en el dinero?
 ¡Prefiero ser soltera
á que por mi dinero se me quiera!

(Guadarrama, Septiembre-1911).



41.-Pinceladas.

MISTERIO

La ví de rodillas
en el cementerio,
y á un tiempo lloraba y reía
besando la flores de un sepulcro abierto.

¿Sería una madre?
¿Sería una esposa viuda sin consuelo
ó sería una novia sin novio
la que así lloraba y reía á un tiempo?

Al sentir mis pasos,
volvió la cabeza con tímido gesto;
con sus ojos garzos,
con su rubio pelo,
sus ojeras grises,
su delgado cuerpo,
sus pálidos labios,
y su traje negro

lo mismo podía tener quince abriles
que cuarenta eneros.

Para no estorbarla
la dejé solita en el cementerio,
riendo y llorando,
y no sé qué cosas al cielo pidiendo.

Y no he vuelto á verla
ni á buscar la clave del triste misterio.

AL PASO DE UN ENTIERRO

Una carroza fúnebre de blanco.
Entierro de ángel. Miserable cajita.
Por toda escolta un pobre viejo al flanco,
con mejillas lacias, ojos relucientes,
y parda levita,
murmurando entre dientes:
—¡Canalla!... ¡Pobrecita!...

* * *

DE MERODEO

Un burro con legumbres. Una monería
de muchacha limpia, fresca, deliciosa,
pregona la venta de su mercancía,
cual pudiera hacerlo disfrazada diosa.
Un grupo de muchachos. Son los señoritos
que han venido al pueblo por el veraneo,
y que tras la chica van de merodeo
creyendo rendirla con sus piropitos.

* * *

DELANTE DE UN MACIZO

Dos niñas de quince años recorren mis jar-
[dines.

Delante de un macizo,
cubierto de claveles, rosas y jazmines,
se paran encantadas.
En su dorado rizo
prende la rubia dos claveles rojos

cuya púrpura atrajo las miradas
de sus azules ojos.
La morena se fija en una rosa
y la clava en su negra cabellera
quedando más hermosa;
y así van al paseo de la carretera

(Guadarrama, Septiembre.-1911).



42.-Mis oraciones.

AL DESPERTAR

Otra vez logro ver la luz del día.
¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Madre mía!

MI «PADRE NUESTRO»

Padre nuestro que estás en los cielos:
¡Tu santo nombre bendecido sea!
¡Tu reino llegue! ¡Tu voluntad se haga
lo mismo que en el cielo aquí en la tierra!
¡Danos hoy nuestro pan de cada día!
¡Perdona, y perdonemos, nuestras deudas!
¡No nos dejes caer en tentaciones!
¡Y líbranos de mal! ¡Y que así sea!

MI «¡BENDITA SEA!»

¡Bendita por siempre sea
tu pureza inmaculada,
que en el cielo está premiada
y que el mundo victorea!

En la mundanal pelea,
sé tú mi amparo y mi gufa;
y, si flaqueo algún día,
ante cualquier tentación,
¡préstame tu protección!
¡No me dejes, Madre mía!



43.-El ramo de nardo.

Entró despacito,
con cara tan mustia
que sólo de verla
se sentía angustia.
¡Pobre niña mía!
¿Por qué sufriría?
¿Qué la dolería?
¿Qué la pasaría?



Silenciosa y triste,
con cara de cera,
se sentó solita
junto á la vidriera.
¡Pobrecita mía!
¡Qué ojazos abría!
¡Cuánto miraría!
¡Ay!... ¿Qué buscaría?



De pronto la cera
se tiñó de rosa
y por la mirada
pasó alguna cosa.
¡Pobre niña mía!
¿Qué descubriría?
¿Qué es lo que vería?
¿Qué es lo que sentía?

—

A poco, del timbre
sonó el tintineo;
y ella, al percibirlo,
padeció un mareo.
¡Pobrecita mía!
¿Cuál su mal sería?
¿Qué se le daría?
¿Quién la curaría?

—

Abrióse la puerta;
y un joven gallardo
ofreció á la niña
un ramo de nardo.
¡Pobrecita mía!
¡Con cuánta alegría
lo recibiría!
¡Bien lo merecía!

—

Recobró la niña
la perdida calma,
y asomó á su rostro,
ya contenta, el alma.

¡Pobrecita mía!
¡Ya sé qué tenía,
lo que le dolía
y lo que quería!

(Madrid, 29-Octubre-1911).

Ende

44.-Al ponerte de largos.

(A mi sobrina Teresita.)

Por abajo, un dedito más de falda;
por arriba, la trenza puesta en alto;
con este solo cambio das el salto
más grande que jamás sintió tu espalda.
Te vistes del color de la esmeralda;
pero es tu sombra sobre el negro asfalto
la misma que cuando ibas á un asalto,
de azul ó blanco, un dedo menos de halda.
Piensa que ese dedito de largura
que tiene tu vestido representa
de la vida la carga y la amargura,
que hace leve y amable quien lo intenta
si echa en ella la dosis de dulzura
que hace que el amargor grato se sienta.

(Madrid, 25-Noviembre-1911).



45.-A Teresita, al ponerse de largos.

La crisálida se hace mariposa;
trueca el arte la roca en monumento;
sale el sol y se eclipsa el firmamento;
se abre el capullo y se convierte en rosa.
• Todo es mudanza eterna en toda cosa;
y de ese eterno cambio un gran momento
es para tí este día de contento,
principio de una etapa misteriosa.

Hoy pasas á mujer, de niña que eras;
promesa fuiste y realidad resultas
y en el arcano de tu alma ocultas
bullen mil ilusiones lisonjeras.
Yo pido á Dios las trueque en realidades
y te siga colmando de bondades.

(Madrid, 25-Noviembre-1911.)



46.-Cantares.

Cuando te miro y me miras,
cuando los dos nos miramos,
me creo estar en el cielo
á Dios mismo contemplando.

Dicen que nadie sabe
lo que es la muerte,

y que no hay quien reviva
cuando se muere;
pero yo digo
que, al no verte, me muero
y, al verte, vivo.

Nunca tu mujer hagas
de una chiquilla
que salga con señora
de compañía;
que es una muestra
en la que todos leen
¿quién quiere pesca?

Estás harta de razón,
pero no puedo creerte;
que la verdad en tus labios
mentira siempre parece.

Tira que tira, y sale;
dale que le das, y entra;
pero no hay quien saque juicio
del alma de una coqueta.

Madres que, estando buenas,
se están en casa

y una mujer alquilan
que de miss haga,
me escaman mucho:
que es la miss un reclamo
con dos anuncios.

—

Anda y cuéntale á tu hermana
eso del cántaro roto;
que, si no entiende la historia,
me hago enseguida su novio.

—

Mal está que una niña
salga de compras
llevando á una criada
de tapa novia;
pero es más feo
que con una miss vaya
por el paseo.

—

Si supieran las muchachas
lo que vale la modestia,
no se emperifollarían
ni quedarían solteras.

—

«Nadie lo sabe,»
piensas muy seria;
pero lo sabe Dios, y eso te basta
para traer turbada tu conciencia.

—

¡Qué triste cosa
llegar á viejo
y verse aislado
entre nubes de incieso y de respeto!

La chica que se complace
en ir de hombres rodeada
tendra novios á docenas
y la enterrarán con palma.

Antes los hombres hacían
á las mujeres la corte;
pero hoy lo hacen, al revés,
las mujeres á los hombres.

¡Qué equivocadas están
las muchachas mariposas
que saltan de un novio á otro
sin tropezar con su boda!

¿Por qué mueren los niños?
Porque sus almas,
al verse en este mundo,
sienten nostalgia;
y en busca de algo
que tan mal no les huela
se van volando.

Tú con la miss del brazo;
papá en la iglesia
y la mamá solita.
¡Pa mí... que nieva!

—

No me digas que vaya
contigo á misa;
que es Dios incompatible, para un hombre,
con una chica joven y bonita.

—

Ver unos lindos ojos
es cosa rica;
y más, si con ternura,
dulces nos miran,
cuando debajo
tropieza una boquita
con nuestros labios.

—

Creerá quien me lea
tengo ojeriza
á las que hacen de damas
de compañía.
Y no se engaña,
porque no puedo verlas
ni aun en fantasma.

—

Entre la que hace oficios
de mancebía

y la que hace de dama
de compañía
no hay diferencia,
pues á las dos les falta
pan y vergüenza.

(Madrid, 1909).



47.-A Don Eugenio Sellés.

(Con motivo de la obtención
de su título de Marqués de Gerona).

Si hiciste el «Nudo gordiano»,
¿para qué quieres después,
siendo tú tan campechano,
que en todo besolamano
te pongan «señor Marqués»?

¿Has visto tú que Sagasta,
Cánovas, Maura ó Cajal
pensaran en fundar casta
de mote señorial?
Con ser lo que eran les basta.

No hay condado ni ducado,
fúndelo el Zar ó Ibraim,
que en lustre sea igualado

con el nombre de un soldado,
si es ese nombre Juan Prim.

—

Vizconde del Bruch ó Conde
de Reus, luego Marqués
de los Castillejos ¿dónde
más gloria en Juan Prim se esconde
mientras Prim sea quien es?

—

Fuera de oficial balduque
¿quién llama nunca á Espartero
(¡Bárbaros!... ¡No es el torero!)
Conde, príncipe ni duque?
¿No es mejor «Don Baldomero»?

—

Dirás que precisamente
cito casos que te abonan:
el de Prim y el del Regente,
que, aunque de llanos blasonan,
ciñen corona á su frente.

—

Pero te debes fijar
en que ambos son militares,
y la clase militar
sus triunfos gusta ostentar
en títulos ejemplares.

—

Y hasta pudiera añadir
que el General que lo obtiene
con esplendor lo sostiene,
corona y faja al lucir
donde el país le mantiene.

Si aparejado viniera
tu marquesado con marca,
mi enhorabuena te diera;
que de la marca saliera
con qué tener llena el arca.

Pero querer ser marqués
sin rentas ni capital...
lo siento por tí, Sellés;
pero, pues tu gusto es,
¡con su gusto cada cual!

Sea, pues, enhorabuena,
señor Marqués de Gerona,
y sírvate esa corona
para alcanzar dicha plena,
ya que tu bolsa no entona.

Honroso el título es;
pero, antes como después,

en el mundo castellano,
serás Eugenio Sellés,
autor de «El Nudo gordiano».

(Madrid, Marzo-1911).



48.-Ante la ingratitude.

¡Perdón, Dios mío! ¡Soy un miserable!
Cuando alguno, por mí favorecido,
en lugar de mostrarse agradecido,
es ingrato, paréceme culpable.

¿No es este juicio mío censurable?
Si la dicha inefable he conseguido
de salvar ó servir á un desvalido,
ansiar su gratitud ¿no es criticable?

Si ingratos nacen al sembrar favores
y Cristo murió en cruz para salvarnos,
suframos del ingrato los rencores,

sin siquiera al desprecio rebajarnos;
que el placer de haber sido redentores
debe de esas infamias consolarnos.

(Madrid, Enero 1911).



49.-El gran viaje.

Un altar. Un monago. Cuatro cirios.
Un cura en pie, con el bonete puesto
y las manos cruzadas, aguardando
ante una mesa que le traigan muertos.

—

Un ataúd llevado por cuatro hombres.
Rezungos en latín con ronco acento.
Caras mustias. Asperges. ¡Ya está lista
un alma para el gran viaje eterno!

—

Y todos se retiran; y la tierra
el cadáver digiere con sosiego.
¿No es justo que la tierra, que nos nutre,
se alimente después con nuestros cuerpos?

(Madrid, 28-Abril-1912).



50.-Miedo y asco.

I

Caballos negros y carroza negra,
y larga fila de carruajes negros,
como reptil por entre el polvo avanza...
¡Es la muerte, que pasa! ¡Me da miedo!

—

El fúnebre cortejo va llegando
á unas tapias que forman amplio cerco
á un campo, donde en vez de cereales
se crían sepulturas... ¡Me da miedo!

—

Una campana dobla; y su redoble
suena á baile de informes esqueletos,
á cráneos que golpean en panderos
de pellejas humanas... ¡Me da miedo!

—

La carroza penetra en el recinto,
y, á su paso, se mueven en silencio
las sombras de los sauces y cipreses,
cual espectros curiosos... ¡Me da miedo!

—

Unos hombres, con caras amarillas,
como quien vive y come de los muertos,
cavan hoyos y siembran ataudes
de donde brotan tumbas... ¡Me da miedo!

—

En uno de esos hoyos, otros hombres
sacan de la carroza un cajón negro
y al hoyo va, volviendo la carroza
en busca de otro, y otro... ¡Me da miedo!

II

¡Y qué industrias prosperan á la sombra
que la muerte á su paso va dejando!
¡Qué macabros los tipos que se engendran
junto á los cementerios!... ¡Me dan asco!

Sepultureros de terrosa cara
que apalean las tibias y los cráneos,
y tienen el hedor del otro mundo,
y ríen y se embriagan... ¡Me dan asco!

Payasos de calzón y de peluca,
dolor mintiendo y gozo rebosando,
echando un trago á la salud del muerto
y brincando en el coche... ¡Me dan asco!

Curas, con caras de rapaces lobos,
difuntos y responsos acechando,
y contando después, como Aqueronte,
los óbolos del día... ¡Me dan asco!

¿Y los explotadores de la angustia
de madres y de esposas? ¡Qué menguados
los que tasan las cruces y las flores
y hasta las mismas lágrimas!... ¡Qué asco!

¿Porqué, á quien quiere Dios sacar del mundo
no le envuelve en ignívomo relámpago
que le consuma y le reduzca á nada
sin dejar de su cuerpo ni un vil rastro?

(Madrid, 30-Abril-1912).



51.-Desde el alto de San Isidro.

(TETRÁPTICO)

I

La plebe abajo, hirviendo en regocijos,
santificando á su manera el día
ahullando de alegría,
apurando las botas y botijos,
invadiendo las tiendas,
armando broncas y cogiendo turcas,
cubriendo la pradera de meriendas,
bailando valeses, jotas y mazurkas
con música de pitos de chiquillos,
guitarras, acordeones y organillos,
y masticando polvo con buñuelos,
avellanas, torrâos y caramelos:
plena fiesta pagana
que, en plena primavera,
la gente que se tiene por cristiana

celebra á un Santo, cual si Baco fuera;
dejando así probado claramente
que, desde Adán acá, la bestia humana,
con toda su razón, obra inconsciente.

II

Por entre el polvo que alza en la pradera
el hormiguero humano bullicioso,
en la opuesta ladera
panorama descúbrese grandioso:
En el centro, el alcázar centenario
vivienda secular del rey de España;
á su derecha el rojo Seminario,
y á su izquierda el cuartel de la Montaña;
la espada y el altar sirviendo al trono
que en su poder se engarza y es su abono;
y, detrás de esa triple garantía
de orden y de paz, el caserío
de Madrid, con sus notas de alegría,
y su siempre creciente señorío.

III

En el fondo del valle,
que apenas es más ancho que ancha calle,
discurre lento el silencioso río
que sirve á la ciudad de lavadero,
llevando la inmundicia cortesana
al inmenso crisol-estercolero
que abre el Tajo en la costa lusitana.
Y allá va, con la baba del chiquillo,
el esputo del viejo,
con la bilis que el hambre saca al pillo,

la bilis que á las feas da su espejo;
todo revuelto en mezcla nauseabunda
que, al apestar los campos, los fecunda.

IV

Dominándolo todo, á nuestra espalda,
pradera, río, casas y Palacio,
miles de crucecitas el espacio
del horizonte cortan en guirnalda,
pregonando que allí se encuentra yerto,
frente al pueblo viviente, el pueblo muerto;
aquél loco, soberbio, bullicioso;
éste discreto, humilde, silencioso;
aquél pecando, hiriendo, maldiciendo;
éste rezando y su perdón pidiendo;
aquél al hombre—Dios siempre aspirando;
y éste que el hombre es nada demostrando.

(Madrid, 15-Mayo-1912).



52.-A Don José Echegaray.

(Con motivo de habérsele concedido
el toisón de oro).

¡Qué bien se ve tu gusto aristocrático,
ingeniero—poeta,
al conservar tu nombre democrático,
cual su burdo sayal el santo asceta,
sin motes ni oropeles
que cubran el verdor de sus laureles!

Pudieras duque ser por tus ducados,
con tu gallarda de pluma
y tu brillante ingenio bien ganados;
pero antes que ser duque de... la Espuma,
prefieres ser Echegaray. ¡Bien sabes
apreciar las distancias! No te engaña
el oropel de un título. En España
hay varones, ridículos y graves,
á miles, con grandeza y sin grandeza,
que de duques y condes y marqueses
los títulos ostentan de nobleza,
como tú lo ostentaras, si quisieses.
Echegaray, en cambio, sólo hay uno,
y ese eres tú para tu eterna gloria,
consagrada en la historia
por triunfos y arañazos de consuno,
el triunfo que tu mérito te alcanza
y el arañazo que la envidia lanza
á todo aquel que asoma la cabeza
para servir de blanco á su vileza.

Sólo podías aceptar un título
que te hace par de reyes
y te concede asiento en el capítulo
de las más nobles greyes:
al Asia va Jasón por un tesoro
y en Borgoña se crea el toisón de oro,
orden insigne que el trabajo humano
con símbolo inequívoco engrandece,
y que no es en tu pecho alarde vano,

pues nadie como tú su honor merece;
que el trabajo es tu título de gloria
y símbolo el Toisón de su victoria.

(Madrid, Enero-1912).

~*~

53.-¡Oh, la vejez.

¡Qué triste es convertirse en viejo venerable,
y verse arrinconado, cual mueble sin valor,
que el cuadro desentona del *modern styl* instable
con sus severas líneas de dórico vigor!

—

A veces le sorprende un hábil anticuario,
artista ó erudito, que viene á prodigar
elogios entusiastas al gran sexagenario
asombro en su familia llegando á provocar.

—

El mueble arrinconado los sabios examinan
y admiran sus secretos y aprecian su valor;
pero ¡ay! de la familia las mentes no iluminan.
Los jóvenes desprecian lo falto de verdor.

—

No ven que, si la nieve corona nuestras fren-
[tes,
en nuestros pechos late vibrante la pasión;